

# ERTO

*revista de documentacion social*

FEBRERO



pta.

Publicación de Madrid



**CUADERNOS DE CULTURA** formará su inteligencia sin el menor esfuerzo mental ni sacrificio económico.

La revista **ORTO** le formará su conciencia, leyendo a los grandes maestros de la sociología contemporánea.

Los **CUADERNOS DE CULTURA** le presentan, poco a poco, en dosis asequibles al menos apto, todos los conocimientos humanos.

La revista **ORTO** los humaniza y enfoca hacia una sociedad más justa, creando ciencia sobre la desgracia del trabajador.

**No deje de contribuir a este gran  
esfuerzo desinteresado de cultura  
y emancipación social**

Haga usted una

## **Suscripción combinada**

a las dos publicaciones, y por

**11'50 Pesetas**

podrá recibir

12 números de

**CUADERNOS  
DE CULTURA**

y 6 números de la

**Revista ORTO**

## **ORTO**

*Revista de documentación social*

—

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

### **SUSCRIPCIÓN**

España.

Semestre..... 6 pesetas.

España y América.

Un año..... 12 „

PAGO ANTICIPADO

*Dirigir toda la correspondencia a*

**MARÍN CIVERA**

Calle de Luis Morele, 44

**VALENCIA (España)**



# Orto

## REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAU

Año II Núm. 12

Valencia, feb. 1933

### La organización social

#### VI

**P**ARA completar la demostración en curso me quedan, después de haber expuesto sucesivamente: *la organización industrial y agrícola y la organización sindical y administrativa*, a indicar las formas, el carácter y los engranes de la organización social, de manera que el conjunto sea armónico, sólido, práctico y corresponda, tan exactamente como sea posible, a nuestros deseos y a nuestras aspiraciones hacia la libertad y el bienestar.

Y enseguida, en el umbral de esta última exposición —que precederá a mi conclusión— tengo que hacer una doble comprobación; ésta:

En el seno de nuestras organizaciones sindicales y de los grupos anarquistas comunistas, se manifiestan dos grandes corrientes. Una, la más fuerte, afortunadamente, es partidaria de una preparación muy extendida, del establecimiento de una organización y un plan bien estudiado para el período de construcción; la otra cree que hay que limitar los esfuerzos a la destrucción y remitirse, para la continuación, a las capacidades de realización de las masas trabajadoras.

En el transcurso de este estudio ya he

examinado estas dos concepciones y no insistiré en ellas.

En cambio, he de hacer observar que los partidarios de la organización del porvenir se dividen, ellos también, en dos campos, lo que no es lo menos paradójico del caso.

Es inconcebible que hombres que sitúan la preparación delante de toda realización, que reconocen que la era del caos debe tener fin, no tengan más que ideas extremadamente vagas sobre la construcción del porvenir; que encuentren pesados y molestos los escasos engranes esenciales e indispensables para el funcionamiento de un sistema social de bases federativas y con carácter comunista libertario.

Estos partidarios de la organización sin organización dan pruebas de un estado de ánimo inexplicable.

Tienen constantemente la palabra en la boca, repiten hasta la saciedad: ¡Organicemos, organicemos!, y la menor realización les asusta, les aterroriza, les deja estupefactos.

Que estén bien persuadidos de que su miedo, su aterrorizamiento y su estupefacción no tienen iguales más que los nuestros..., cuando los escuchamos o los leemos a ellos.



Es necesario que se convenzan de que no puede estarse *a la vez en contra y en pro de la preparación y la organización*.

Hay que resolverse a escoger, a optar, por uno u otro método.

Por mi parte, *clasifico entre los antiorganizadores a esos organizadores que tienen miedo a la organización*. Esto está claro.

Así, las cosas se encuentran simplificadas. Se sabe dónde se va, por qué y con quién se va.

Después de este corto, pero necesario preámbulo, volvamos a la organización social de un régimen construido sobre bases federalistas, teniendo por objeto asegurar la vida y el desarrollo del comunismo libertario, llevándolo por sucesivas etapas hacia el objeto final de nuestros esfuerzos: *el comunismo libre*.

¿De quién dependerá esta organización social? ¿Quién la impulsará? ¿Cuál será el motor? ¿Quién la dirigirá?

Con toda evidencia, los engranajes administrativos, es decir: los Municipios, las Federaciones Regionales de Municipios y la Confederación Nacional de Municipios.

¿Qué serán exactamente los engranes sociales? Los órganos de realización, servicios especializados, que cumplirán su misión con la ayuda de empleados situados bajo el control de sus Sindicatos y Consejos.

Estos empleados serán responsables ante sus Sindicatos, pero serán igualmente responsables ante el organismo administrativo correspondiente.

Este indicará las tareas a efectuar. A los Sindicatos y a sus socios corresponderá el encontrar los medios para alcanzar el objetivo fijado.

Así, cada cual tendrá su misión bien definida. No habrá ningún entorpecimiento, ni conflictos de atribuciones.

El engrane administrativo *indica* la tarea y *dirige* la ejecución; los sindicatos y los Sindicatos *disponen* de la iniciativa necesaria para efectuar el trabajo y son *responsables* de su ejecución.

De esta manera se evitará la burocracia y su invasión paralizante, el *no me importa*, que la caracteriza, al mismo tiempo que se dispone de los medios de hacer frente a las necesidades.

En el capítulo precedente he indicado que los diversos servicios sociales eran, para mi concepto, en número de ocho. Ellos están encargados de asegurar:

1.º La distribución de los víveres, efectos y objetos de todas clases.

2.º La educación y los esparcimientos.

3.º La asistencia social y la salud pública.

4.º La estadística, en todos sus dominios.

5.º Las obras públicas.

6.º El alojamiento.

7.º La seguridad individual y colectiva.

8.º La creación, entretenimiento y el funcionamiento de las vías y medios de comunicación.

1.º *La distribución de los víveres, efectos y objetos de todas clases.*

Ya he indicado anteriormente que el reparto y el intercambio estarían asegurados por las *Oficinas de intercambio* comunales, regionales y nacionales, en el cuadro interior, y que los cambios exteriores estarían asegurados por una oficina especial, cuyo funcionamiento y atribuciones ya han sido especificados.

Respondiendo a los que me inferen el agravio de no haber tenido suficientemente en cuenta, a su juicio, la cooperación, he precisado que la *distribución*, llamada a reemplazar *la compra*, sería efectuada por medio de los servicios comunales especializados en esta tarea y, en la medida de lo posible, con las Cooperativas existentes, cuya misión actual estaba llamada a transformarse completamente con el régimen mismo.

Los servicios de distribución son llamados a actuar exclusivamente en el plan local o comunal.

No tendrán que realizar *ningún acto efectivo* de distribución en los otros planos: regionales, nacionales e internacional.

Estos últimos organismos serán, pura y simplemente, técnicos. Trabajarán de acuerdo con las oficinas de intercambio correspondientes.

Sin embargo, administrarán las existencias regionales o nacionales que estén situadas sobre tal o cual punto de su esfera de actividad y alimentarán, según las ne-



cesidades, los almacenes comunales o regionales de su jurisdicción.

Después de la fase de adaptación al nuevo régimen, que necesitará, quiérase o no, el empleo de un patrón o medida de intercambio, la distribución se efectuará con la sencilla presentación de la tarjeta de trabajo, de invalidez o de asistencia.

El servicio de distribución local, para el cual los almacenes serán alimentados, en cuanto sea posible, directamente y a domicilio por los recursos del Municipio, puestos a la disposición de la Oficina local de intercambio, recibirá igualmente, por mediación de esta última, el complemento necesario, sea de Municipios o de regiones vecinas, es decir, del exterior.

En las ciudades, será conveniente utilizar los grandes almacenes que ya existen, así como sus sucursales, para todo lo que no se refiera directamente a la alimentación; en lo que concierne a esta última, podrán ser utilizados los mercados de abastos que ya existan y deberán construirse en aquellos sitios donde no los haya y hagan falta.

La panadería debe ser organizada por distritos, de tal manera que se pueda producir en una gran escala, utilizando los medios técnicos perfeccionados y la distribución pueda hacerse sin que se impongan esas largas «colas» de espera, que representan una cantidad enorme de horas de trabajo perdidas.

Tendrá que organizarse la distribución con tanto cuidado como la producción misma; los trabajadores que se encarguen de ella deberán esforzarse en perfeccionarla sin cesar. A este objeto, someterán por medio de sus Sindicatos proposiciones, periódicamente o cuando lo juzguen útil.

Es necesario que estos trabajadores, estos empleados, difieran absoluta y completamente de los pasmarotes inmortalizados por Courteline, que nada tengan de común con aquellos que apostrofa, con tanta vehemencia como verdad, aquel simpático Leone, en *Volpone*, de Ben Johnson.

Ya no veremos a esos individuos ásperos y susceptibles que se mueren de tedio detrás de sus ventanillas, sino hombres activos y conscientes de la tarea que deben realizar.

## 2.º La educación y los esparcimientos.

Es inútil insistir en la importancia de estas dos cuestiones.

Si la primera es vital en todo régimen y, más particularmente, para aquel que dará a luz la revolución social, la segunda presenta igualmente el mayor interés.

En efecto, no será suficiente educar a los niños *para sí mismos*, es decir, de una manera completamente diferente de la concepción capitalista, sino que también habrá que dar al hombre, al mismo tiempo que el descanso necesario para su cuerpo, los medios de distraer su espíritu, al par que lo cultiva; procurarle aquellos placeres de la vista y el oído que lo elevan tan alto por encima de sí mismo, cuando se encuentra frente a una obra de verdadero arte o ante un grandioso espectáculo, marítimo o terrestre, que le ofrecen las fuerzas, libres o enfrenadas, de la Naturaleza en perpetua evolución.

Voy a reproducir aquí, de nuevo, las admirables páginas de James Guillaume, que he insertado en mi libro *Los Sindicatos obreros y la Revolución social* (páginas 320 a 327), que se refieren a la educación.

Nunca fué mejor presentado el problema; jamás fué aportada más clara solución, tanto desde el punto de vista social como en el terreno pedagógico en general.

He aquí lo que escribía James Guillaume, en 1876.

«Sobre este tema muy importante, que necesitaría ser tratado en un libro especial, no podemos dar más que algunas breves indicaciones, suficientes, sin embargo, para que pueda formarse una idea general exacta.

El primer punto a considerar es la cuestión del mantenimiento de los niños. Actualmente, son los padres los que están encargados de proveer a la manutención de sus hijos, así como a su instrucción; esta costumbre es la consecuencia de un principio falso, que hace considerar al hijo como la propiedad de sus padres. *El niño no es propiedad de nadie, se pertenece a sí mismo*; y durante el período en que es incapaz de protegerse y en el cual, por consiguiente, puede estar expuesto a la explotación, a la sociedad le toca protegerlo, asegurarle la garantía de su libre desarrollo; la sociedad ha de encargarse también de su mantenimiento. Atendiendo a su consumo y a los diversos gastos que exigirá su



educación, la sociedad no hace más que un anticipo que el niño le devolverá con su trabajo cuando se haya hecho un productor.

Así que es la sociedad, y no los padres, la que debe encargarse del mantenimiento del niño. Sentado este principio general, creemos deber abstenernos de fijar de una manera precisa y detallada la forma en que debe de ser aplicado: nos arriesgaríamos a caer en la utopía; habrá que dejar obrar a la libertad y esperar las lecciones de tal experiencia. Digamos tan sólo que, con respecto al niño, la sociedad está representada por el Municipio y cada Municipio tendrá que determinar la organización que mejor crea para la manutención de sus niños: aquí se preferirá la vida en común, allá se dejarán los niños a su madre, al menos hasta una edad determinada, etc.

Pero ese no es más que un aspecto de la cuestión. El Municipio alimenta, viste, aloja a los niños. ¿Quién los instruirá? ¿Quién los transformará en hombres y productores? ¿Y con qué plan será dirigida su educación?

A estas preguntas responderemos: la educación de los niños debe de ser integral, es decir, que debe desarrollar a la vez todas las facultades del cuerpo y todas las facultades del espíritu, de manera que haga del niño un hombre completo. Esta educación no debe ser confiada a una casta especial de institutores; todos los que conocen una ciencia, un arte, un oficio, pueden y deben ser llamados a enseñarlo.

Sin duda que, en los primeros años que seguirán a la Revolución, no se podrá crear con todos sus detalles la organización de la enseñanza, tal y como tendrá que funcionar en el período normal; habrán, evidentemente, algunos años de transición, durante los cuales cada Municipio hará lo que pueda, con los elementos que posea. Pero el cuadro cuyas líneas principales vamos a trazar indica el objeto hacia el cual hay que tender, objeto al que los esfuerzos serios y perseverantes permitirán llegar con bastante prontitud.

En la educación habrá dos grados: uno, el del niño de cinco a doce años, que no ha alcanzado aún la edad de estudiar las Ciencias y en el que no se trata esencialmente más que de desarrollar sus facultades físicas, y un segundo grado, donde el niño de doce a dieciséis debe ser iniciado en las

diversas ramas del saber humano, al propio tiempo que aprende la práctica de una o varias ramas de la producción.

En cada Municipio deberán ser tomadas las necesarias disposiciones para que, sin salir del Municipio en el que habite, el niño pueda recibir en toda su extensión la instrucción integral en uno y otro grado. Excusado es decir, sin embargo, que si el niño deseara aprender una rama de la producción que no existiera en su municipalidad de origen, vendrá obligado a cambiar de Municipio y buscar una localidad donde pueda recibir la enseñanza práctica que necesite.

Además, después de haber terminado su educación hasta el final del segundo grado, un joven puede desear —sin abandonar el trabajo productivo a que viene obligado— dedicarse más especialmente al estudio de una Ciencia. Entonces encontrará ocasión de satisfacer sus deseos en los establecimientos especiales, que existirán en cierto número de Municipios. Estos establecimientos estarán abiertos a todos y teniendo cada cual así los medios necesarios para continuar estudios serios, *al mismo tiempo que cumplen sus deberes de productor*; los altos estudios científicos serán accesibles a todos los que los quieran adquirir.

No insistiremos más en este último punto: los que en las ciencias dediquen su existencia a una especialidad y enriquezcan el saber humano con nuevos descubrimientos serán probablemente un corto número; la mayoría se contentará, por lo menos al principio, con los dos grados de estudios indicados con anterioridad, que, por lo demás, serán suficientes para formar hombres completos y de los cuales vamos a dar algunas explicaciones más detalladas.

En el primer grado, como hemos indicado, se tratará esencialmente de desarrollar las facultades físicas, de fortificar el cuerpo, de ejercitar los sentidos. Actualmente se deja a la casualidad el cuidado de ejercitar la vista, de educar el oído, de desarrollar las facultades manuales; una educación racional se esforzará, por medio de ejercicios especiales, en dar a la vista y al oído toda la potencia de que son susceptibles y, en cuanto a las manos, se guardarán mucho de acostumar a los niños a utilizar exclusivamente la derecha; se tratará



de hacerlos tan hábiles con una mano como con la otra.

Al mismo tiempo que se ejerciten los sentidos y se aumente el vigor corporal con una gimnasia inteligente, comenzará la cultura espiritual, pero de una manera completamente espontánea: un determinado número de hechos científicos se acumularán por sí mismos en el cerebro del niño. La observación individual, la experiencia, las conversaciones de los niños, entre ellos o con las personas encargadas de dirigir su enseñanza, serán las únicas lecciones que recibirán en este período.

Nada de escuela arbitrariamente gobernada por un pedagogo y en la cual los alumnos, estremecidos, suspiran por la libertad y los juegos del exterior. En sus reuniones, los muchachos serán completamente libres: organizarán ellos mismos sus juegos, sus conferencias, establecerán una dirección para organizar sus trabajos, designarán los árbitros para solventar sus diferencias, etc. Se acostumbrarán también a la vida pública, a la responsabilidad, a la mutualidad; el profesor, que habrán elegido libremente para darles una enseñanza, no será ya para ellos un tirano aborrecido, sino un amigo al que escucharán con placer.

En el segundo grado, los muchachos, llegados a la edad de doce o trece años, estudiarán sucesivamente, con un orden metódico, las principales ramas de los conocimientos humanos. La enseñanza no estará puesta en manos de hombres que harán de ella su ocupación exclusiva: *los profesores de tal o cual ciencia serán, al mismo tiempo, productores que ocuparán una parte de su tiempo en el trabajo manual* y cada rama contará, no con uno, sino con un número tan grande de profesores como hombres haya, en la municipalidad, en posesión de una ciencia y dispuestos a enseñarla. Además, la lectura general de buenas obras de enseñanza, las discusiones que seguirán a estas lecturas, disminuirán mucho la importancia que se concede hoy a la personalidad del profesor.

Al mismo tiempo que el muchacho desarrollará su cuerpo y se apropiará las ciencias, hará su aprendizaje de productor. En el primer grado de la enseñanza, la necesidad de reparar o modificar el material de sus juegos habrá iniciado al niño en el manejo de los principales útiles. Durante la

segunda época visitará los diversos talleres y, bien pronto, impulsado por su gusto hacia una u otra rama, se escogerá una o varias especialidades. Los maestros de aprendizaje serán los mismos productores; en cada taller habrán alumnos y una parte del tiempo de cada trabajador será consagrada a enseñarles a trabajar.

A esta educación práctica se juntarán algunas lecciones teóricas.

De esta manera, a la edad de dieciséis o diecisiete años, el muchacho habrá recorrido todo el ciclo de los conocimientos humanos y estará en condiciones para proseguir sólo los estudios ulteriores, si lo desea; habrá aprendido un oficio y se encontrará, por lo tanto, en el rango de los productores útiles; de manera que podrá reembolsar a la sociedad, con su trabajo, la deuda que su educación le habrá hecho contraer con ella (1).

Falta decir unas palabras de las relaciones del niño con su familia.

Hay gentes que pretenden que una medida de organización social que pone el mantenimiento del niño a cargo de la sociedad no es otra cosa que *la destrucción de la familia*. Esto es una expresión vacía de sentido; en tanto que sea necesario el concurso de dos individuos de sexo diferente para la procreación de un nuevo ser, mientras haya padres y madres, el lazo natural de parentesco entre el niño y los que le dieron la vida no podrá ser borrado de las relaciones sociales.

Únicamente, que el carácter de ese lazo tendrá que modificarse necesariamente. En la antigüedad, el padre era el dueño absoluto del niño, tenía sobre él derecho de vida y muerte; en los tiempos modernos, la autoridad paternal ha sido limitada con determinadas restricciones; ¿qué cosa más natural, por consiguiente, que en una sociedad libre e igualitaria se borre completamente lo que aún queda hoy de aquella autoridad, para dejar sitio a las relaciones de simple afecto?

No pretendemos que el niño deba ser tratado como un adulto, que todos sus caprichos tengan derecho al respeto y que cuando haya oposición entre su voluntad

(1) Sobre esta importante cuestión de la enseñanza se puede consultar con fruto un excelente trabajo publicado con el título *De la enseñanza integral*, por Paul Robin.



infantil y las reglas establecidas por la ciencia y el sentido común deje de enseñarse a ceder al niño. Al contrario, el muchacho tiene necesidad de ser dirigido, pero la dirección de sus primeros años no debe ser confiada exclusivamente a los padres, a menudo incapaces y que, generalmente, abusan del poder que se les ha dado.

Siendo el objeto de la educación que recibe el niño el ponerlo, tan pronto como sea posible, en estado de dirigirse por sí mismo, por el amplio desarrollo de todas sus facultades, es evidente que ninguna tendencia estrechamente autoritaria es compatible con semejante sistema de educación.

Pero, porque las relaciones entre padre e hijo sean, no ya las de amo y esclavo, sino las de un institutor y el alumno, las de un amigo de más edad con un amigo más joven, ¿se cree que la afección recíproca de padres e hijos tiene que resentirse? ¿No será entonces cuando, al contrario, se acabarán esas enemistades, esas discordias, de que tantos ejemplos nos ofrece hoy la familia y que, casi siempre tienen por causa la tiranía ejercida por el padre sobre sus hijos?

Que no vengan a decirnos que la sociedad libertada y regenerada destruirá la familia. Al contrario, ella enseñará al padre, a la madre y al niño a amarse, a estimarse y a respetar sus mutuos derechos y, al mismo tiempo, les meterá en el corazón, al lado y por encima de los afectos de familia, que no abarcan más que un círculo restringido y que pueden hacerse malos si se hacen exclusivos, un amor más alto y más noble: el de la gran familia humana.»

¿Qué añadir a eso? Bien pocas cosas. Esto, sin embargo.

Que la educación del niño comprende una parte reservada al estudio del problema sexual; que la educación sea mixta, de manera que los muchachos y las niñas no sean por más tiempo solamente machos y hembras, sino seres perfectamente iguales destinados a asociarse, a luchar y trabajar juntos en las tareas generales.

Así se encontrará resuelto uno de los más grandes problemas vitales para la Revolución: el que consiste en formar las generaciones que tendrán que encargarse de asegurar la vida del nuevo régimen social, de estabilizar en el más alto punto

todas las conquistas revolucionarias y continuar infatigablemente la marcha hacia el objeto definitivo, hacia el ideal.

En lo que concierne a los esparcimientos, a nadie puede ocurrírsele establecer para todos una especie de reposo y distracción obligatorios.

Cuando se habla de la «organización» de los esparcimientos, tampoco quiere decirse, en manera alguna, que todos y cada uno tengan que recrearse y divertirse a la voz de mando, y de tal manera en lugar de aquella otra.

Semejante idea no puede acudir a la mente de ningún hombre sensato.

Organizar los esparcimientos quiere decir, para mí, constituir las Agrupaciones, Sociedades, Clubs, etc., donde los hombres se reunirán por afinidad, según sus gustos.

Unos preferirán los juegos y deportes, otros, el estudio o las excursiones; otros, la música, el teatro, el cinematógrafo, la T. S. H., etc.

Importa que, aparte de lo que cada cual pueda hacer para sí mismo, en este dominio tan vasto y tan diverso, el Municipio, por su servicio especial, organice los espectáculos, fiestas, conferencias, audiciones, recitales, etc., susceptibles de interesar a los individuos: niños y adultos.

### 3.º *La asistencia social y la salud pública.*

La asistencia social es una parte muy importante de la obra a realizar por los Municipios. Ella constituirá uno de los deberes esenciales de un régimen igualitario, salido de los forceps de la Revolución social.

Por repugnancia que hayan mostrado siempre, con respecto a esta cuestión de la asistencia, los Gobiernos burgueses han debido, sin embargo, interesarse bajo la presión de los trabajadores y sus organizaciones sindicales.

En todas partes se dispensa alguna ayuda, bajo diversas formas —que toman con demasiada frecuencia un carácter caritativo o filantrópico— a los ancianos, a los inválidos, a los enfermos, a los vencidos de la vida, privados de sus medios normales de existencia: *la fuerza-trabajo*.

¡Ah, es cierto! Esta ayuda tiende más a



apaciguar la cólera popular que a auxiliar realmente a aquellos que la necesitan.

La sociedad capitalista no considera que tiene obligaciones de este orden, con respecto a los creadores de todas las riquezas.

Ella concede bastante menos importancia a la existencia humana que a la de un animal o de una máquina.

Para reemplazar a un hombre es suficiente un *aviso*. Diez, veinte o cien se presentarán para reemplazarlo. No hay más que la molestia de elegir.

Para reemplazar a un animal o una máquina hay que desembolsar dinero, emplear un capital.

Nada de extraño tiene, pues, que, en la sociedad actual, la vida del hombre pase al último lugar.

En el orden social que queremos instaurar, este «orden de valores» será invertido.

La vida del hombre será el primero de los bienes; por su conservación se velará en principio, sin preocuparse en si la mano de obra es abundante o no.

Esto no impedirá, por otra parte, interesarse en la vida de los animales y en la conservación de las máquinas.

Pero nada se opondrá, en adelante, a que una sociedad, *de donde será desterrada toda ganancia*, cumpla con todos sus deberes de humanidad con respecto a los que han consagrado su vida al trabajo o los que no pueden producir ya, por una razón independiente de su voluntad.

Es absolutamente evidente que todo debe ser puesto en práctica para rodear al hombre, desde el nacimiento hasta la muerte, de las atenciones que le dé derecho su estado.

La primera de aquellas atenciones es velar por su salud, en las etapas sucesivas de su vida: *infancia, edad adulta, vejez*.

Al Municipio es a quien le toca cumplir este deber; al servicio de la salud pública es al que pertenece interesarse en este asunto.

Enseñar a las madres a criar a sus hijos, aconsejarlas en la elección de los alimentos; visitar frecuentemente a los pequeños; vigilar su crecimiento; instalar para ellos asilos y sanatorios, servicios de Medicina infantil; velar estrechamente por la higiene en las escuelas, por la limpieza de los locales escolares; tales son las primeras tareas que incumben al servicio municipal de salud, cuya misión es, en prin-

cipio y ante todo, prevenir, evitar las causas de las enfermedades y hacerlas desaparecer, en cuanto sea posible.

De la misma manera se encargará de velar por la higiene general de la ciudad, de fábricas, talleres, despachos, teatros, cinematógrafos, centros de reunión, mataderos, mercados y hogares. Su acción debe tender, igualmente, a hacer desaparecer todas las causas colectivas e individuales de suciedad. En las primeras actuará directamente, dirigiéndose a las Agrupaciones interesadas; en las otras, por persuasión, demostraciones y ejemplos.

A fin de vencer definitivamente los males que son la consecuencia de una penosa herencia, cuya perpetuación es absolutamente necesario contener, el servicio de salud pública educará, por medio de conferencias apropiadas, ilustradas con proyecciones cinematográficas documentales, a todos los individuos: hombres, mujeres, niños y ancianos.

A los jóvenes y a las mujeres se les enseñará, aparte de la higiene sexual, los métodos preventivos que permiten evitar un embarazo *involuntario o indeseable*; a los niños y a los ancianos se les recomendará que no propaguen los gérmenes de las enfermedades, de cualquier clase que sean, observando rigurosamente una estricta higiene personal y dando pruebas constantes de la mayor limpieza.

Corresponde, en fin, al servicio de salud pública el dotar a cada Municipio, un poco importante, de un hospital que posea todos los medios de intervención médica y quirúrgica, que pueda recoger a los enfermos y heridos de las municipalidades vecinas menos importantes.

Convendrá que existan también hospicios, casas de retiro o de asistencia, donde los trabajadores ancianos, los heridos, los auxiliados sociales puedan, si lo desean, retirarse y vivir solos o en comunidad.

Como es lógico, deberán existir igualmente sanatorios, estaciones climáticas y termale, donde encontrarán hospitalidad todos los que tengan necesidad de una cura en aquellas estaciones.

Estas me parece que deben ser las atribuciones esenciales del servicio de *Asistencia social y de salud pública*.

La parte más importante de dichas atribuciones se refiere, indudablemente, al plano municipal.



Allí es donde está su verdadero terreno de acción práctica.

Los servicios regionales y nacionales no serán más que engranes, casi exclusivamente técnicos, órganos de información. No intervendrán realmente más que en los casos absolutamente especiales, tales como la construcción o reparación de establecimientos balnearios y termas, asilos y sanatorios, casas de retiro o de asistencia, que interesen a una o varias regiones o una nación entera.

Es innecesario decir que los tratamientos y atenciones de todas clases serán dispensados, a todos, de una manera absolutamente gratuita, por el personal del servicio de salud.

#### 4.° Estadística general.

Los servicios de la Estadística funcionarán en todos los planos: locales, regionales, nacionales e internacional.

Es absolutamente esencial que estos engranes cumplan rigurosamente su misión.

Únicamente por medio de ellos es posible conocer las cifras exactas de la producción agrícola e industrial, del consumo (artículo por artículo), de las exportaciones, cambios interiores, importaciones, etc., de una manera a la vez general y detallada. Igualmente, por la estadística se conocerá la cifra de población, la de la mano de obra empleada o disponible, la importancia de las emigraciones efectuadas o necesarias.

Gracias a la Estadística, será posible organizar científica y racionalmente la producción, para satisfacer las necesidades del consumo y los intercambios necesarios; podrá estudiarse el desarrollo de todas las normas de la actividad humana, librar progresivamente al hombre del esfuerzo, de la esclavitud del trabajo y asegurar ampliamente la existencia de todos.

Los servicios de Estadística locales, regionales y nacionales recibirán su información de los engranes industriales, agrarios y especiales, que existan en el mismo plano que ellos.

Deberán ser, en forma de gráficos, el espejo exacto de toda la vida, de toda la actividad de su localidad, de su región, de su país.

Cuanto acabamos de manifestar indica

el cuidado y conciencia con que tendrán que cumplir su cometido.

#### 5.° Obras públicas.

Este servicio, como todos los servicios sociales en general, funcionará, sobre todo, prácticamente, en el plano local. No intervendrá en el plano regional o nacional más que para la ejecución de trabajos que interesen a una o varias regiones, para realizar entre los interesados los acuerdos necesarios y aportar, llegado el caso, su concurso técnico.

Encargado del entretenimiento de carreteras, calles y caminos, de instalar las canalizaciones del agua, gas, electricidad y desagües, de acuerdo con el servicio de alojamiento; de atender el entretenimiento de las construcciones y monumentos de uso colectivo; estudiar los planes de urbanización y saneamiento de las campiñas y realizarlos, con el concurso de todos los organismos llamados a obrar de concierto con él, el servicio de Obras públicas tendrá un gran papel a desempeñar.

Dispondrá de un personal experimentado, compuesto de prácticos y teóricos, que serán responsables de su buena marcha por medio de sus Sindicatos locales.

#### 6.° Alojamiento.

Si la expropiación capitalista resultante de la Revolución social pone a la disposición de los Municipios todas las habitaciones existentes, las dificultades que presenta el problema del alojamiento no serán vencidas porque la propiedad individual esté abolida.

De la noche a la mañana, los Municipios no tendrán la posibilidad de alojar a todo el mundo en inmuebles nuevos o en buen estado, confortables y sanos en todo caso.

Al contrario, sólo a partir de aquel momento se podrá emprender la lucha contra los tugurios de una manera definitiva.

Esperando a que sean derribadas todas las casas viejas, ruinosas, incómodas e insalubres, será necesario continuar habitando las menos malas y, sólo después de muchos años de esfuerzo, se podrá llegar a que todo el mundo pueda vivir en una casa de su gusto, confortable y sana.



Habrà, pues, «trabajo para rato» para la gente de la construcción.

No solamente habrá que realizar en las ciudades los grandes trabajos que son, hace tanto tiempo, necesarios para hacerlas verdaderamente habitables, sino que también se tendrán que arreglar las campiñas de una manera moderna.

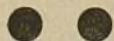
Y en ellas la tarea será inmensa para hacer desaparecer todas aquellas viejas casuchas, todas aquellas cuadras donde bestias y gentes viven revueltas, con un lago de agua pestilente ante la puerta.

En esto no puede tratarse de limitar la labor práctica al servicio municipal de Alojamiento. Hace falta un plan de conjunto y la necesidad de una *Oficina nacional de Alojamiento* se hace sentir.

En efecto, habrá que proceder a un inventario escrupuloso de cuanto sea utilizable e indicar lo que deberá ser construido. Los recursos locales y hasta regionales: en materiales y mano de obra, en técnicos de todas clases serán a menudo insuficientes. Habrá que apelar a otras localidades, a las otras regiones; asimismo, se tendrá que organizar y dividir el trabajo, establecer en algunos un orden de urgencia. La opinión especializada de la Oficina nacional de Alojamiento, que poseerá toda información sobre el asunto, será, a menudo, necesaria y siempre será interesante conocer la del servicio regional, para ejecutar convenientemente un plan que, por bien establecido que esté, comportará, sin embargo, siempre determinadas dificultades en su realización.

La misión de los servicios de Alojamiento consistirá no solamente en construir según las necesidades, sino en conservar los locales de toda especie, situados en el perímetro de la localidad.

Para esto trabajarán en relación constante con los Sindicatos de la industria de la construcción, que serán responsables de la ejecución de los planes y de la calidad de los trabajos efectuados.



### 7.º Seguridad.

La seguridad de las personas deberá estar garantida individual y colectivamente. Se necesitará, igualmente, asegurar la protección de los almacenes, fábricas, productos, cosechas; en una palabra, garantizar

con la vida de los individuos todo lo que les resulta necesario.

No hay que imaginar que, de la noche a la mañana, todos los hombres serán santos, que todos los vicios habrán desaparecido, que los malos instintos se habrán desvanecido y que cesará de influir la herencia.

Únicamente los soñadores podrían creer tal cosa y considerar el problema resuelto, desentendiéndose de él. Los revolucionarios conscientes no tienen derecho a razonar así.

Cierto, es evidente que la desaparición de un ambiente social anormal desde todos los puntos de vista y su reemplazamiento con otro ambiente mucho más racional, basado en la igualdad social, suprimirá la mayor parte de las causas que son el origen de las malas acciones humanas, pero subsistirán los seres anormales, los individuos dañinos, porque son tarados, de los que habrá que tener cuenta.

¿Es decir, que habrá que abrumar, castigar, hacer sufrir a estos seres desgraciados, víctimas de pasiones malsanas o criminales, que serán lo más a menudo, hereditarias?

No, pero no habrá menos necesidad de protegerse, de impedir que los actos de aquellos anormales sean perjudiciales para la colectividad.

Se aislará, pues, en cuanto sea posible, al individuo peligroso; se le cuidará moral y físicamente; se esforzarán en educarlo o reeducarlo, a fin de devolverlo, si es posible, a la vida ordinaria.

A la Ciencia le corresponderá intervenir y atender, en sus clínicas especiales, a todos los sujetos anormales.

Pertenecerá al servicio local de Seguridad, de acuerdo con el servicio de Salud pública, el cuidado de hacer lo necesario en este caso.

El servicio de Seguridad, que será desempeñado por todos los hombres válidos del Municipio, por turno riguroso, deberá igualmente intervenir en caso de incendio, de inundación y accidentes de todas clases. Dispondrá, pues, de un cuerpo especial de obreros ejercitados y equipados, semejante al de los bomberos de las grandes ciudades, y cuya importancia estará en relación con el de la localidad.

Como es natural, este servicio de Seguridad no tendrá que intervenir únicamente



todas las veces que haya peligro, sino que deberá también, y, sobre todo, esforzarse en evitar el peligro.

En suma, en su terreno, actuará como el servicio de Salud pública.

Habiendo desaparecido los ataques colectivos en el interior, con el capitalismo mismo, no quedará menos por asegurar la seguridad general contra los ataques capitalistas del exterior que, además, podrían muy bien apoyarse en las facciones contrarrevolucionarias interiores.

Estando la provocación y la guerra definitivamente condenadas por los revolucionarios; estando la paz garantizada por estos últimos a todos los pueblos, no se tratará, pues —y exclusivamente—, más que de defenderse contra las empresas armadas que podrían ser intentadas por el exterior capitalista, durante tanto tiempo como la revolución mundial no lo haya puesto en la imposibilidad de molestar.

Para hacer frente a tal peligro, el servicio de seguridad deberá funcionar local y regionalmente en los casos de ataque interior, nacionalmente y, lo antes posible, internacionalmente para asegurar la *defensa armada* de la Revolución social hasta su triunfo definitivo y absoluto.

En el transcurso del capítulo que he consagrado a la *defensa de la Revolución*, en mi obra *Los Sindicatos obreros y la Revolución social*, páginas 217 a 257, he indicado, de forma detallada, cómo estaría asegurada esta parte importante de la seguridad.

#### 8.º Vías y medios de comunicación.

Me parece indispensable crear, en cada localidad, un servicio de Vías y medios de comunicación, que se prolongará en los aspectos regionales, nacionales e internacional.

Para mi concepto, este servicio debe ocuparse no solamente de las vías de comunicación: carreteras, caminos, ríos, afluentes, canales, puertos, líneas de tranvías y autobuses, caminos de hierro y metropolitanos, aviones, correos, telégrafos, teléfonos; de todas las instalaciones necesarias para su explotación, pero también de su funcionamiento.

El total estará asegurado —comprendido el entretenimiento— por los Sindicatos locales. Estos tendrán la responsabilidad técnica

de la buena marcha de los servicios.

Los arreglos, las combinaciones entre localidades y regiones, estarán estudiadas por los servicios de Vías y medios de comunicación interesados. Serán realizados por los Sindicatos afectados, de acuerdo con los servicios correspondientes.

Estos servicios de vías y medios de comunicación serán, pues, en todos los planos, engranes exclusivamente técnicos, actuando bajo la dirección de los organismos administrativos que funcionan en su plano; prepararán técnicamente, con sus estudios, los trabajos de los Sindicatos industriales, que ejecutarán las tareas necesarias.

Tales son los engranajes que me parecen *necesarios y suficientes* para asegurar la vida social.

A unos les parecerán poco numerosos, insuficientes, primitivos, en una palabra; a los otros, demasiado numerosos, complicados, centralizados, inútiles y hasta molestos o peligrosos.

No está en mi poder modificar los sentimientos, el pensamiento o el juicio de unos y otros, si son definitivos.

En cambio, me permito rogar a todos los que, como yo, van en busca de lo real, lo posible y lo necesario, que reflexionen, que no escojan más que con todo conocimiento de causa, teniendo constantemente en cuenta la misión a realizar: *la revolución social, la transformación completa del mundo actual, la construcción sólida capaz de abarcar a la Humanidad entera*.

Los que estudien en estas condiciones el problema postrevolucionario llegarán, seguramente, a conclusiones y resultados que no se apartarán mucho de mis propias conclusiones.

En todo caso lo que importa, lo repito una vez más, es prevenir, preparar, tan bien como sea posible y *desde ahora*, los trabajos y tareas que tendrán que ser realizados; los medios, los instrumentos y engranajes indispensables para llevar a buen cabo esa labor, tan considerable como ineludible.

Por mi parte, entrego a los lectores de ORTO el fruto de mis reflexiones, con la esperanza de que contribuirán a iluminarles y les ayudarán en sus propias pesquisas y realizaciones.

**Pierre Besnard**



# Fernando Pelloutier:

## Su vida, su obra

(Continuación)

### De la infancia a la adolescencia

**S**ABEMOS que Fernando Pelloutier no tuvo una infancia dichosa. Su padre, funcionario de Correos y Telégrafos en París desde hacía dieciséis años, obtuvo su traslado a Saint-Nazaire (Loira Inferior), en 1879. Entonces fué cuando, después de la escuela de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, Fernando Pelloutier, al mismo tiempo que su hermano Mauricio, ingresó en el colegio (o más exactamente en el pequeño seminario) de Guerande, cuyo régimen no era en manera alguna el que convenía a su estado de salud. Mala e insuficiente comida, disciplina rigurosa, higiene dudosa, ejercicios escolares más bien rudos y ejercicios religiosos penosos. Todo lo que se necesitaba para desarrollar los gérmenes de la enfermedad que contrajo y que debía atacarle horriblemente el rostro y llevárselo, en fin, a la edad de treinta y tres años. Sin embargo, la implacable enfermedad no causó efecto alguno en sus facultades intelectuales. Su sana inteligencia, su facilidad de comprensión, su prodigiosa memoria, hicieron de Pelloutier un discípulo admirablemente dotado, capaz de asombrar con sus éxitos, a pesar de los períodos de aplicación nula y caprichosos momentos de rebeldía contra la regla y sujeción de los estudios. Con una especie de indiferencia, pero con la misma facilidad, pasó a menudo del último al primer lugar, según el capricho de su voluntad o las variaciones de gustos y de humor de su temperamento caprichoso de niño débil y de adolescente enfermo, mortalmente herido por la tuberculosis que se manifestó más tarde con un lupus facial que no presagiaba una vida larga y próspera, ¡ay!

El discípulo no se encontraba a gusto en el seminario. Esto lo demostró bien evadiéndose dos veces, lo que se podía atribuir al estado de su salud, al aburri-

miento, o a cualquier otro fenómeno físico de un joven enfermo de imaginación demasiado viva. También se esperaba que fueran pasajeras aquellas malas disposiciones, pero un hermoso día se descubrió en su pupitre nada menos que el manuscrito de una novela anticlerical, escrito por él en colaboración con uno de sus condiscípulos. Entonces, nada de piedad para la oveja descarriada en medio del rebaño que se preparaba para la vida religiosa. Aquello fué la expulsión sin paliativos y los padres puestos en el trance de retirar de allí, lo antes posible, a su hijo insumiso y de ejemplo peligroso para los otros alumnos. Así ya, el alumno Pelloutier se mostraba imbuído de ideas subversivas, a la edad de dieciséis años. Durante tres años (1883-1886) terminó sus estudios en el colegio de Saint-Nazaire.

### Periodista y socialista

En 1886, la vida parisién le atrajo. Hace un año que colabora en *La Democracia del Oeste*, periódico radical socialista que acababa de fundar un obrero tipógrafo, Eugenio Couronné. Era un diario de ideas avanzadas para el país y para la época. Sintiendo atraído por la capital, hogar, luminaria propicia a la propagación de las ideas, Pelloutier participa sus deseos al diputado de Nantes, Laisant, que intentó disuadirle de su proyecto pintándole toda la miseria del escritor, del periodista sin medios de fortuna, en París, si quiere seguir siendo honrado y decente. Entonces Pelloutier se queda en Bretaña. Funda *El Oeste Republicano*, hoja efímera en la que defendió la candidatura de Aristides Briand, radical, que había de convertirse —después de su fracaso electoral— en socialista y secretario del partido, apóstol inicial de la huelga general, adversario del guedismo, etc., hasta su adaptación definitiva a la burguesía, en la que fué ministro a menudo y ministrable siempre, hasta su postrero final, en el que fué para el mundo la figura del apóstol de la Paz.



después de haber sido el de la huelga general... Política y traición conducen a todo...

En 1891, Pelloutier toma la dirección de *La Democracia del Oeste*, en la que colabora desde 1885, debutando en este periódico como publicista de vanguardia. Con él colaboran escritores conocidos: Caumeau, consejero municipal socialista de París; Brunelliere, consejero municipal de Nantes; Vaillant, Landrin, Guesde, etc. Pelloutier es el que hace toda la labor del periódico, redactor en jefe y director de un diario que no tenía más que redactores «leaders» de ocasión. Es decir, que no se nadaba en la abundancia ni había nada de común con esos diarios de negocios —hasta socialistas— que se han visto después. Allí, Pelloutier hizo un rudo aprendizaje del periodismo y esto le sirvió para darse cuenta de toda la maldad...

El diario de ideas no da para vivir. Se muere de pena, no se vive, pero las ideas se esparcen. Se consiguen amigos fieles y buenos en escaso número y una multitud de enemigos. Esto es lo que resultó más claro del éxito del joven Pelloutier, como periodista. Su pluma, indecisa y mordaz, maltrató a las autoridades, criticando sus obras y denunciando sus actos. Se convirtió en su pesadilla y lo fué mucho más cuando, con algunos amigos, fundó *La Emancipación*, sección del partido obrero francés. La burguesía, ferozmente rencorosa con todo lo que contribuye a minar su reinado, es implacable con sus verdaderos enemigos; las convicciones más inatacables, los más orgullosos caracteres, son para ella los más peligrosos adversarios, y entre sus enemigos, los más temidos son aquellos que salidos de su seno, pero teniendo corazón e inteligencia, se declaran contra la injusticia y la iniquidad sociales y abrazan sinceramente la causa de la Revolución social. Del lado de la burguesía, nada es demasiado riguroso ni excesivamente cruel contra aquellos que la han abandonado, a causa de sus maldades contra el pueblo que lucha, piensa, espera y trabaja. Por anticipado, son designados a sus golpes aquellos que, nacidos en su seno, sienten horror del pasado y quieren hacer el porvenir bajo un régimen nuevo de inteligencia y libertad, haciendo a la vez desaparecer del mundo las desigualdades sociales y la soberanía de la explo-

tación. Nuestro amigo Pelloutier era uno de aquéllos; lo sabía y no se quejaba, ya que había elegido su camino. Así como les ocurrió ya a otros, obedeciendo a su conciencia de hombre, sabía lo que podía tocarle: la persecución de los suyos, sobre todo si su porvenir se basa en las delicias administrativas tan escandalosamente injustas con los funcionarios que piensan y obran libremente o hasta si tienen parientes que se permiten no estar devotamente sometidos al régimen. Así somete el Estado a sus caprichos al funcionario y su familia; la miseria es la amenaza perpetua de la independencia; ¿qué importa si el hambre agota al destituido o a su familia? La enfermedad, la muerte prematura son a menudo los efectos saludables por los cuales se afirma la autoridad contra la fortaleza y la independencia del funcionario o de un miembro de su familia. No exageramos nada. En provincias, sobre todo, es muy grande el número de los sojuzgados entre los funcionarios. Pelloutier, periodista, no tenía nada que esperar de la burguesía y nada esperaba de ella. Como tantos otros, hubiera podido fraguarse un camino en la política y llegar por su propios medios o seguir a otros políticos que había tratado mucho, junto a los cuales había militado sin reservas de arribismo ni de traición. Al contrario, Pelloutier, con sus propios ojos, vió lo que se podía esperar de la política: primero, ser un día u otro traidor a sí mismo y serlo también, por consecuencia, cuando se ha visto claro, para con todos, a los que ya no puede en adelante más que despistar, engañar y traicionar. En aquel caso se es semejante al mal cura que, no teniendo ya fe, no tiene el valor de tirar los hábitos y, cínica e hipócritamente, continúa el oficio que le reportan, no temiendo a Dios ni al diablo, puesto que ya no cree..., pero sin tener ni siquiera el respeto a sí mismo o a los otros, condenándose así a una vida de cobardía e ignominia, que es la del renegado; no hablemos más de esto.

### Pelloutier, literato

Asqueado ya de la política, sin odiar a los políticos, pero decidido a no parecerse a ellos y sobre todo a no ser su señuelo, Pelloutier se lanzó con alma y vida en



plena literatura. Sus gustos, su cultura intelectual lo conducían naturalmente a ella, y si la lucha social no le hubiera parecido más urgente, por necesidad de satisfacer su temperamento combativo, por convicción de obedecer a su conciencia, el movimiento obrero hubiera perdido a su precursor sindicalista, el mundo literario hubiera ganado, probablemente, un novelista social, y la ciencia, sin duda, un notable sociólogo.

Con una especie de frenesí intelectual se puso a leer y releer los clásicos y los autores extranjeros que podía asimilar, pues traducía muy bien el inglés y entendía fácilmente el español y el italiano. Leía los autores contemporáneos y, sobre todo, a los autores de vanguardia. No desconocía nada de la literatura social, y recuerdo las ardientes discusiones con sus amigos sobre las tesis sociales puestas en novelas o presentadas en el teatro. Tengo a mi disposición la crítica hecha por él de las obras teatrales y las novelas de autores fin de siglo. En *El Obrero de los Dos Mundos*, su amado diario, es donde se revela de cuerpo entero para nuestros militantes; yo me complazco en su lectura.

Aquel período de reposo que le fué ordenado primero en 1888, cuando un mal singular apareció en su cara, invadiendo más tarde la nariz, boca y barba, amenazando los ojos y sobre todo la garganta, aquel período, digo, es el que le permitió reunir argumentos sólidos sobre el Arte y las ideas sociales en literatura.

En ocasión de aquella cura de reposo forzado, es cuando absorbió glotonamente tantas cosas buenas que se reservaba esparcir de la mejor manera en medio de tantos pobres trabajadores inteligentes, ávidos de adquirir conocimientos, inquietos por saber, pero a los cuales faltaban el tiempo y los medios... Pelloutier se prometía acudir a ellos con todo lo que había recogido ansiosamente, cuando fué puesto en la imposibilidad de actuar.

En 1890, otro médico, especialista en afecciones cutáneas, consultado sobre su salud, le prescribió dos años de un reposo intelectual absoluto, como si el cerebro pudiera sujetarse a los mandatos de un médico: no leer ni escribir, esto es posible; ¡pero no pensar!... cuando el cerebro está en plena fuerza, no hay nada en

el mundo que pueda impedir su funcionamiento.

Así es que Pelloutier tuvo que retirarse a la Forge-Neuve, pequeña aldea de una veintena de casas, cerca de Chateaubriant. Allí se recogió y pensó.

Lo que él pudo pensar puede comprenderse por lo que supo hacer. En esto es en lo que vamos a seguirle brevemente y a comprenderlo y admirarlo.

### La acción económica de Pelloutier, secretario de la Federación de Bolsas

En 1892, el enfermo, vibrante de actividad, estremecido de acción, vuelve a encontrarse en plena lucha. Ella debía durar hasta su muerte. Pero, ¡qué labor encarnizada supo realizar en menos de diez años el apóstol infatigable de la organización sindical en Francia y de la emancipación total de los trabajadores!

Miembro del partido obrero francés, Pelloutier comienza a no ver otra cosa más que la emancipación de los trabajadores por ellos mismos. Presintió entonces, supongo, que el socialismo y el partido obrero francés no habían hecho, hasta aquel momento, más que formular una frase de Marx. Se trataba de oponerles una fórmula de acción práctica.

Delegado de la Bolsa del Trabajo de Nantes y Saint-Nazaire en el Congreso de Tours del 3 de septiembre de 1892, organizado por la *Federación de los Trabajadores Socialistas del Oeste*, no deja de preconizar y hacer votar la *huelga general*.

Se comprenderá la aversión de los socialistas por el principio de la huelga general, considerando que es un medio de acción eficaz y terrible, por el cual la acción política es absolutamente nula y contradictoria. Este es el motivo por el que la repudia el partido socialista. Desde entonces, Pelloutier, en el partido, es objeto de todas las trapacerías, de todas las persecuciones y todas las miserias. En *La Democracia del Oeste* se entabla una vehementemente controversia entre Guesde y Pelloutier, sobre la cual creyó deber volver Jules Guesde a la muerte de Pelloutier, lo que provocó en la *Voix du Peuple*, diario de la Confederación General del Trabajo, una réplica de Eugene Guerard, secretario del Sindicato de los Caminos de Hierro, ha-



ciendo observar al *jesuita rojo* que Pelloutier no estaba ya allí para contestarle y que el principio de la huelga general, nocivo para los intereses de los políticos, se propagaba normalmente entre las masas obreras en su obra de emancipación por sí mismas.

Luego, apareció bien pronto en folleto en colaboración con Henri Girard, titulado: *¿Qué es la huelga general?* He aquí cuál era la conclusión:

«O la huelga general es imposible, y es estúpido combatirla, porque la conspiración del silencio la destruiría mientras que los ataques la fortifican. Oponer un dique a un torrente es aumentar su potencia devastadora; ensanchar su cauce es hacerlo inofensivo y reducirlo a las proporciones de un arroyo. Lo mismo ocurre con la huelga general. O bien es posible, y criminal quien la combate, porque ella es la ruina del sistema capitalista.»

Pero los políticos, como se sabe, no están de ninguna manera por la ruina del sistema autoritario: quieren, sencillamente, que la autoridad emane de ellos. No ocultan que ellos están por la conquista de los Poderes públicos. El Estado no es malo, según ellos, más que por el hecho de que no está en sus manos. Y esperando la conquista de los Poderes se dejan fácilmente conquistar por ellos... y su revolución está hecha.

Con el sistema de la huelga general, de donde puede surgir verdaderamente la Revolución social, puede creerse que no se trataría simplemente de cambiar de etiqueta gubernamental, reforzando el Estado, estableciendo una nueva dictadura, aunque fuera la del proletariado, sino aniquilando para siempre al Estado y su tiranía.

La idea de la huelga general como medio revolucionario de transformación social no es una idea nueva. Tiene antecedentes. Pero lo que no se le puede negar es que es de esencia proletaria. Cuando Mirbeau exclamó: *«Este pueblo potente y fuerte, para ser formidable no tendría más que cruzarse de brazos...»* Mirbeau medía exactamente el alcance de su frase, pues no intentaba designar con la palabra *pueblo* a aquellos que no hacían nada con sus brazos y que en nada contribuían a la producción de lo que es indispensable para la vida humana.

Desde el año 1869, se leía en un número del diario *L'Internationale*, órgano oficial de las secciones belgas de la Asociación Internacional de Trabajadores, un artículo en el que se preconizaba la idea de la huelga general, en los siguientes términos: «Cuando las huelgas se extienden, se comunican de una a otra, es que ellas están bien cerca de convertirse en una huelga general, y una huelga general, con las ideas de liberación que reinan actualmente, no puede menos que conducir a un gran cataclismo, que haría cambiar de piel a la sociedad.»

Tal era la opinión de los militantes obreros de la Asociación Internacional de Trabajadores, emitida muy claramente en el diario belga con fecha del 27 de mayo de 1869.

Todos los Congresos obreros volvían sobre este asunto de la huelga general, arma proletaria particularmente formidable y amenazadora, y hasta nuestros días su eficacia no ha hecho más que acrecentarse y precisarse su propaganda. Cada vez más, las huelgas tienden a generalizarse y las revoluciones de tendencia social principian casi siempre con una huelga más o menos generalizada en el país y, sobre todo, en los centros industriales, paralizando de repente la vida social y creando la efervescencia propicia a una intensa agitación favorable a una transformación social por el pueblo mismo, evitando así todo medio político. La acción priva en todas las teorías y vencer es su fórmula.

### Debut del secretario federal

En 1894, Pelloutier participó en el Congreso de Nantes, en calidad de subsecretario de la Federación de Bolsas, fundada en 1892; allí sostuvo aún la teoría de la huelga general, que hizo aclamar a pesar de la viva oposición de los guedistas.

En 1895 es nombrado secretario general de la Federación de Bolsas, a la que va a dar todo su empuje. Organiza, en Nîmes, el cuarto Congreso de aquella Federación de Bolsas, creada en el Congreso de Saint-Etienne dos años antes.

Hablando entonces a los representantes de las Bolsas del Trabajo, reunidos en este Congreso, les dijo:

*«Federalistas, habéis querido que las Bolsas del Trabajo, en lugar de abandonar*



la regulación de sus intereses en las manos de una administración extraña, lejana e irresponsable, se administraran ellas mismas y, con ello, no solamente habéis asegurado su potencia, sino que habéis demostrado, experimentalmente, que no es en forma alguna necesario para el individuo delegar el cuidado de sus asuntos y habéis indicado a la clase capitalista (para la que toda nueva fórmula social es utópica) cuál es vuestra concepción y cómo realizaréis la organización futura.

»Enemigos de los desórdenes e instruídos de que la política es el agente destructor de toda asociación, en la que son llamados a encontrarse hombres de diferentes opiniones, habéis desterrado de las Bolsas del Trabajo la política y habéis dicho a los trabajadores: «Aquí no se tratará más que de los intereses corporativos y económicos.»

No dudamos de que los militantes verdaderamente sindicalistas experimentarán un legítimo placer al leer o al releer esa declaración primordial del secretario de la Federación de las Bolsas del Trabajo. No vacilo en decir el gozo que siento al reproducirla. Con la misma manera de pensar es como yo he aceptado la sucesión de Pelloutier en el puesto de secretario de la Federación de las Bolsas.

En aquel Congreso de Nimes, Pelloutier presentó dos Memorias extraordinariamente interesantes, que fueron ampliamente discutidas. En una de ellas defendía hábilmente la tesis de «que, para el triunfo de la Revolución, existe la necesidad de que las fuerzas obreras estén temporalmente agrupadas en un haz compacto y disciplinado». A pesar de esta concentración de las fuerzas, un tanto autoritaria, no afirmaba menos y muy resueltamente, como siempre, las teorías libertarias. Hay que comprender bien la evidencia que existe, a veces, de la necesidad de emplear procedimientos que no cuadran siempre con los principios y el ideal que se reclaman. Si la necesidad no tiene ley, hay que convenir en que las circunstancias obligan demasiado a menudo, a los mejores y a los más convencidos, a utilizar los medios que reprueban. Así es que se puede estar indiscutiblemente penetrados de sentimientos muy humanos y mostrarse implacable en ciertos actos. En período revolucionario, el sentimentalismo puede ser

culpable con respecto a la misma humanidad. Esto no excluye la nobleza de corazón y de carácter, sobre todo con respecto a los vencidos. Es posible que a la otra parte de la barricada haya también nobleza y convicción. Creo que aquellos sentimientos eran los de Pelloutier, porque jamás he observado que fuera grosero ni rencoroso con sus adversarios, que no se han mostrado todos lo mismo con respecto a él. Pelloutier me ha parecido siempre muy bueno y muy cariñoso. También era amado por los suyos, a pesar de su obsesión en ser el amigo incomparable, el hermano afectuoso, abnegado hasta el sacrificio, de los desgraciados inorganizados, ineducados, de la clase obrera, que hubiera querido emancipar como por milagro, dando a aquella clase obrera la ciencia de su desgracia. El hubiera querido insuflarle la energía que le permitiera emanciparse por sí misma.

Sobre la misión de las Bolsas del Trabajo, tenía una opinión bien definida de su potencia de acción, de su influencia saludable y eficaz sobre la acción sindical misma y sobre la mentalidad obrera. Y tenía muy vastas y muy altas concepciones sobre su porvenir.

En 1896, el Comité Federal de las Bolsas edita una Memoria para la creación y funcionamiento de las Bolsas del Trabajo, redactada por Pelloutier.

En ella se encuentra la siguiente definición de la misión de aquellas organizaciones:

«En la sociedad actual, la Bolsa del Trabajo debe ser una asociación de resistencia: asociación de resistencia contra la reducción de los salarios, contra la prolongación excesiva de la jornada de trabajo y también contra el aumento exagerado de los artículos de consumo.

»Mantener todo lo posible el equilibrio entre el precio de remuneración del trabajo y el precio de compra de los productos, esa es la misión de las Bolsas del Trabajo.»

**Georges Ivetot**

(Continuará.)





# James Guillaume (1844-1916) de la Internacional

**J**AMES Guillaume, un modesto hombre letrado del cantón suizo de Neufchatel, y en su tiempo internacionalista antiautoritario, más tarde, sindicalista entusiasta de los más militantes, ha ocupado verdaderamente, al lado de Bakunín, un sitio preeminente, en ocasión de la gran lucha en defensa del libre desarrollo del socialismo, hace unos sesenta años. Fué inevitable que en el socialismo, desde que utopías y tratados teóricos lo convertían en movimiento y acción populares, diferentes factores rivalizaran en dar impulsos decisivos, es decir, hombres que sabían obrar como sabios; otros, impulsados por una fe casi religiosa; otros, por la pasión, la cólera, imitadores de los métodos y luchas políticas, hombres sociables y tolerantes e insociables e intolerantes, espíritus dominantes y dedicados a la autonomía, buscando la asociación, la federación, y otros. La Internacional no podía existir y expandirse, a partir de 1864, más que respetando las autonomías de las ideas, tácticas y toda la vida interna de sus partes componentes, socios, secciones y federaciones, y ello ocurrió así, tan pronto bien como mal, hasta 1869. Las tres tendencias principales del socialismo de entonces, el postproudhismo francés, el socialismo estatal alemán y el colectivismo antiautoritario naciente en Bélgica y Suiza, discutieron cortésmente en los Congresos internacionales, donde la tercer tendencia, adquiriendo también las simpatías francesas, italianas, españolas, y apoyada desde 1869 por Bakunín, se situó en primera fila. La colectividad internacional se apartó igualmente del estadismo y del mutualismo, que se hizo anodino, y se inclinó a la colectivización de las riquezas sociales, por medio de las acciones colectivas que la situación exigiera, y la reorganización de la producción, según los métodos más liberales y equitativos. Se preveía hasta qué grado dependerían todos los procedimientos de las condiciones de cada país,

movimiento, período de tiempo, etc.; aquellas discusiones no estaban siquiera terminadas y debían dar un paso hacia delante en el Congreso de 1870, que la guerra francoprusiana hizo imposible. Todos reconocieron aún, en los Congresos de los años 1866-1869, hasta qué grado determinaba la situación local las agitaciones y la táctica local y nadie hizo recriminaciones sobre aquella diferenciación ni buscó métodos uniformes. James Guillaume, como se verá más adelante, representando a los trabajadores de las montañas del Jura suizo, se sintió atraído por las ideas elaboradas en Bélgica, luego por las ideas propagadas por Bakunín, en Ginebra, y, bien pronto, unido con los camaradas de Bakunín, en otros países, en 1869, en el Congreso de Basilea, con Bakunín, César de Paepe (de Bruselas), R. Farga Pellicer (de Barcelona), Eugene Varlin (de París) y otros, fué una de las cabezas intelectuales de aquel colectivismo libertario, que estaba en período ascendente en las federaciones latinas de la Internacional.

Nadie ignoraba que alemanes, ingleses, americanos y otros representantes nacionales en la Asociación eran estadistas y partidarios de la acción política electoral. Pero la autonomía les dejaba en libertad y hubiera debido ser lo mismo para la vida autónoma de las organizaciones latinas. Sin embargo, Marx, miembro influyente del Consejo general de Londres, viendo al nuevo colectivismo desbordar a las otras tendencias, la suya inclusive, fué impulsado por su temperamento de dominador exclusivista a emprender una verdadera ofensiva en toda la línea y por todos los medios —la lucha por los poderes administrativos concedidos al Consejo general, la lucha por una Conferencia reemplazando al Congreso de 1871 y que recomendó la acción política; la lucha por un Congreso, en 1872, inundado de mandatos que creaban una mayoría ficticia, imponiendo obligatoriamente la acción política; la lucha personal y solapada contra Bakunín y sus amigos, buscando su ruina directa,



# Reproducción de los autógrafos auténticos de James Guillaume

Este fragmento autógrafo de Guillaume es una parte del original de la circular de Souvillier, del 12 de noviembre de 1871, redactada y firmada con motivo de la conmoción en el seno de la Internacional contra los autoritarios.

Para que puedan comprenderlo aquellos lectores que no conozcan el francés, transcribimos íntegra la traducción del último párrafo del autógrafo. Dice así: «La sociedad futura no debe ser otra cosa que la universalización de la organización que la Internacional se dará a sí misma. Debemos, pues, tener cuidado de acercar lo más posible esta organización a nuestro ideal. ¿Cómo puede ser que una sociedad libre e igualitaria salga de una organización autoritaria? Imposible. La Internacional, embrión de la futura sociedad humana, ha de ser, desde ahora, la imagen fiel de nuestros principios de libertad y de federación, y debe desechar todo principio que tienda a la autoridad o a la dictadura.

»Entendemos necesaria la convocatoria, en breve plazo, de un Congreso general de la Asociación.

»Viva la Internacional de los Trabajadores.

»Souvillier, 12 de noviembre de 1871.

»Los delegados en el Congreso de la Federación Jurasiana.»

Entre las firmas de los delegados está la de Jules Guesde, delegado francés, más tarde marxista, que estaba refugiado en Ginebra. También está la de Nicolás Youkovski, el ruso tan estrechamente ligado a Bakunin; la de Guillaume y la de los militantes jurasianos. He aquí los nombres: Henri Devenoges, León Schwitzquébel, Fritz Tschai, Justin Guerber, Christian Hofer, Frédéric Graisier, Auguste Spichiger, Nicolás Youkovski, Jules Guesde, Charles Chopard, Alfred Jeansenand, Numa Brand, James Guillaume, A. Dupuis, A. Sheuner y Louis Cartier.

La société future ne doit être rien autre chose que l'universalisation de l'organisation que l'Internationale se sera donnée. Nous devons donc avoir soin de rapprocher le plus possible cette organisation de notre idéal. Comment pourrait-elle le faire sans se donner à elle-même une organisation autoritaire? C'est impossible. L'Internationale, embryon de la future société humaine, est tenue d'être, dès maintenant, l'image fidèle de nos principes de liberté et de fédération, et de rejeter de son sein tout principe tendant à l'autorité, à la dictature.

Nous appelons à la convocation à bref délai, d'un congrès général de l'Association.

Vive l'Association internationale des travailleurs !

Souvillier, le 12 novembre 1871.

Les délégués au congrès de la fédération jurasienne :

Henri Devenoges	} Délégué de la section centrale du district de Concoy.
L. Schwitzquébel	
Fritz Tschai	} Délégué de la section centrale de la fédération jurasienne.
Justin Guerber	
Christian Hofer	Délégué de la section Montreux G. val.
Frédéric Graisier	} Délégué de la section centrale du Jura.
Alfred Jeansenand	
Nicolas Youkovski	} Délégué de la section de propagande et d'organisation internationale de la fédération jurasienne.
Jules Guesde	

Charles Chopard	} Délégué de la section des ouvriers grévistes et du district de Concoy.
Alfred Jeansenand	
Numa Brand	Délégué de la section de propagande de la fédération jurasienne.
James Guillaume	} Délégué de la section centrale de la fédération jurasienne.
L. Dupuis	
A. Sheuner	Délégué de la section d'étude sociale du Jura.
Louis Cartier	Délégué de la section d'étude sociale du Jura.



Monsieur Dave,  
 Je ne puis vous envoyer dans l'instant la note  
 de Bédier par moi ne demandant la même preuve  
 de l'existence de ma la preuve pour l'instant  
 Mais sur la lettre de Bakounine sur le  
 Journal de George Langerhans ? ou à l'instant  
 vous ?  
 Tâchez donc de m'apporter un exemplaire  
 de la brochure Duval - Bonet, c'est, à ce que  
 me dit Dack, par Chavigny et un exemplaire de  
 l'ordre de alliance sur l'Alliance, - si cela ne  
 vous satisfait pas tout la même. Je me de vos  
 braves la preuve - N'avez-vous à quelle de  
 me les envoyer, mais il faut qu'il y ait à cultiver  
 Je m'absteins de cette question ne produira  
 promptement et je vous attends.  
 Votre dévoué  
 G. Guillaume  
 25 septembre

Carta autógrafa de Guillaume a Víctor Dave, internacionalista belga (1847-1922), del 25 de septiembre 1873, Neuchâtel. Esto fué después del Congreso de Ginebra (1-6 septiembre) y cuando Bakunin declaró que se retiraría de la vida pública (25 septiembre). Dave, uno de los delegados, se quedó en Ginebra y visitó enseguida a Guillaume y con éste fueron a visitar a Bakunin a Berna. La publicación de Marx, a que hace referencia el autógrafo, es aquella sobre la Alianza, compuesta por él, Engels, Lafargue y N. Utin. El libro Duval-Perret representa el descontento de los trabajadores políticos ginebrinos que volvían también la espalda a Marx entonces. Cyrille fué un refugiado de la Commune.

Este final de la carta autógrafa de Guillaume, en alemán, en donde se ve al final el sello auténtico de la Asociación Internacional de los Trabajadores, muestra al propio Guillaume traduciendo una carta del Comité Federal Jurasiano (24 abril 1876), que admite en la Federación a la Sociedad Socialdemócrata de Berna, que fué, en efecto, la primera sociedad de lengua alemana, que en su mayoría se había vuelto anarquista, que se unió a los jurasianos. Del seno de ella es de donde han salido para Alemania los primeros propagandistas anarquistas. El texto francés de esta carta iba firmado G. Albagés, el secretario correspondiente, o sea Severino Albarracín, de la Comisión Federal Española en Alcoy, 1873, más tarde, en Madrid. Severino Albarracín fué el más comprometido en julio de 1873, cuando la muerte del alcalde J. Albors. Se escondió en Madrid, siempre militando en la Comisión; pero en la primavera de 1874 se salvó y vivió hasta el año 1877 en el medio jurasiano en Suiza, bajo el nombre de Albagés. Gabriel Albagés era de la Internacional y de la Alianza en Barcelona y hace presumir que fué éste quien prestó a Albarracín sus documentos de identidad personal o, por lo menos, el pasaporte de que se servía.

Freigefen Brief und Handstempel  
 Für Briefe soll diese unpo-  
 nistische Circular allen Bundesfak-  
 tionen mitgeteilt werden  
 Dem Namen des Bundes Comités  
 der Jura-Föderation  
 der Correspondent,  
 (persönlich) G. Albagés.  
 Neuchâtel, den 26 April 1876.  
 Für die Unterzeichnung  
 der Aktiven,  
 G. Guillaume

ASSOCIATION INTERNATIONALE  
 COMITE FEDERAL  
 JURASSIEN  
 DES TRAVAILLEURS



Ayuntamiento de Madrid





SU MAJESTAD ADOLFO

FOTOMONTAJE DE JOHN HARTSFIELD

Ayuntamiento de Madrid



etcétera—. En aquella guerra civil, que la usurpación de la dictadura que Marx desencadenó en la Internacional, es donde James Guillaume fué, con Bakunín, la cabeza visible de la defensa de la autonomía del socialismo y, reconociendo todo el talento y el empuje que Bakunín puso en aquella lucha, se puede decir ahora que, en los momentos decisivos, Bakunín se inclinó ante la opinión de Guillaume o que este último actuó independientemente de Bakunín. Su gran objetivo era la autonomía en ideas y en táctica y el respeto de las autonomías de los demás. El socialismo continúa dividido desde el Congreso de La Haya (septiembre de 1872): el que hasta en aquel momento, y después, con todas sus fuerzas, trató de impedir aquella escisión fué Guillaume. Ahí está, para mi concepto, su título histórico y el interés que se despierta siempre ante esta cuestión, nunca resuelta aún: para algunos, hasta para muchos, había y hay aún una sola religión infalible y todos los otros hombres son herejes, paganos, descreídos, sobre los cuales estatuirían, si fuera posible, el Santo Oficio de una Inquisición; asimismo, no hay más que un solo Estado, la patria, y todos los otros hombres son extranjeros, enemigos, malvados, que la patria debía castigar, si no sojuzgar; e igualmente, no hay más que un solo socialismo y todos los otros socialismos no tienen más que someterse al más fuerte o serán objeto de la represión pública.

Sabemos, tanto por la Historia como por el tiempo presente mismo, que esas tres concepciones existen y están hasta muy esparcidas.

Las pretensiones de Marx en la Internacional fueron un caso fragante de ellas, y, a pesar de la resistencia de Guillaume y tantos otros, el mal fué hecho, la llaga continúa abierta y otras llagas se han juntado a ella. Examinemos, en todo caso, la vida de James Guillaume, hombre interesante desde muchos puntos de vista; un hombre de estudios serios, de agitación incansable, de notable rectitud, el conjunto en un ambiente a la vez apacible y revolucionario, sobre un fondo de antigua cultura, como, sobre todo, el siglo XIX poseía aún.

Nació en Londres, el 16 de febrero de 1844, pero de padre neufchatelés, gerente de la sucursal inglesa de la fábrica de relo-

jes de su padre, y de madre nativa del cantón de Vaud, pero, por su padre, Glady, descendiente de músicos franceses. Su padre, republicano —el cantón de Neufchatel era entonces aún un feudo del rey de Prusia—, siguiendo la política avanzada e instruyéndose internacionalmente, y su madre, cultivando la música, dudaban entre el profesorado de filología clásica y la música para James, uno de los ocho hermanos y hermanas que constituían la familia. Se deciden por la primera carrera, pero la música le fascina toda su vida. En 1848, su padre volvió a su país, donde, en 1849, yendo a menos la fábrica de relojes, entró en la carrera pública, y fué juez, más tarde, prefecto del valle de Travers, y, a partir de junio de 1853, Consejero de Estado, en Neufchatel, reelegido siempre durante treinta y cinco años. Entonces, James Guillaume entró en el colegio latino, a los nueve años y medio, y, a los dieciséis, en la Academia local, para matricularse en septiembre de 1862 en la Universidad de Zurich.

Aquella fué una vida de juventud muy aplicada, en una familia numerosa y con pocos recursos en la que cada cual estaba destinado a ganarse pronto la vida, pero, al mismo tiempo, era dejado en libertad para ilustrarse con lecturas, lenguas y las mejores relaciones sociales posibles, y James se aprovechó ampliamente de aquella situación. A una edad temprana compuso innumerables versos, pequeños dramas, una poesía épica. Eran las lecturas lo que le inspiraban; así que del *Han de Islandia*, de Víctor Hugo, saca un drama en prosa, en el que la rebelión de los mineros ocupa el primer lugar y en el que se encuentra una canción de los mineros, de la que compuso la música también; comienza así:

*Queremos ser libres.  
¡Nada de miseria y opresores!  
Restablezcamos el equilibrio  
Entre los reyes y los mineros...*

Esto fué en 1855 ó 1856, y, entonces, su poema épico *Evanor* mostró al héroe naufrago entre los salvajes, civilizándoles y dándoles leyes.

Habiendo hablado el inglés tanto como el francés hasta la edad de cuatro años y medio, devora a Shakespeare, luego a Byron, desde 1856, y lee a los autores clá-



sicos, desde Homero a Rabelais, Molière y Goethe. La Revolución francesa le apasiona; los hombres de la Montaña, Marat (neufchatelés), Robespierre y Saint-Just, fueron sus héroes. En los últimos años de su vida se apasionó por Romme, una de las víctimas de la insurrección de Prairial, año III (1795), que se llama de los últimos montañeses. En Zurich, como estudiante, encuentra el *Monitor*, en una biblioteca; se pone a leerlo, página por página, y se propone hacer un gran poema épico, *Floreal*, que hubiera mostrado a la Revolución francesa en su apogeo.

Versos en latín, en francés (*Les Vendanges*), una tragedia (*La mort de Clytemnestra*), otro drama (*Heliogábalo*), le ocupan, y, en 1860, su primera poesía, una reivindicación de Garibaldi, es publicada en el periódico radical de La Chaux-de-Fonds. Luego comienza un poema singular (*Eróstrato*), dándole lástima aquel personaje al que buscaba una explicación psicológica. Librepensador desde muy joven, gracias a su padre, se dedica también a traducir a Lucrecio. En la Academia se vivía casi una vida de estudiantes y él entró a fondo en esta vida, traduciendo bien pronto las canciones báquicas alemanas más conocidas en francés. Su vida en la Universidad de Zurich, hasta la primavera de 1864, lo introdujo, sobre todo, en los estudios griegos y de la estética, bajo la égida de los profesores Koechly (un refugiado alemán amigo de Bakunín, de Dresden) y Vischer. Tradujo las famosas novelas de Gottfried Keller (*Les gens de Selburgla*, Neufchatel, 1864). No desconocía el socialismo, y por su familia había conocido a una edad temprana a los refugiados políticos, pero, en 1906, escribía: «El socialismo, en aquel momento, no existía para mí; un camarada un poco más joven, David Perret, era entusiasta admirador de Proudhon, y yo le decía que Proudhon era un sofista.» Puede que estuviera impresionado por sus amistades polacas de entonces, estudiantes. Un poco más tarde, conoció a Pierre Leroux, en ocasión de una conferencia dada por él; se instruyó en el furierismo, por medio de un viejo falansteriano; Erdan le informa sobre la causa republicana francesa, y un viejo conspirador, Constant Meuron, sobre las interioridades revolucionarias neufchatelesas, a partir de 1831.

Sus estudios fueron suspendidos de repente, en la primavera de 1864, cuando su padre carecía de medios para pagarlos, y reemplazó a un profesor de lengua francesa en la Escuela Industrial de Socle, pequeña ciudad de relojeros en la montaña, cerca de la frontera francesa. Deseaba estudiar en París más adelante, pero la muerte de un hermano muy amado lo deprime terriblemente y renuncia a todos sus planes. Esto fué en 1865 y él siente entonces el vacío de sus actividades desparramadas y escribe: «Yo me digo que si mi vida vale aún la pena de ser vivida es a condición de que la consagre a la instrucción del pueblo.» Organizó cursos para los jóvenes aprendices (de relojería) y sus lecturas socialistas se intensifican; lee a Fourier, Luis Blanc, Proudhon y también a Darwin y Feuerbach. Con el viejo Meuron, funda en agosto de 1866 la sección de Locle de la Internacional; ya en septiembre asiste al Congreso general celebrado en Ginebra. La sección comenzó con cinco socios, de los cuales uno era un joven obrero, y todos pertenecían aún al partido radical. Sin embargo, una carta sobre el Congreso, publicada entonces, demuestra ya la viva impresión del ambiente internacional en el joven profesor.

El ha reunido y comentado, desde 1904, las etapas de la evolución de las secciones del Jura hacia el socialismo y su repudiación de la política electoral desde el otoño de 1868, en su gran obra *La Internationale. Documents et Souvenirs* (1864-1878), 4 tomos, París, 1905-1910, y leyendo en 1904 y 1905 sus apuntes, he observado que ha añadido muchos detalles; aquí será suficiente precisar que, volviendo a encontrar a Bakunín en Ginebra el 2 de enero de 1869 —él lo había visto ya de lejos en la tribuna del Congreso de la Paz en 1867— sus ideas, formadas por el ambiente colectivista suizo y belga, y las de Bakunín, concordaban en el mismo grado, si no más, que las de los futuros internacionales españoles y las de Fanelli coincidieron aquel mismo invierno, cuando Fanelli se encontró con los Morago, Lorenzo, Faraga Peller y otros, en Madrid y Barcelona. Una concepción claramente libertaria del socialismo unía a todos aquellos hombres desde el primer momento: por medio de influencias diferentes, por Pisacane, Baku-



nín, Proudhon, Pi y Margall, De Paepe, y su propia experiencia y reflexiones, el socialismo autoritario estaba muerto para ellos; la aspiración a un socialismo libertario les animaba a todos. La autoridad era el pasado, del que se alejaban hacia el porvenir, hacia la libertad.

Guillaume ha escrito en 1906: «Yo debo a Bakunín, desde el punto de vista moral, esto: antes, yo era estoico, preocupado por el desarrollo moral de mi personalidad me esforzaba en conformar mi vida a un ideal; bajo la influencia de Bakunín renuncié a aquella preocupación personal, individual, y he comprendido que valía más reemplazar el esfuerzo hacia la perfección moral con una cosa más humana, más social: la renunciación a la acción puramente individual y la resolución de consagrarme a la acción colectiva, buscando la base y la garantía de la moralidad en la conciencia colectiva de hombres estrechamente unidos para trabajar en una obra común de propaganda y de revolución. «Aquella fué la *Fraternidad internacional* o la *Alianza de los socialistas revolucionarios*, la organización secreta, fundada por Bakunín en 1864 y de la que Guillaume ha escrito aún, resumiendo las primeras indicaciones que le hizo Bakunín en febrero de 1869: «... la organización no era otra cosa que la libre aproximación de hombres que se unían, para la acción colectiva, sin formalidades, sin solemnidad, sin ritos misteriosos, simplemente porque tenían confianza los unos en los otros y el acuerdo les parecía preferible a la acción aislada.» (Véase *L'Internationale*, I, pág. 130, 1905.)

Si se comparan los documentos de las Sociedades secretas, hasta los de las últimas formas de la Charbonnerie y del blanquismo, con lo que se conoce de los planes, bosquejos, proyectos, deliberaciones, etc., de las Sociedades de Bakunín, se ve que la igualdad, la confianza mutua, la cooperación voluntaria, son la esencia de las creaciones de Bakunín, aunque las formas exteriores estén más o menos calçadas en las de las Sociedades secretas autoritarias. El se creía obligado a establecer aquellas formas por las costumbres de sus primeros camaradas. Ya Elíseo Reclus había pasado sobre aquellas fórmulas y aún hizo más Guillaume, que no aceptó ninguna, pero que practicó tanto

más la esencia de la cosa —aquella cooperación íntima con los amigos y camaradas experimentados—. Aquel grupo, que comienza en 1864 en Florencia, y cuyo último miembro se ha extinguido con Malatesta en 1932 y el penúltimo con el doctor J. García Viñas, en 1931, no ha vivido sin discordias, ni defecciones, ni escisiones y lapsos de indiferencia, pero ha continuado bastante largo tiempo, y aunque el talento de ciertos individuos ha prevalecido a menudo, fué cuando menos un hermoso esfuerzo de cooperación voluntaria y sincera, en el que cada cual daba lo que tenía. Aquel fué un centro que, por la confianza que se ponía en él, obligaba a cada miembro a mostrarse digno. Tenían la libertad de separarse, su autonomía era respetada y, probablemente, por primera vez en el mundo de las Sociedades secretas, hubo una de su género profundamente libertaria. Nadie ha comprendido más mal la esencia y los hechos mismos de la Alianza que Marx, que con Engels y Lafargue, se puso en su persecución para descubrirla, expulsarla y destruirla. El creyó tenerla, en el Congreso de La Haya, y aplastarla: jamás ha sabido que, inmediatamente después, en las reuniones íntimas en Zurich entre Bakunín, los italianos —entre los que estaban Cafiero y Malatesta— y los españoles, con Morago y Farga Pellicer, en septiembre de 1872, fué seriamente organizada, lo que las anotaciones diarias de Bakunín, el testimonio de Malatesta y otros documentos permiten comprobar. Allí aún, Guillaume no toma parte; él estaba en el corazón mismo del grupo íntimo, pero las formas no le interesan. Bien pronto tenía a su alrededor, en el Jura, una agrupación parecida; una reunión casi semanal de los militantes de las secciones que se verificaba en una pequeña localidad poco frecuentada y disponía también de otros medios, con los cuales, lo que él y sus amigos creían útil era puesto discretamente en buen camino. Lo que importa es que esta influencia de hombres inteligentes, expertos, que rendían libremente un esfuerzo más grande que muchos otros, no fué ejercida por ellos de forma autoritaria, como ambiciosos o como pedagogos doctrinarios, sino de manera que respetaba la libertad de los menos activos, no



buscando más que estimularlos a un esfuerzo original.

James Guillaume, por todo su ambiente de familia, su padre sobre todo, político profesional, conocía las interioridades de los negocios públicos y los partidos políticos y, a partir de 1869, mantuvo firmemente el abstencionismo en la política nacional, cantonal y municipal suiza y la agrupación sindical de los trabajadores, las Sociedades de resistencia, y aquellos mismos grupos constituyeron las secciones de la Federación romanda, llamada más tarde Jurásica, y la propaganda de las ideas del colectivismo antiautoritario se hizo en su seno. Las numerosas secciones de Ginebra, de las ramas de la relojería, continuaban siempre adheridas a la política electoral y se separaron de las secciones del Jura y de la sección (pública) de la Alianza en Ginebra. En aquella separación, el Consejo general demostró una parcialidad en favor de los políticos (1870), que fué el preludio de aquellos tres actos de agresión sucesivos, la Conferencia de Londres (septiembre de 1871), un folleto circular privado, de mayo de 1872 y el Congreso de La Haya, de septiembre de 1872, cuya mayoría votó la expulsión de Bakunín y Guillaume de la Internacional. La voluntad de Marx era que la Internacional siguiera obligatoriamente la política electoral, como en Alemania; en una palabra, que despreciando toda otra concepción socialista, la Internacional se convirtiera en una socialdemocracia, un partido parlamentario universal presto a cambiar, si se presentara una ocasión, en partido de la dictadura, en lo que fué el blanquismo entonces y el leninismo después. Guillaume sentía en primer lugar aquella usurpación de autoridad en la Internacional y, por ella, en el socialismo militante entero, realizada por Marx. Como autonomista convencido, no se preocupaba de lo que se hizo de la socialdemocracia en Alemania ni de la política local de Ginebra, pero no quería que nadie se metiera con las ideas sindicalistas revolucionarias que se propagaban en el Jura, con el colectivismo anarquista de España, etc. El fué el alma de la primera protesta colectiva formulada, por jurásicos y refugiados de la *Commune*, en la circular de Sonvillier (Jura) de noviembre de 1871, y, contra la táctica de separación

neta que proclamaron los anarquistas italianos en agosto de 1872 —contra los consejos de Bakunín—, en el Congreso de La Haya; fué el propangandista incasable de los lazos de solidaridad no entre las Federaciones anarquistas (semejantes lazos eran asuntos de la Alianza), sino entre las Federaciones, fueran anarquistas o autoritarias, que lamentaran la violación de las autonomías. Así, según él, una unión internacional continuaría existiendo. La diferencia era esencial, y en el momento en que Marx y sus partidarios lo creían herido y humillado por su propuesta expulsión, él les dijo: «... pero vuestra venganza llega demasiado tarde, os hemos tomado la delantera, nuestro pacto de solidaridad está ya hecho y firmado y vamos a leerlo». Era la *Declaración de la minoría*, firmada por los delegados españoles, belgas, jurásicos, holandeses, y un delegado americano. Los delegados ingleses habían partido ya y el italiano asistente al Congreso, Cafiero, no quería ser miembro del Congreso. Guillaume me ha descrito hasta qué grado aquella declaración fué una sorpresa para Marx, que conservaba su aspecto imperioso, pero mostraba una sonrisa forzada.

Al día siguiente, en Amsterdam, Guillaume se puso de acuerdo con Farga Pellicer, Alerini (un corso, militante de Marsella, pero muy activo por entonces en Barcelona) y Cafiero, sobre una afirmación de solidaridad de los antiautoritarios para el Congreso Internacional que se celebraría una semana después en Saint-Juner (Jura). En el intervalo, Bakunín reorganizó la Alianza en Zurich. En el transcurso del siguiente año, la parte de la Internacional influenciada por Marx, declinó de tal manera, que únicamente el Congreso reunido en Ginebra en septiembre de 1873, continuando la obra de la minoría de La Haya, tenía una existencia sustancial. Allí, a base de los estatutos originales de 1866 y la experiencia conseguida por el abuso de poder del Consejo general, la Internacional fué reorganizada con el apoyo principal de Guillaume, ayudado por los franceses, belgas, italianos, españoles y algunos autoritarios autónomos de Londres.

Marx se desinteresó muy pronto de la Internacional, no sin dejar aquel folleto de 1873 sobre la Alianza, que es un documento testificador, ante todo, de su



falta de conocimiento de las actividades y la mentalidad de los antiautoritarios: su propia mentalidad no podía comprender la suya y despreciaba siempre demasiado a los que combatía para informarse de sus verdaderos actos, métodos, etc. No dejó de sentir curiosidad por las ideas de Bakunín, testigo, el hecho de que se leyera penosamente de cabo a rabo el gran libro ruso de Bakunín, *Estadismo y Anarquía*, del que hizo una sinopsis en resúmenes y extractos, traducidos con unas anotaciones maliciosas e inicuas. El se tomó aquel trabajo con un hombre al que quería, al mismo tiempo, deshonor solapadamente por un hecho personal con el que Bakunín no tenía nada que ver, lo que Marx, advertido a tiempo, sabía muy bien. Todo aquello está ahora dilucidado y se conoce también hasta qué punto, en Londres mismo, en el Consejo general, en la época del Congreso de La Haya, la posición de Marx y Engels estaba conmovida y que aquel Congreso fué para él, ante todo, una especie de trampolín para asegurarse una salida, en apariencia brillante, de la Internacional.

Si Guillaume hubiera podido conocer aquella situación, puede que la organización hubiera podido ser mantenida en su conjunto. Pero, cosa curiosa, en la Internacional, hasta aquel Congreso, las relaciones directas entre las Federaciones de diversos países había cesado: éstas no debían comunicarse más que por medio del Consejo general y sus secretarios. Actuar de otra manera era considerado como una intriga o una conspiración, y el odio contra Bakunín se basaba, en parte, en sus comunicaciones directas con los militantes de Suiza, Francia, Italia, España y Rusia. La situación en Londres era tan desconocida para Bakunín y Guillaume como las actividades de éstos y sus amigos lo fueron para Marx.

Carecemos de espacio para señalar siquiera una pequeña parte de la actividad socialista de Guillaume en Suiza y en sus relaciones internacionales en los años memorables de 1869 hasta la primavera de 1878. Fué el inspirador, el alma y el ejecutor en detalle de la mayor parte de lo que se hizo entonces. A la primera noticia de la caída del imperio francés, creyó en una revolución socialista en París y lanzó la llamada a los internacionales para ba-

tirse por la «República social universal»; su periódico fué suprimido entonces. Durante las últimas semanas de la *Commune* de 1871, estaba con los del Jura que se proponían entrar en banda en Francia para proclamar, primero, la *Commune* en Besanzon, donde tenía camaradas; Bakunín estaba también entonces en el Jura, pero la catástrofe de la *Commune* hizo fracasar aquel plan y no se pudo pensar más que en salvar víctimas, y el camarada más íntimo de Guillaume, Adhemar Schwitzguebel, recogió los pasaportes de sus amigos suizos y consiguió transportarlos a París, lo que permitió pasar la frontera a una cantidad de revolucionarios comprometidos de la *Commune*. En general, se sabía bien que no se podía hacer acción revolucionaria aislada en las montañas jurásicas, pero que ellas fueron un precioso punto de apoyo para una prensa absolutamente independiente y un asilo para los refugiados muy comprometidos, aunque fueran Netchaev o Severino Albaracín, tan comprometido por los sucesos de Alcoy en 1873, o Pedro Kropotkín, Luis Pindy (de la *Commune* de París), italianos y otros. Guillaume estuvo de lo más unido con Schwitzguebel, Spickiger, Fritz Robert del Jura, con Carlo Cafiero, Armando Ross (el ruso Miguel Sajin), con J. García Viñas, Kropotkín y otros.

Las verdaderas relaciones con Bakunín son un problema aparte, que tampoco sus indicaciones, detalladas en su gran libro (1905-1910), explican del todo; para mi concepto, habría que aplicar también todos los materiales directos sobre Bakunín, las impresiones de Kropotkín y otras sobre Guillaume, etc. Desde 1904 a 1912, he tenido tantas discusiones de largas horas con él, que me han o que no me han permitido formar una opinión objetiva. Me parece que Guillaume no ha sufrido nunca la influencia de nadie. Se persuadía de que determinados hombres eran útiles a la causa que lo fué todo para él y se unió con ellos, con esa amistad estrecha que desea constituir una *fuerza colectiva* con ellos (la Alianza); los idealiza y les perdona mucho, lo que le hace a veces injusto, es decir, ciego, con respecto a hechos muy reales. Pero su gran objetivo lo llenaba todo y aquel fué el *desarrollo local autónomo* de los movimientos, y eso no era una idea cualquiera. Bakunín fué



para él un auxiliar precioso en la lucha por las autonomías, en la Internacional, y constituía para él un obstáculo en tanto que preconizaba la anarquía universal.

Dicha idea había enamorado también a Guillaume en los años de que hemos hablado, pero la unidad del progreso trabajador por medio de la Internacional le entusiasmó más aún y estaba siempre dispuesto a entenderse a base de las autonomías. Bakunín dudaba; también ha expresado él esta última opinión (otoño de 1872), pero en el fondo no creía ya viendo autoridad y libertad tan netamente separadas. Guillaume veía aquello tan claramente como él, pero trataba de persuadirse de que el acuerdo a base de las autonomías era útil, posible y razonable. Sobre este punto estaba aún más separado de Kropotkín que de Bakunín.

Pasemos a la vida personal de aquel hombre, de quien una de las obras de las más cuidadas fueron sus periódicos —*Le Progrés* (Locle, 1869-70), *La Solidarité* (Neuchâtel, 1870) y *Bulletin de la Fédération jurassienne* (1872-1878), colecciones preciosas y únicas en su época, que concentraban la esencia de los movimientos locales y los movimientos perseguidos, durante largo tiempo clandestinos, en Francia, Italia, España, etc. Nosotros conocemos sus anticipaciones de la vida social del porvenir por las dos utopías teóricas *Una Commune sociale* (1870) e *Idées sur l'Organisation sociale* (escritas en 1874 y revisadas en 1876). Examinó las ideas de Proudhon y añadió una exposición del colectivismo anarquista en el libro *L'Anarchie selon Proudhon* (1874), que no fué publicado más que en traducción rusa. Ya en aquellos años describe y analiza las grandes jornadas de la Revolución francesa y la conjuración, por la Igualdad, de Babeuf. Fué el autor de la gran *Memoria dirigida por la Federación jurásica de la Asociación internacional de los Trabajadores a todas las Federaciones de la Internacional* (Souvillier, 1873, págs. 193 y 285), la exposición histórica de las luchas de aquellos años. Comenzó también una serie de *Bocetos históricos. Estudios populares sobre las principales épocas de la historia de la Humanidad*, dos series, sin terminar; ésta es una obra precursora, en miniatura, pero muy bien hecha, de *El Hombre y la Tierra*, de Elíseo Reclús; se

llegó a hablar entonces de que Reclús redactara los Bocetos geográficos correspondientes.

Aquel hombre pasó una vida muy pobre y precaria desde que perdió su plaza de profesor en Locle en 1869, a causa de enemistades motivadas por su propaganda pública del socialismo. Entonces entró en una imprenta de Neuchâtel, que pertenecía a su padre (agosto de 1869, final de 1872), lo que le aseguró una situación inatacable y una imprenta de toda confianza a la propaganda de muchos países; pero aquél fué, desde otro punto de vista, un período desagradable para él, porque su padre, molesto e interesado, no lo atendía financieramente y porque, por otra parte, los déficits o deudas impagadas de las publicaciones socialistas caían sobre él. Entonces hizo de todo: escribir, componer, corregir, atender a la correspondencia, ayudado muy precariamente por refugiados, quienes, a falta de otra cosa, trataban allí de aplicarse al oficio de tipógrafos. Sin embargo, se publicaron algunas cosas buenas, entre otras, libros sobre la *Commune* de París, un periódico, *Le Socialiste* (1870), para París, *La Rivoluzione sociale* (1872), un número clandestino —inhallable hasta la fecha— para la Federación italiana, etc.

Después de la venta de aquella imprenta (1873), Guillaume se ganaba la vida en Neuchâtel con lecciones y traducciones, situación muy precaria, empeorando aún más después del proceso de 1877, cuando casi todos los militantes de la Federación jurásica, en manifestación en Berna, el 18 de marzo, con la banderas rojas desplegadas, fueron atacados y aplastados por la gendarmería, y más tarde, en un gran proceso, fueron aún condenados a semanas o meses de prisión, Guillaume, igualmente. París le había ya atraído en 1865 y en los primeros meses de 1870 y durante el penoso invierno de 1877-78 decidió, al fin, trasladarse allí. Su punto de apoyo era entonces, como en 1871, Fernando Buisson, el profesor radical francés, su amigo durante cincuenta años, que murió el 16 de febrero de 1932 casi nonagenario. Este fué, bajo el imperio, un republicano de buena ley, protestante de aquel matiz no dogmático que se llamaba el «cristianismo liberal»; como profesor de la Academia de Neuchâtel, conocía bien



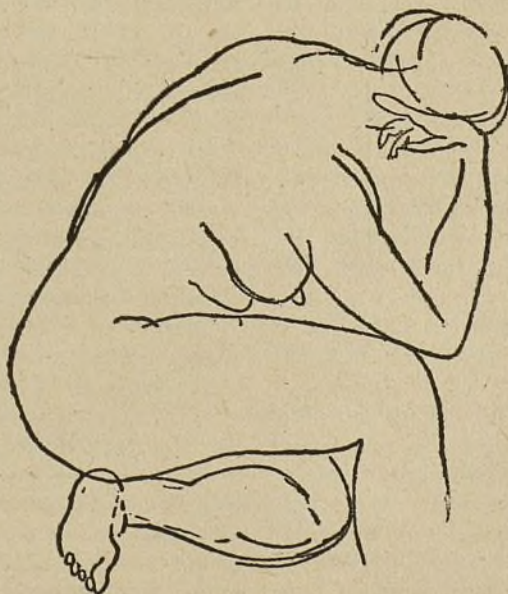
a Guillaume que, después del 4 de septiembre y antes de la *Commune*, estaba dispuesto a seguir a Buisson a París para ayudarle en su gran objetivo, la laización de la enseñanza primaria en Francia. La *Commune* intervino y enseguida los años del clericalismo triunfante; luego, a continuación de las elecciones de 1876, el renacimiento liberal y radical con sus luchas encarnizadas que duraban aún en 1878; Buisson publicó entonces su gran *Diccionario de la Pedagogía*, y Guillaume, que colaboraba con él desde 1877, se decidió a crearse una existencia en París, a base de aquellos trabajos literarios y otros similares.

Con este objeto, se impuso una retirada absoluta de la propaganda socialista; salió de la Internacional suiza y no secundó para nada los esfuerzos del socialismo y el anarquismo en Francia, que se acentuaban entonces de año en año. Aquella fué, para él, una determinación tan fija como, desde 1866, su participación intensiva. Aquello no fué escepticismo, defección, debilidad ni falta de interés, fué un acto de voluntad, un voto, un sacrificio inalterable; les costó mucho tiempo a sus ami-

gos comprenderlo y había que conocer a Guillaume para entenderlo. A veces, de lejos, como un «mal del país» socialista, le hacía seguir un acontecimiento interesante, pero cuando los amigos más íntimos —como Cafiero y Malatesta, aún en 1880— iban a verlo, lo encontraban frío, desinteresado y poco acogedor; el pasado estaba muerto para él. Veía también a Kropotkin y a Reclus, pero todos lo consideraban muerto para nuestras ideas. Cuando veinticinco años después estaba en plena resurrección, sabía persuadirse de que su abstención había sido menos completa de lo que parecía, y la última página (tomo IV, pág. 325) de su *Internationale* expresa esa autosugestión. Más tarde aún, hizo toda una teoría sobre ella, como si el período de confusión anarquista comunista le hubiera hecho, a él y sus amigos, retirarse, y el sindicalismo francés le hubiera hecho volver a la pelea, a él y sus amigos; pero todo eso fueron autopersecuciones, de las que Guillaume sabía hacerse con la mejor buena fe.

**Max Nettlau**

(Continuad.)





# La evolución de la sociedad moderna

## I Introducción

**C**UALQUIERA que trate de darse cuenta de la futura evolución eventual de la sociedad moderna debe, necesariamente, comenzar por estudiar las tendencias y contratendencias que se han revelado, en las industrias y la agricultura, en el comercio y las finanzas, en toda la vida de los países más avanzados, en el transcurso de estas últimas decenas de años. Es inútil fabricar teorías, dogmas sociales, si aquellas están en contradicción con la tendencia general de la vida social moderna.

Hacemos, pues, observar, ante todo, que esta vida social pierde cada vez más su sello nacional para tomar un carácter cosmopolita.

Las máquinas de coser y de escribir, los relojes suizos, las maquinillas de afeitar americanas, inglesas y alemanas, las aguas de Colonia, los fósforos y cigarrillos, los vinos y licores de todas las marcas, penetran hasta en los oasis de los desiertos y hasta las aldeas perdidas en las montañas. ¿Podrá encontrarse a un villorrio, en un país civilizado, donde los habitantes no conozcan la bicicleta o no hayan visto nunca un automóvil, un avión?

En las relaciones anuales de las grandes fábricas americanas, alemanas, inglesas, francesas, españolas, etc., constantemente se trata de la expedición de pedidos para las regiones más apartadas del Asia, Australia, Africa y la América del Sur.

Los consorcios y trusts han contribuido enormemente, durante las últimas decenas de años, a fortificar las tendencias a la internacionalización de las industrias y el comercio.

En la industria eléctrica, la General Electric Co. de América se ha unido con la Allgemeine Elektrizitäts Gesellschaft de Berlín y los colosos americanoalemanes dominan el mundo entero. Situación aná-

loga en la industria del petróleo, donde el universo se encuentra actualmente repartido entre la Standard Oil Company de los Estados Unidos y su potente competidora angloholandesa, la Royal Dutch Co. Otro, y formidable, competidor en el mercado mundial se les ha presentado estos últimos años, en la industria estatal del petróleo de la Rusia soviética.

La American Tobacco Company y su aliada la Imperial Tobacco Company, de Inglaterra, poseen fábricas en el Canadá y en Australia; ellas han conseguido ampliar sus salidas en el Japón, las Indias y en China. Y así sucesivamente.

En semejantes condiciones, ciertos países pueden explotar una especie de monopolio natural, como los Estados Unidos lo han podido hacer durante las últimas décadas con el algodón, porque, produciendo alrededor de los dos tercios de la cosecha mundial, proporcionan a determinados países industriales de Europa hasta cuatro quintas partes de su consumo de dicha primera materia.

En otras industrias se impone una alianza internacional, completando la producción de un país a la de otro. ¿No se ha afirmado, después de la guerra mundial, que no habrá paz y tranquilidad duradera para el continente europeo más que por lo que se ha llamado «el matrimonio de la hulla alemana con el acero francés»?

En el comercio y los transportes se revela la misma internacionalización pronunciada, el mismo carácter cosmopolita que distinguen ya a muchas ramas de la producción de importancia primordial. Los productores locales ejercen más y más su influencia directa en el precio mundial; luego, los gastos de transporte se han igualado más, no dejando apenas diferencia entre los transportes a larga distancia y los de un perímetro restringido. El precio mundial, subiendo o bajando diariamente bajo la influencia de la especulación internacional, se convierte así, en numerosos productos, en una especie de precio uniforme, tradicionalmente aceptado, tal co-



mo es, por todos los grandes compradores.

Es de absoluta evidencia que la penetración recíproca de las industrias y del comercio, en los diversos países, no podría verificarse sin rozamientos sensibles.

Situándonos en el punto de vista general e internacional, hay que hacer constar que la penetración económica siempre ha ido acompañada de una rivalidad social y política, que no ha podido menos de aumentar a tiempo y medida que las naciones, desarrollándose y perfeccionando incesantemente su material, se han hecho más aptas para medirse unas con otras.

Es que estamos lejos, en el siglo xx, de la época en que Inglaterra reinaba casi sola en el mundo como país industrial y comercial.

En las industrias dominantes del hierro y la hulla, el Reino Unido está, desde hace mucho tiempo, aventajado por su competidora de ultramar, su antigua colonia, los Estados Unidos de Norteamérica. Después de la guerra, el segundo lugar en la producción mundial de la fundición de hierro le es disputado a Inglaterra por Alemania y Francia.

Sin embargo, Inglaterra conserva aún sin disputa el primer sitio en la navegación. Las consecuencias de la guerra, tan fatales para el imperio alemán, ha retirado temporalmente a este competidor al último término; pero su puesto ha sido ocupado, y con una potencia peligrosa, por los Estados Unidos.

Inglaterra ya no domina sola el Océano Atlántico, como lo ha hecho hasta el último cuarto del siglo xix. En sus exportaciones hacia los otros países de Europa ha sido cada vez más rechazada por sus competidores del continente. Sin embargo, gracias a su enorme flota comercial, a sus vastas colonias, a su industria algodonera —la más importante de Europa—, ha reinado siempre en el Océano Índico y hasta en el Océano Pacífico. Pero parece que, en el transcurso de nuestro siglo, el porvenir pertenecerá a la República de los dos Océanos, a los Estados Unidos de la América del Norte.

Como hecho general, se comprueba en todas las ramas de la producción, hasta en aquellas de importancia secundaria, que cada nación trata de aumentar sus salidas

y ninguna cede sin lucha un mercado de algún valor a otra nación.

En las condiciones descritas, los conflictos políticos internacionales se convierten en una consecuencia inevitable de la lucha de los intereses económicos. No extraña lo más mínimo, por ejemplo, el enterarse de la parte que la Standard Oil Company ha tomado en los disturbios interiores y la revolución de Méjico, donde buscaba concesiones. ¿Y hemos olvidado los conflictos industriales y políticos entre Francia y Alemania, concernientes a Marruecos, todos aquellos conflictos que precedieron a la guerra de 1914-18?

¿No hemos visto, en 1923, las negociaciones de la paz entre Turquía y Grecia girar en torno al problema internacional de las concesiones del petróleo de Musul? Y, más recientemente aún, ¿los amos de las forjas europeas no han tomado partido en los periódicos dominados por ellos y con su diplomacia, en la guerra entre el Japón y la China, atizando los conflictos entre las dos naciones, ávidos de proporcionarles a las dos material de guerra?

Paralelamente a las rivalidades industriales se ha podido comprobar constantemente, en la sociedad capitalista, una lucha internacional de los empresarios por la posesión de los fondos primeros de que sus empresas deben alimentarse, es decir, de los tesoros indispensables de la Naturaleza. En todos los países se han podido encontrar abundantes ejemplos de la afluencia de los capitales en los yacimientos de hulla, de minerales, sales, petróleo, explotación de los bosques, así como de los saltos de agua, propios para proporcionar una fuerza motriz considerable y barata. La caza de las «concesiones» de toda naturaleza da motivo a peleas encarnizadas y parece no menos importante que la extensión de los territorios y la anexión de colonias.

Revelemos aún el hecho de que en esta lucha internacional, cada industria recibe el apoyo de los representantes de su Gobierno, para su orientación en el mercado: organizaciones de ferias muestrario, publicación de relaciones consulares y de periódicos oficiales, nombramiento de agregados comerciales en las legaciones de países extranjeros, envío en comisión de expertos gubernamentales, etc.

Estos últimos años, la situación interna-



cional se ha hecho más y más compleja, precisamente a causa del progreso general.

A tiempo y medida de su propia emancipación, los países nuevos comienzan a rechazar la ola de mercancías dispuestas para el consumo, que pueden producir ellos mismos sobre el terreno. Bien pronto no dejan a los antiguos países exportadores más que la producción de artículos especiales —en particular artículos de calidad superior, para cuya fabricación la mano de obra adaptada o las especialidades técnicas de la dirección les faltan aún.

Inmensas manufacturas de harinas y fábricas de cerveza locales han sido fundadas en los Estados Unidos, en plenas regiones cultivadoras de trigos, donde importantes centros industriales, tales como Minneápolis, han sido creados en el espacio de algunos años. Lo mismo ocurre en las regiones del sur de los Estados Unidos en la industria algodonería.

Hace treinta años, en 1900, las 450 fábricas, sobre poco más o menos, del sur y las 900 del norte, consumían ya en conjunto tanto algodón como Inglaterra, o sea, alrededor de un tercio de la cosecha entera (1). Hoy las fábricas del sur de los Estados Unidos luchan victoriosamente con los centros del norte, tales como Boston, no dejándoles más que la fabricación de los tejidos más finos.

Sobre todo, desde el final de la guerra mundial, la lucha por la emancipación industrial está entablada en todas las partes del mundo. En Australia se podría hablar hasta de un imperialismo económico que pretende transformar, en el nuevo continente, el conjunto de las primeras materias que produce el país. La Argentina, el Brasil y Chile, constituyen en nuestros días un bloque sudamericano que tiende a emanciparse de los mercados norteamericanos y europeos.

En suma, se ve manifestarse, frente a las tendencias a la internacionalización de las industrias y del comercio (hasta como consecuencia directa de aquellas tendencias), fuertes contratendencias a la nacionalización de las industrias, esforzándose cada nación y cada región en proveer, en

tanto como sea posible, a sus necesidades con sus propias fuerzas.

Al mismo tiempo que la América del Norte cede poco a poco, en el mercado mundial de los cereales, el primer sitio a las repúblicas de la América del Sur, muchos países europeos tratan de desarrollar la cultura del trigo en sus propias regiones agrícolas y en los terrenos incultos de sus colonias.

En Inglaterra se ha comprobado desde hace medio siglo un retroceso constante del comercio de tránsito. La Europa continental ya casi no recibe, como en otros tiempos, la seda o el té de la China por mediación del mercado de Londres, ni el algodón de los Estados Unidos por mediación de Liverpool. El té de China es importado directamente, muy a menudo, en los grandes puertos de Europa, y Lyon adquiere las sedas en China y las recibe vía Marsella. Los fabricantes franceses, alemanes, españoles e italianos, etc., no tienen ya necesidad de comprar en Liverpool el algodón americano; pueden comprarlo directamente en los Estados Unidos, aunque el precio de Liverpool pueda continuar imponiéndose como precio regulador para la Europa entera.

Todas las formas de emancipación sucesivamente examinadas y por las cuales los países y las regiones, léase los empresarios particulares, tratan de libertarse de una tutela que han tenido que aceptar al principio, son formas de *self help* (propia ayuda) que constituyen un verdadero progreso económico y social.

En resumen, las tendencias y contratendencias de que hemos tratado, presentan diferentes aspectos de la misma ley del *mínimo esfuerzo* que vemos reinar como base de toda vida orgánica, de toda vida económica y social. Toda medida económica que no responda a aquella ley fundamental y no sirva, por ello, al aumento del bienestar material de las poblaciones no tiene ningún porvenir; en cambio, toda medida que se amolde a dicha norma que resulte, marcará un progreso social de la Humanidad.

Muchos de nuestros camaradas anarquistas, cuando discuten las posibilidades de realizar, con una revolución social, una vida mejor para todos los hombres, no tienen suficientemente en cuenta estas verdades. Simplifican las situaciones sociales,

(1) Según el *Report of the Industrial Commission*, volumen VI, pág. 13.



tan complejas, sin embargo, en todos los países, hasta en las menores evoluciones de las diferentes industrias y que varían también según el curso de los acontecimientos.

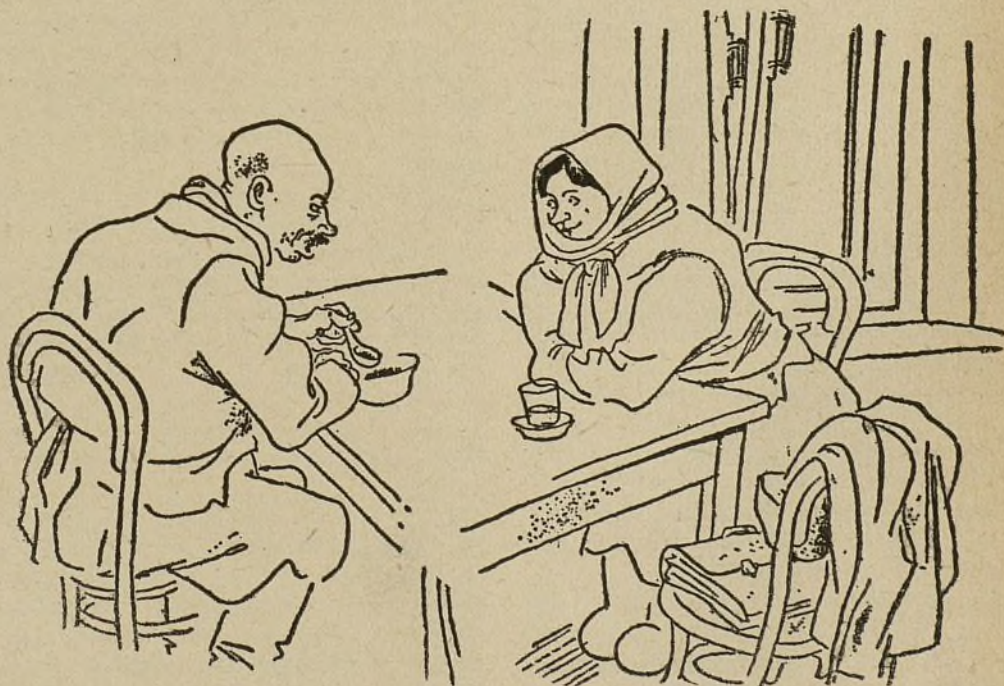
En los artículos siguientes, al examinar una por una las diferentes soluciones posibles de este gran problema, tan delicado, que se titula el problema social, me veré a cada instante obligado a exponer la complejidad de la vida social, para demostrar en qué dirección nosotros, comunistas libertarios, podremos y deberemos ha-

cer sentir el peso de nuestra intervención.

Pues, para nosotros, se tratará de evitar, en un período revolucionario, los errores que nuestros predecesores han conocido demasiado y de no simplificar las situaciones complejas y difíciles a resolver; de no hundirnos en las utopías, sino de examinar seriamente cada uno de los casos que se presenten hasta llegar a la meta que nos proponemos alcanzar.

**Christian Cornelissen**

París.





# La Banca y la economía nacional

La importancia del papel de la Banca en la economía contemporánea, sobre todo en el transcurso de los diez últimos años, ha llegado a extremo tan interesante que nos ha parecido de conveniencia suma para nuestros lectores el que uno de nuestros colaboradores, Pierre Ganivet, hombre de cultura extremada y gran especialista en cuestiones bancarias, orientara al lector y le presentara en forma sencilla y clara el cuadro de la actividad económica y social de los Bancos, y el de destacar, en la medida de lo posible, los grandes trazos de la organización bancaria en una economía orientada hacia el socialismo.

El estudio, cuyo primer capítulo publicamos a continuación, comprenderá tres partes, respondiendo cada una de ellas a nuestras preocupaciones:

## 1.ª LA ECONOMIA CAPITALISTA DIRIGIDA Y LOS BANCOS.

*La racionalización externa.  
La ayuda a la producción.*

### Evolución de la misión de los Bancos

LA evolución de la economía moderna ha entrañado correlativamente una evolución del aparato bancario, una modificación de su objeto.

En los tiempos en que hasta la revolución industrial que marca la mitad del siglo XIX, el comercio y, de una manera general, los fenómenos del cambio retenían sobre todo la atención de los economistas y los banqueros, se preocupaban únicamente del financiamiento de las transacciones mercantiles, de los préstamos a la gran aventura, de la negociación y la circulación de las letras de cambio, del «papel comercial», a partir del impulso que tomó la industria, hacia 1860, la producción y todo lo que concierne a aumentarla preocupó los espíritus.

Los Bancos de negocios suplantaron a las Cajas de descuento; la emisión de títulos mobiliarios, las aperturas de crédito a la industria, tuvieron una amplitud que no habían conocido nunca las tradicionales operaciones bancarias; la finanza ocupó el sitio de la «Banca pura».

Hoy, una nueva evolución se diseña que precipita la crisis internacional, que recalcan ciertos resultados adquiridos en el extranjero.

*La previsión de las crisis.  
Limitación de los efectos de las crisis.*

## 2.ª LOS BANCOS COOPERATIVOS.

*Su organización y actividad.  
Su porvenir.*

## 3.ª LA BANCA EN UNA ECONOMIA COMUNISTA.

Inútil añadir nuestro buen deseo de que el lector se fije y aprenda, que fuerce un poco su atención, ya que se encuentra ante problemas nuevos para la mayoría, pero de necesidad para la organización de la vida futura.

Agradecemos infinito a nuestro querido colaborador y compañero Ganivet la atención que ha tenido al escribir, expresamente para ORTO, este documentado trabajo, fruto de sus enormes conocimientos técnicos sobre cuestiones económicas y financieras.

No se habla ya, como en el siglo XVIII, de ampliar el radio de acción del comercio privado.

Ahora, atacado por todas partes y en sus relaciones con los nacionales, en el mercado interior, por los consumidores organizados en potentes Cooperativas o por los productores agrupados en sus factorías o consorcios, y en sus relaciones con el extranjero por el mismo Estado que, en derecho o de hecho, posee en numerosos países el monopolio del comercio exterior, el comercio privado está reducido a la defensiva.

Se sostiene en Europa, en la América del Norte y en una parte del Asia. Lucha por la salvaguardia de sus intereses, no ya por la obtención de nuevos derechos. Está estrechamente oprimido en Europa Occidental y hasta, en la sexta parte del mundo, en la U. R. S. S., ha desaparecido virtualmente. El tiempo de las grandes compañías comerciales financiadas por los Bancos, protegidas por el Estado, ha terminado.

En su estudio clásico de las Operaciones de Banca, cuya primera edición es de 1852, el economista J. G. Courcelle-Seneuil declaraba que existían dos categorías de Bancos, en las que, además, los intereses estaban diametralmente opuestos: los Bancos de emplazamiento y de especulación



y los Bancos del comercio. Concedía algunas páginas solamente, y como a su pesar, a los primeros, porque «no trabajan más que por excepción con el comercio de mercancías». En cambio, se dedicaba amplia y minuciosamente a definir y clasificar los Bancos del comercio, a exponer su mecanismo y su misión.

Si viviera en nuestros días y procediera a la revisión y a las reediciones de su obra, modificaría, sin duda alguna, el plan y la ordenación, pues la importancia económica de los Bancos del comercio está de tal manera aminorada, su actividad ha tomado una dirección tan nueva, que su estudio no ofrece ya más que un interés histórico. Hasta su nombre ha desaparecido del lenguaje corriente.

En período capitalista industrial, la producción ocupa el primer rango de la economía. La fábrica reemplaza al taller familiar o artesano. Ella exige inmensos capitales, entraña gastos generales, difíciles de evaluar, necesita una creciente mejora de rendimientos, un cálculo minucioso de los precios de costo. Entonces se forma la ciencia de los precios de costo, se descubren sus primeros elementos, aparecen a la luz, utilizados en los Estados Unidos de América, allí precisamente donde la técnica de producción capitalista está más perfeccionada.

Industria y Banca se apoyan, hasta se interpenetran. Los métodos industriales son adoptados por los establecimientos financieros; la fábrica se inspira en los Consejos de la Banca. En Francia, en Alemania, en los Estados Unidos o en Bélgica, la ayuda de los Bancos está en primer lugar reservada a la producción. El crédito industrial sustituye al crédito comercial.

En el quinto Congreso de los Bancos alemanes, en 1920, aludiendo a aquella colaboración marcada sobre todo en los últimos años que precedieron a la guerra, el señor Neuhans, entonces ministro de Asuntos económicos del Reich, declaraba: «Los Bancos alemanes no constituían solamente un elemento como los otros de la formidable expansión de la actividad económica de Alemania, sino que eran, en una amplia medida, los autores y creadores de aquella evolución. Recogiendo, por un sistema de depósitos, de más en más extendido, los capitales que provenían de todos los canales de la economía y constituyén-

dose en receptáculo de aquellos capitales para prestarlos enseguida al comercio y a la industria, han proporcionado a las empresas industriales los medios y el estímulo para proceder a vastas creaciones.»

Lo que el señor Neuhans decía de los Bancos alemanes se aplicaba con el mismo rigor a los Bancos franceses o belgas.

Pero hoy no se trata ya tanto de crear como de adaptar. La crisis que, nacida en los Estados Unidos, conmueve la estructura de todos los Estados del mundo, ha hecho resaltar la urgencia de poner de acuerdo la producción y el consumo. Porque esta crisis no es debida a la insuficiencia relativa de la producción. Hasta, a creer a los economistas y estadistas oficiales, habría superabundancia en todos los dominios.

El grave problema que se presenta, pues, en función de la evolución de la economía capitalista, es el de equilibrar las necesidades de los consumidores con las posibilidades de los productores. A resolverlo se aplican, cada cual en su propia esfera, con los medios que tienen a su alcance, industriales, agricultores, asociaciones, cooperativas y banqueros.

Por otra parte, los banqueros, en apariencia los menos interesados en el problema, son, sin embargo, los que tienen la clave de la solución.

Proporcionan los datos esenciales, completados a tiempo y medida de la discusión con las indicaciones matemáticas que ellos únicamente están en condiciones de proporcionar; tienen la posibilidad de juzgar la situación en la complejidad de su conjunto, sin ser solicitados por determinado punto de detalle, cuyo examen es susceptible de distraer o equivocar el juicio de un especialista, metalúrgico o molinero.

Deben poseer conocimientos jurídicos, de contabilidad, económicos, que les permitan decidir con conocimiento de causa o, al menos, fundamentar sólida e imparcialmente su opinión.

En fin, gracias al juego de los diversos negocios a plazo y a la red de sus correspondientes extranjeros, tienen una acción decisiva en el tiempo y en el espacio. Así los Bancos que, después de haberse consagrado durante siglos a la circulación de las riquezas, al día siguiente de la revolución industrial, estaban orientados ha-



cia la ayuda a la producción, el financiamiento de la industria, y que, después de haber trabado relaciones continuas con los países más apartados del círculo normal de los cambios, como la China, el Japón o las Américas, habían permitido a las naciones de Europa construir sus redes ferroviarias, construir sus fábricas, trabajar la hulla, el hierro y el petróleo en una inmensa escala, aplicándose los Bancos en adelante a una tarea nueva: estabilizar el poder de adquisición y reducir las contradicciones internas que padece el mundo contemporáneo.

Como lo ha hecho observar el señor Hans Fürstenberg en su libro sobre *La Alemania después de tres años de moneda oro*, «la crisis actual no es el fruto de la superproducción. Tiene su origen en el crédito monetario. Los créditos a largo plazo hacen falta; ellos son los que podrían ser aceptados en vez de capital. El banquero, al conceder un crédito, debe considerar si es útil al conjunto del cuerpo económico. Debe, pues, poder echar una ojeada a todos los detalles de la empresa de su cliente, para el cual se necesita que él sea, como otras veces, un confidente. Lo mismo que el banquero tiene por misión ser el consejero del ahorro, tiene un papel a desempeñar acerca de la especulación. Porque un país, en estado de reconstitución económica, tiene necesidad de la especulación, que es muy diferente del juego».

Así se bosqueja lentamente, para los banqueros, su nuevo aspecto de directores de la economía de un país. Este aspecto, que asumen cada día más bajo la imperiosa presión de los fenómenos económicos, en medio del creciente desorden de sus contemporáneos, es de una importancia trascendental: pues de arbotantes del edificio económico, los Bancos se convierten, en cierta forma, en la piedra angular.

### Primera parte.-La economía capitalista dirigida y los Bancos

Por *economía dirigida* entendemos una economía dirigida en los cuadros políticos y económicos del régimen actual, es decir, del Capitalismo, ya se trate de un capitalismo de Estado, como en la U. R. S. S.,

o de un capitalismo privado, como en España o Francia.

Este intervencionismo se opone de una manera radical a «la economía consciente y resueltamente dirigida hacia el socialismo», a la economía de Plan.

El problema de la economía dirigida es económico. Todos están de acuerdo en poner fin, y lo más pronto posible, al caos y a las contradicciones de la economía moderna. Cuando hay una superabundancia de primeras materias y de productos manufacturados, millones de hombres son entregados a una miseria horrorosa. El trigo y el café sirven para alimentar las calderas de las locomotoras y de las fábricas, al mismo tiempo que los hospitales de Nueva York no tienen bastantes camas para los hambrientos, cuando las familias obreras de Alemania no ven escape para sus males más que en la muerte voluntaria. En cambio, los productores carecen de salidas comerciales y trabajan con pérdida. Según parece, cada vez que un campesino de la Plana magiar cosecha un quintal de trigo pierde cinco pengós, o sea, 22 francos, como premio a sus esfuerzos. Parece inadmisibles que, para mantener los precios se deban destruir las existencias de algodón y de cuero, paralizando los oficios de tejer y las máquinas de cortar y coser, cuando tantos hombres están faltos de calzado y ropa.

Los principios del liberalismo tradicional, las fórmulas del «dejar hacer, dejar pasar», no convienen ya a las necesidades actuales. No tienen ya defensores.

Hay que reorganizar, dirigir racionalmente la economía nacional, concebir y trazar los planes de la organización indispensable, poniendo fin al antagonismo de los productores y consumidores.

Según el señor Bertrand de Jouvenel, «una tal ingerencia en las relaciones económicas es de un carácter menos grave que la del legislador que en estos últimos años ha querido fomentar las acciones nominativas en detrimento de las acciones al portador. Menos grave, decimos, y más eficaz seguramente, porque no irá en contra del progreso económico, sino que se esforzará, al contrario, en precipitarlo. Nada sería, en efecto, más peligroso que pretender sujetar la economía a designios no inspirados por la experiencia; eso no sería ya la economía dirigida, sino la eco-



nomía trabada». (*L'Economie dirigée*, París, 1928.)

Dirigir la economía, ¿qué quiere decir sino hacer el inventario de las fuerzas vivas del país, racionalizar la producción, seleccionando industrias y empresas agrícolas, eliminando todas aquellas que no sean viables, las que deban su existencia precaria a medidas aduaneras inspiradas en una política autárquica, estrechamente proteccionista?

¿Qué quiere decir aún, sino concentrar los esfuerzos para sacar provecho de las posibilidades que ofrezcan las condiciones naturales favorables, modernizar, aumentar el utillaje nacional, acrecentar, en fin, el poder adquisitivo de los particulares y, por consiguiente, abrir salidas en el interior, permitiendo así a los productores realizar los beneficios necesarios?

Hoy todo tiende hacia una economía dirigida, desde la creación de los Consejos económicos nacionales en Francia, Alemania e Italia, para obtener en el interior de las fronteras una mejor conexión de las ramas de la producción, hasta en las iniciativas privadas, para normalizar las relaciones económicas, realizar la unidad de miras en los métodos de fabricación y eliminar el despilfarro, como indicaba la encuesta llevada a cabo por el señor Hoover en los Estados Unidos.

Una dirección de esta naturaleza se realiza ya plenamente ante nuestros ojos en la U. R. S. S. y en Alemania. «La particularidad de la economía soviética consiste, ante todo, en su planificación. Esta significa que todas las realizaciones de la organización económica, cadencias y desarrollo de las diferentes ramas de la producción, correlación entre ellas, etc., no son ya obtenidas por el juego espontáneo y ciego de los intereses privados, sino que son el resultado de una dirección consciente dada por un centro único.

»El plan no prevé, sino que establece de una manera activa las relaciones y enlaces que hay absolutamente que realizar en interés del país. Para realizar el plan, el Gobierno aplica toda una serie de medidas que tienden a asegurar el reparto racional de las fuerzas productivas, la reglamentación de la producción industrial y de la agricultura, el reparto de los productos obtenidos así entre las diferentes ramas de la economía nacional.

»La economía soviética no conoce las pérdidas que se provocan en el seno de la economía capitalista, la «tragedia del despilfarro» (Stuart Chase). Al contrario, en virtud de la coordinación de los esfuerzos de las diversas ramas de la economía del país se crean entre ellas tales relaciones y lazos que el conjunto de la economía nacional forma un todo, que se desarrolla armoniosamente, una espiral sencilla, de energía potencial considerable, cuya transformación en energía cinética se manifiesta en las cadencias desconocidas en la humanidad y en la historia del desarrollo de las fuerzas productivas.» (*Boletín económico de la Banca de Estado de la U. R. S. S.*, año VII, núm. 1, enero 1932.)

Alemania sigue los mismos métodos que la U. R. S. S. Su economía interna sufre una evolución análoga. «Puede —escribe en la *Europa nueva*, el señor Marcel Ray, tratando del Reich— que el país no cambie de régimen, pero cambia completamente de estructura... Una nueva Constitución económica, superpuesta a la Constitución de Weimar, suprime toda libertad en el sentido manchesteriano de la palabra... Esta Constitución no tiene autor. Cada medida aislada ha sido tomada bajo el imperativo de la necesidad; pero todas las medidas convergen hacia un sistema de economía dirigida y cerrada tan estricta como la de los Soviets.»

En el cuadro de una economía así dirigida, los Bancos tendrían que desempeñar un papel, a la vez, económico y social.

Este papel consistiría en:

Prestar ayuda a la producción, al mismo tiempo que la guía en función de los menesteres y necesidades económicos; concederle créditos; racionalizar la circulación de los capitales;

Precaver las crisis y limitar los efectos; Dirigir la moneda.

Pero, previamente, los Bancos tendrían que proceder a su propia reorganización, a realizar fusiones, conseguir acuerdos, efectuar las concentraciones de capitales y negocios, asegurar, en suma, su racionalización externa.

**P. Ganivet**



Estudio en tres partes  
del reciente Proyecto de ley

## El abolicionismo en la prostitución

**R**ECIENTEMENTE y por una Comisión formada por los doctores José Sánchez Co-visa, Manuel Torres Grima, Santiago Ruesta, José García del Diestro, Félix Echevarría, Estanislao Lluesma García, Julio Bejarano, Enrique Sáinz de Aja y Julio Bravo, y el abogado Luis Jiménez de Asúa, se ha presentado a las Cortes un proyecto de ley abolicionista de la reglamentación de la prostitución y que implanta por vez primera en España el delito de contagio venéreo o delito sanitario.

En torno a este proyecto (que citamos íntegro en nuestro libro *Cómo se curan y cómo se evitan las enfermedades venéreas*, pero que premuras de la aparición del libro nos impidieron comentar) se han hecho muchas fantasías. Se los ha censurado por excesivo, por los elementos de la derecha que amenazaban con la ironía de que sólo serviría para aumentar las filas de los «obreros parados» con las prostitutas sin trabajo. Se le ha censurado desde la izquierda por estimarlo muy poco, sin tener en cuenta que el abolicionismo nunca es poco, porque es posibilidad de aplicación de nuevas medidas, de campañas renovadoras. Para desvirtuar fantasías y errores estudiaremos en tres artículos: 1.º El aspecto abolicionista del proyecto de ley. 2.º El aspecto jurídico con la creación del delito de contagio venéreo. 3.º Cauces sociológicos que abre la implantación en España de un criterio abolicionista.



Al situarnos frente a frente al problema del abolicionismo nos hallamos ante la máxima preocupación de nuestro siglo. La prostitución, nacida con la civilización, y desarrollada al compás de la religión, aunque ello pueda parecer afirmación

aventurada o parcial (véase el libro ya citado), ha sido el problema de todos los pueblos y de todas las eras. Reglamentarla, someter a las mujeres a la fiscalización del Estado a cambio de reconocer la prostitución como una profesión, fué idea de Napoleón, a cuyo ejército seguía en su marcha otro «ejército femenino». Y aquí surge el primer aspecto indignante de la reglamentación. El Estado reconoce que la prostitución es un medio de vida tan legítimo como el servicio doméstico o el trabajo en un taller o en una fábrica. Se trata de una nueva industria, formá de mercancía que ha dado a la prostitución la acertada definición de «esclavitud de blancas» y que nosotros, civilización del siglo XX, toleramos aún en nuestros días. Y como la industria es lucrativa, el Estado impone un bárbaro impuesto de utilidades, exigiendo el pago de cuantiosa contribución a la mujer que, por azares de la vida o por su temperamento, hállese en el terreno de la prostitución. A cambio de ello, el Estado, con el propósito de dar apariencias de legitimidad a tan dolientes ingresos, paga con ellos —al menos así consta oficialmente aunque no es extraño que no ya en España sino en muchos países los ingresos de la prostitución hayan pagado dilapidaciones orgiásticas, acaso con las mismas prostitutas, de muchas autoridades oficiales— la profilaxis venérea y el reconocimiento médico de las prostitutas, garantía que ofrece a los ciudadanos que puedan utilizar así la prostitución con derecho a exigir la cartilla de la mujer prostituta, previamente visada por las autoridades y médicos. Y es realmente pintoresco, si no fuera lamentable, esta curiosa vuelta de noria de la pobre Humanidad que paga con los ingresos de la prostitución la curación de los males que aquella causa, aunque sólo en una pequeñísima parte (dos Dispensarios en Madrid, el de Olavide y el



de Azúa, no son, ni con mucho, suficientes para las necesidades de una gran ciudad), y que ofrece a los hombres la falsa garantía de una sanidad de las mujeres reconocidas periódicamente, casi siempre cada ocho días.

La reglamentación es —prescindimos del aspecto sentimental— la fuente directa mayor de enfermedades venéreas. El hombre que cree en la eficacia de ese reconocimiento médico, debe tener en cuenta dos cosas:

1.<sup>a</sup> Ese reconocimiento se hace rápida y casi formulariamente. La prostituta que necesita ganar su vida para pagar las cuentas que debe a la celestina que comercia con su cuerpo, a la fiadora que le presta los vestidos, al chulo que es el único amor, la única lucecita que alumbra en su oscura existencia, hace cuanto está en sus manos por evitar que este reconocimiento superficial —casi siempre examen de las mucosas (bucal y vaginal) dé signos exteriores de contagio venéreo. Sabe que de hallarla así, será privada de su cartilla, será llevada a un calabozo, y aunque la vida no sea en él más dura que la que lleva en el burdel, le impedirá cumplir esos compromisos, y acaso cuando regrese de nuevo —no sometida a tratamiento, que del internamiento, en hospitales o curación en los Dispensarios rara vez se ocupa el Estado reglamentarista y si sólo del castigo a la presunta contagiosa— acaso se encontrará ocupado su puesto en la miserable casa en que vive y habrá de descender un escalón más en esa escala de vicio y de miseria de la prostitución reglamentada, donde a la mujer le es permitido todo menos escoger, sujeta al cliente, a la celestina imperativa, a la fiadora vividora, al chulo exigente y celoso y hasta al casero del burdel o la casa de citas o compromiso, de cuya explotación indirecta hablaremos más tarde. Y tal es la habilidad de la mujer impulsada por tantas y tan verídicas necesidades, que el médico, en un examen que dura escasamente dos o tres minutos (ni reacción de Wassermann, ni biológica de ningún género, ni aún anamnesis adecuada), se ve engañado por la apariencia de asepsia de la prostituta. Y esto lo reconoció así paladinamente mi buen amigo el doctor don Julio Bejarano, en un acto que en el Lyceum Club, y como parte de una semana abolicionista que yo organicé el pasado

curso, tuvo lugar hace aún pocos meses. Todo ello, si la prostituta no se compra el silencio con una entrega de su mismo cuerpo, si no al médico —que no queremos con ello acusar directamente a los funcionarios médicos de nuestros Dispensarios— a algún subordinado o al simple agente que la sorprende con una cartilla sin visar o sin cartilla en la vía pública. Que a todas estas inmoralidades dá lugar el mantenimiento de la reglamentación.

2.<sup>a</sup> Suponiendo, en el mejor de los casos, que la mujer, absolutamente limpia y sin infección de ningún género, pase la inspección médica favorablemente —y ello sería difícilísimo de poder afirmar en una prostituta profesional, pues sabida es la afirmación reiterada por médicos eminentes y prácticos de que toda prostituta al cabo de dos años de ejercicio es cuando menos gonocócica— a ningún juicio escapará el hecho de que aquella misma noche del reconocimiento, con la cartilla recién visada, y aparentemente libre de toda enfermedad, puede quedar contagiada por el primer hombre que disfrute de sus favores y contagiar a su vez en el transcurso de aquella semana gozando ella de la absoluta impunidad —que ha cumplido la ley en todos sus preceptos— y creyendo los hombres en la seguridad de ese reconocimiento médico como una garantía de sanidad de la prostituta.

● ●

¿Qué representa el abolicionismo? No es este el lugar de hacer una exposición histórica. Quienes lo deseen lo encontrarán en el libro tantas veces citado de reciente publicación: *Cómo se curan y cómo se evitan las enfermedades venéreas*, pero de nadie es ignorado que el abolicionismo es campaña iniciada en Inglaterra por una mujer, Josefina Butler, y secundada inmediatamente por una corriente de excepcional importancia en las Academias y demás centros profesionales de Medicina, por Blaschko, en primer término, propugnando por una reforma que se inició con el grito: «¡Fuera los burdeles!»

El abolicionismo supone los hechos siguientes:

1.<sup>o</sup> El Estado pierde su carácter, ver-



daderamente lamentable e impropio de todo poder moderador, de ser la proxeneta oficial que, reconociendo la prostitución como un medio de vida, impone a ésta cuantioso impuesto, de lo que se registra indignamente como ingreso en los propios presupuestos del Estado.

2.º Quedan suprimidos los burdeles, esa limitación a determinadas casas, a calles vigiladas, de la prostitución, algo similar a los lazaretos donde los desgraciados leprosos, aislados de la ciudad y viéndola, sin embargo, a lo lejos, pasan por la diaria amargura de una abstinencia exaltada por la proximidad de los placeres, nuevo suplicio de Tántalo, tanto más insufrible cuanto que es sabido la exacerbación que del impulso sexual suelen sufrir los leprosos y demás atacados de males que tengan de cerca o de lejos cierta relación con las enfermedades venéreas.

3.º La prostituta no puede alegar como medio de vida este comercio con su cuerpo, y no se da el caso vergonzoso e inmoral de un Padrón municipal, donde en la casilla de profesión se incluye la palabra «prostituta», que da derecho al Estado a la cuantiosa exacción o impuesto de Utilidades, al que anteriormente hemos aludido.

4.º La prostituta no necesitará para vivir de la explotación de la celestina, para la que antes se daba el caso paradójico de que mientras en el Código existía un artículo que penaba la explotación de menores o de simples prostitutas como medio ilegal de comercio o de industria, como la ley reglamentarista permitía la existencia de la celestina, como garantía de un domicilio fijo para la prostituta, ésta era tolerada y autorizada, sin que jamás pudiera cumplirse el tradicional precepto legislativo. Por el contrario, ahora, el hecho de que una persona comercie con el cuerpo de otras, estará penado en el Código y en la ley especial, arrojando el peso de la sanción sobre la celestina que popularizó nuestra literatura del medioevo en su oficio de tercería, tanto más repugnantes y degradados en nuestro siglo XX, de burdeles y casas de citas reglamentadas.

Y así, los artículos 21 y 22 del proyecto de ley, declaran: «Todo el que mantenga casas de lenocinio, de manera ostensible o encubierta, será castigado con las penas

de arresto mayor y multa de 1.000 a 10.000 pesetas.» Y: «Quienes ejerzan tercería en la prostitución, y cuantos se lucren de las mujeres, serán castigados con las mismas penas del artículo anterior.»

¿Ventajas del abolicionismo? Evidentes. La mujer que se sienta contagiada, podrá ignorar quién la contagió, y en este caso la aplicación del delito de contagio venéreo será de difícilísima investigación; pero el hecho de someterse a un tratamiento que ahora podrá hacerlo dada su independencia, y sabiendo que no la espera castigo ni prisión, sino, por el contrario, curación que le permita volver acaso al ejercicio de su vida, sin la obligatoriedad temible a que hemos aludido antes del período reglamentarista.

La mujer tendrá, además, el derecho de elegir —primera vez que se le reconoce este derecho—, y que consistirá en poder rechazar, amparada por la ley, a aquellos clientes que ofrezcan muestras exteriores de afecciones venéreas. Antiguamente sólo existía un precepto legislativo estatuido en el viejo Código penal de 1870, según el cual existía también la violación de la prostituta cuando ésta era poseída por un hombre contra su voluntad, existiendo una pena menor en este caso que para la violación de una mujer honesta, como si el hecho de la entrega de una mujer en contra de sus deseos fuera distinto porque la mujer hubiera o no tenido relaciones sexuales con otro hombre. En la actualidad, la mujer podrá elegir, la ley le ampara para ello, y hay, además, otra garantía más eficaz a nuestro juicio que la legislativa, y es la que pudiéramos llamar social, que le permitirá a esa mujer ante la no urgencia del pago a la celestina —que exige, y de esto han hablado los historiadores de la prostitución, el pago de un cierto estipendio o canon por día— para llegar a cubrir el cual la prostituta no podría elegir, siéndole preciso aceptar a todos los clientes, presentando por ello el lastimoso cuadro de una mujer obligada a aceptar a todos: borrachos, soeces, contagiados, repugnantes, deformes, viejos libertinos y lujuriosos.



Es la primera vez que en las leyes se le reconoce a la mujer —siquiera sea a la prostituta— este derecho a poder elegir, y ello es ya un paso de avance, el que yo más aprecio del movimiento feminista contemporáneo, el que permite a la mujer su libre elección en el juego del amor, permitiéndola contar a su vez y no ser, como hasta aquí, mero objeto de compra y venta que hacía más odiosa y reproducible la indignante esclavitud.

La abolición de la reglamentación permitirá por todas estas causas una disminución absoluta de las enfermedades venéreas. No sólo lo demuestran así los países que llevan ya muchos años ensayando esta ley; aun la simple práctica reconocida en España, y a la que aludimos aquí, de que las queridas o entretenidas, las que no han descendido aún por los escalones de la prostitución, suelen ser cuidadosas de sí y de su sanidad, para evitar el contagio que las privaría del apoyo del hombre que las sostiene, amenazadas con ello de verse relegadas a la condición de prostitutas de ocasión, situación realmente inferior y a la que no es grato descender.

Por otra parte, el abolicionismo exige a su vez una campaña inmediata de difusión de los medios de profilaxis venérea, y ello es el único medio de lograr que esta campaña se realice alguna vez en España. Es el español el espíritu más perezoso, que cuando no tiene urgencia en cumplir una orden o un precepto, lo deja todo invariablemente para mañana. No hay nada como ponerle ante la obligatoriedad, ante la necesidad de una ley o un precepto imperativo, para que se vea forzado, sin recurrir a la dilación de un día próximo, a la ejecución de las medidas que necesitan complementar aquella ley a que aludimos. Hasta aquí no se había realizado en España propaganda eficaz de profilaxis antivenérea. La labor de los Dispensarios no era, ni con mucho, eficaz. La creencia a que hemos aludido ya anteriormente, y que no cesaremos de censurar, del carácter secreto y vergonzoso de estas enfermedades, impedía que las conferencias que se daban irregularmente en estos Dispensarios tuvieran la difusión necesaria para llevar a todos los hogares el pensamiento de que las prevenciones antivenéreas son algo tan natural y lógico como las antituberculosas, antitíficas o antivario-

losas. Ahora, por el contrario, el Estado se encuentra con la necesidad de hacer una propaganda antivenérea de difusión, y ello por una razón principalísima, y es la siguiente:

En el proyecto de ley de profilaxis venérea se habla de la creación de un delito de contagio venéreo, de una penalidad subsiguiente a que aludimos en otra parte de estos trabajos (véase el número próximo), pero es menester probar que hubo dolo o culpa y que el sujeto ignoraba la gravedad del mal que cometió, la necesidad obligatoria del tratamiento o aun la existencia de aquella afección en su organismo. Y, claro es, que si existe ese delito, y no se ha probado que los conocimientos profilácticos y de divulgación de los peligros de las afecciones venéreas han llegado a todos y están en todas partes, donde el sujeto debería haberlos leído y conocido, el delito tendría una existencia legal escrita, pero no eficaz en la práctica; que siempre el juez habría de apreciar la eximente de ignorancia que invalidaría toda represión legal.

Y ahí vemos en unas breves consecuencias cómo el abolicionismo beneficia no ya a la moral del Estado, elevándola y dignificándola, no sólo a la prostituta, incorporándola siquiera sea circunstancialmente a la vida pública con el carácter de persona del que hasta aquí había sido privada (mero objeto de compra y venta cuya comisión no cobraba ella, sino cuantos la rodeaban), sino también evita la propagación temible de las afecciones venéreas por contagio, pone bajo la protección de la ley los derechos de esposas inocentes, hijos posibles, nodrizas o amas ignorantes y hasta prostitutas ejerciendo su comercio sexual, y señala dos amplias trayectorias de urgente realización para completar la ley que no es cerrada y absoluta como los reglamentaristas, sino cierta y perfectible, y que son:

1.º Difusión, por todos los medios, del carácter antisecreto y antivergonzoso de las enfermedades venéreas, y profilaxis de los mismos.

2.º Educación sexual; y

3.º Reeducación de la prostituta hasta llegar a su total o casi absoluta extinción.



Tengamos en cuenta un último detalle. Abolir la reglamentación no es abolir la prostitución, y a ello se atienen y lo confunden lamentable y equivocadamente quienes estimaban, como ya aludíamos en la primera parte de este trabajo, que ello sería agravar el problema del «paro forzoso». La prostitución seguirá existiendo, pero sin la explotación de médicos de burdeles, con una rápida e inmediata persecución contra las celestinas, que desaparecerán, quedando las mujeres —en tanto no llegue el momento de continuar la campaña abolicionista por la trayectoria de reeducación de las mismas, a que aludiremos en las conclusiones de la tercera parte de este trabajo— en condiciones de vivir reunidas, pagando cada una una parte del alquiler del cuarto donde viven o el alquiler de cada cuarto, si a ello dan los ingresos que perciben, y sin que estos in-

gresos vayan a nutrir los bolsillos de estas explotadoras de que hemos hablado, y para las cuales, las «mujeres», siempre en deuda, están con ello en una situación de sumisión que impedía a la prostituta alejarse, aunque lo deseara, para su incorporación a la vida, en una profesión cualquiera, para vivir acaso con un hombre, quién sabe si para casarse con él, si no quería estar expuesta a las molestias constantes de la «celestina», que le recordara en su aparente vida humilde de burguesita honesta todas las turbulencias trágicas de su pasado, qué todo esto, que parece escena de folletín, es dura y triste realidad en la vida de muchas mujeres como han caído e intentado redimirse de los cauces de la prostitución.

**Hildegart**





## La lengua de la paz

**E**L crepúsculo era de una persistente limpidez. El lago Lemán palpitaba entre las montañas, agua viva en la copa de las rocas eternas. Volví a la derecha, sobre la calzada de muros guarnecidos con una hiedra color de herrumbre, con el fin de tomar el tranvía para la pequeña ciudad vecina: Territet. Hubiese preferido ir a pie, a fin de contemplar los mirajes de la tarde muriente y de meditar acerca de las palabras del sabio de Villeneuve. Pero la hermana de Rolland había telefonado al doctor Edmundo Privat y era esperado.

Romain Rolland —«el pescador de almas»—, había supuesto que yo no podría soportar una velada solitaria en el hotel de Montreux. Y, con ese cuidado del guía, que crea relaciones entre los obreros y los fieles de esta «iglesia laica» que ha surgido en torno suyo en los años del diluvio de sangre de 1914-1918, me había hablado también de Edmundo Privat:

—Tengo que indicaros un gran colaborador, casi sin emplear. Conoce muy bien a Europa, especialmente los países orientales: Polonia, Estonia, Rusia. Es un gran trabajador y de un gran valor moral...

Yo conocía alguna de las obras de Privat en esperanto, las que ha consagrado a la historia de esta lengua y a la vida de Zamenhof. Presidente de honor del Comité internacional de *l'Universala Esperanto Asocio* —cuya sede iba yo a visitar dos días después en Ginebra y donde he visto una biblioteca completa en esperanto y documentos que tienen relación con el desarrollo de esta lengua—. Edmundo Privat es también titular de la cátedra de esperanto de la Universidad de Ginebra. Por el momento, sólo una hora por semana, como en todo comienzo.

Encontré en su despacho de la villa «Vignelin», en el fondo de una alameda, a este «gran trabajador» en la flor de la edad, sólidamente conformado, de fisonomía franca y de vivo espíritu. Escribía la crónica de la política exterior para algunos periódicos suizos.

—Rolland —me dice—, quiere que

yo emprenda algo grande; es un entrenador sin piedad, que fustiga las energías... Tengo en mis cajones trabajos de altos vuelos, estudios de psicología y de ética (1). Pero las exigencias del momento me obligan a aventar también el polvo de las actualidades...

Quise saber de este suizo si realmente su país era el microcosmos de la federación europea. Edmundo Privat, echóse a reír:

—Un país de tres lenguas. Tres trozos nacionales que tienen de común la justicia, el correo y... el ejército. Sí, el ejército suizo tiende a modernizarse, después de haber mantenido la neutralidad en la guerra mundial. Los pacifistas suizos os dirán qué créditos militares son votados por el Parlamento federal y de qué modo los tribunales persiguen a los «objetadores de conciencia». El alegato de Carlos Naine, aunque antiguo, es aún de actualidad... En lo que concierne a los Gobiernos cantonales, son la expresión de esos veinticuatro patriotismos cantonales, celosos cada uno de su prestigio político, de su específica étnica, de la moral y de la cultura locales. Si supierais que, por ejemplo, un profesor de un cantón no puede ser aceptado en otro, que las luchas mezquinas en cada uno de los valles de esta Suiza tan alabada tienen con frecuencia el aspecto de las luchas entre tribus africanas, teniendo cada uno su «totem», su «tabú», ¿qué diríais? Sí, en su conjunto, Suiza es un país maravilloso y, con relación a otros países europeos, es, a pesar de todo, un «modelo» y una gran esperanza. Sobre todo, desde que la Liga de las Naciones ha atraído sobre ella todas las miradas, pero también las cuadrillas de los grandes aventureros y el fausto de la diplomacia de los temibles misterios...

La conversación versó después acerca

(1) Entretanto, ha aparecido una obra de síntesis y de crítica psicosociológica de gran importancia: *El choque de los patriotismos*. Los sentimientos colectivos y la moral entre naciones.



del esperanto. Quise saber cómo sostiene el doctor Edmundo Privat su obra de propaganda.

—Existen dos razones —me dice—. Una práctica y la otra más profunda. Vemos todos los días la dificultad que entorpece todos los ensayos de organización internacional: el obstáculo de las lenguas. Para avanzar, nos es absolutamente precisa una sola lengua auxiliar aprendida por todos y que sirva a los Congresos y publicaciones destinadas a todos, por encima de las fronteras... El sistema actual consiste en imponer a todos los hombres preocupados por estas cosas el estudio de tres lenguas: el francés, el inglés y el alemán. Es raro que sepan bien los tres y la situación sigue complicada... No puede imponerse la lengua de uno sólo a los demás. El inglés, que es el más difundido, es difícil de pronunciar. Funciona mejor como lengua escrita que en el empleo oral. (Recordé en este punto la controversia que había tenido con el doctor Kalisch en Berlín y con Lanti en París). Puede observarse en todos los Congresos la inferioridad en que se hallan los delegados de otros países con respecto a aquellos cuya lengua materna es oficial. Unos pueden expresarse con libertad y los otros tienen que pensar más en no cometer faltas que en expresar por completo su pensamiento. Esto es una gran pérdida de valores y una desigualdad injusta.

—¿Pero ocurre de otro modo en los Congresos que se sirven del esperanto?

—Sí, hay ya varios cada año, en dominios bastante distintos: educadores, obreros, católicos, comerciantes, turistas, hombres de ciencia o políticos, sin contar los Congresos del propio Esperanto, que reúnen en general a más de un millar de participantes... Lo que sorprende, es la comodidad, la falta de molestia de los oradores que hablan con mayor libertad en una lengua fácil que no es patrimonio de nadie. No tienen el temor de hacer sonreír a éste o a aquél y pueden pensar en lo que quieren decir en lugar de pensar en *der*, *die*, *dass* o en las vocales inglesas... Y luego no hay necesidad de traducción y todo marcha de prisa.

—Este es el lado práctico de la cuestión. ¿Cuál es el motivo profundo de la propaganda esperantista?

—Lo profundo es que la unidad de lengua facilita la unidad de los espíritus y de

los corazones. Toda la literatura esperantista se halla impregnada del espíritu humanitarista de su iniciador Zamenhof y de sus discípulos. Doquiera que el esperanto se enseña en las escuelas públicas, las autoridades escolares comprueban que esto corresponde a una iniciativa pacifista y geográfica, si queréis. Los niños sienten mejor su solidaridad con el resto del mundo. Se sirven del esperanto para corresponder con camaradas de otros países.

—Una cuestión habitual en los que todavía no están de acuerdo con el esperanto, es la de saber si pueden expresarse en esta lengua otras cosas que ideas elementales. ¿Hay lugar en el esperanto también para las gradaciones literarias y para las abstracciones del pensamiento?

—Si no fuese así, ¿cómo podrían los intelectuales contentarse con hablar en Congresos o con publicar obras? El espíritu humano tiene exigencias a las cuales debe satisfacer el lenguaje. En medio siglo de desarrollo, el esperanto se ha enriquecido con nuevas palabras y con nuevas expresiones, difundidas internacionalmente. Se ha desarrollado por sí mismo, combinando sus elementos, sin alterar la cómoda base de su gramática, muy sencilla y regular. Estudiamos esta influencia de la vida sobre el esperanto en uno de los nuevos cursos de la Universidad de Ginebra, en la Facultad de Letras... Si le faltase algo todavía, sería más bien en el dominio artificial de ciertos vocabularios técnicos, que una comisión de expertos puede fijar, mientras que en el dominio de la vida, del sentimiento, de las sutilezas, se ha desarrollado hasta el punto de permitir libremente la elocuencia, la emoción y la ironía como cualquier otra lengua empleada con libertad... En efecto, hay más matices en el esperanto de un finlandés, de un chino o de un sueco que en su inglés o en su francés, pues es dueño de su esperanto, mientras que su inglés o su francés le tienen prisionero más bien. Desde el punto de vista de la riqueza y de la espontaneidad, el uso del esperanto es un progreso sobre el de las lenguas extranjeras en la vida internacional. Como es también un progreso por la unidad y la igualdad entre todos, veréis que vale la pena ocuparse de él...



Después de la cena, nos retardamos en discutir a la luz filtrada de la pantalla. La mujer del doctor Edmundo Privat había trabajado en 1915 en la Agencia Internacional de los Prisioneros, de Ginebra, en la misma mesa que Romain Rolland. Y supe de qué modo ese gran espíritu creador se había consagrado a un trabajo modesto y anónimo, queriendo llevar un poco de tranquilidad a los hogares privados de noticias del hijo, del marido o del padre, perdidos en alguna parte en el infierno de la Locura Roja, tratando de reconfortar a los corazones retorcidos por el espanto o por la desesperación y consolando a los que habían sufrido una pérdida irreparable. Y en las terribles horas de las noches solitarias, en su pequeño cuarto de hotel, Romain Rolland escribía aquellas páginas que, reunidas en *Por encima de la lucha* y en *Los Precursores*, quedan como testimonios de una gran tragedia consciente, vivida en el caos de los pueblos en lucha. Señales de esa permanencia moral que domina las ruinas de una falsa civilización, victorias de la independencia del espíritu que conserva el fuego del amor en las tempestades de la noche homicida...

Y, entre este activo erudito y su compañera, he revivido la tarde que había pasado allá, en el retiro de Villeneuve,

en la linde del bosque. Debía compartir también con otros los dones de que me había colmado aquel que, en esta hora de media noche, vela sin duda sobre los destinos humanos, escuchando la voz de los pueblos y el murmurio de la conciencia universal.

Al regresar a Montreux en el último tranvía, recorrí después las calles desiertas, pero luminosas. Calles y callejuelas que suben y bajan, desapareciendo en los recodos y volviendo a aparecer por encima de las villas. Desde abajo, desde la estación, las luces de la ciudad estaban dispuestas como sobre un tablero vertical, entre terrazas y jardines suspendidos, como una constelación que se hacía tanto más rara y más tenue cuanto más subía hacia el cielo, cuyas estrellas parecían ser, en el infinito frío y purísimo, como un prolongamiento de destellos y de polvillos dorados de las estrellas eléctricas. Entre la tierra y el cielo —escala de impulsos, flujo y reflujo de fuerzas— vibraba la música astral que no es más que el Silencio total de las armonías creadoras...

**Eugen Relgis**





# La semana de cuarenta horas

**L**A campaña de la semana de cuarenta horas se desarrolla y se amplifica. De ella se trata en la conferencia preparatoria del B. I. T. que se celebra en estos momentos en Ginebra. La semana pasada, una conferencia nacional extraordinaria de la C. G. T. ha decidido emprender, para realizar este objetivo, una acción de gran envergadura, que se proseguirá durante varios meses y alcanzará su punto culminante el Primero de Mayo. El capital se encuentra ante la voluntad claramente expresada de la clase obrera organizada.

¿Cómo va a reaccionar?

No es precisamente la unanimidad lo que reina en el campo capitalista. La inmensa mayoría del patronato es, evidentemente, hostil a la semana de cuarenta horas. Pero en los Estados Unidos se acaba de publicar la Memoria del Comité especial de Estudios, creado por el señor Hoover, y esta Memoria se pronuncia en favor de la semana de treinta horas (cinco jornadas de seis horas).

La atmósfera es, pues, incontestablemente favorable a la reforma promulgada por las organizaciones obreras: desorden entre los adversarios, voluntad de lucha y espíritu combativo en el proletariado.

### La resolución de la C. G. T.

La resolución adoptada el 6 de enero por la Conferencia nacional de la C. G. T. es breve, pero explícita:

*«La Conferencia nacional, convocada extraordinariamente para tomar posiciones en el problema de la semana de cuarenta horas y determinar los medios de acción susceptibles de asegurar rápidamente su puesta en práctica.*

*»Afirma la voluntad del conjunto de las organizaciones sindicales de ponerlo todo en acción para demostrar la absoluta necesidad de esta reivindicación, que imponen la crisis económica y la miseria que pesan sobre el conjunto de todos los pueblos;*

*»Considerando que la disminución de las horas de trabajo, sin reducción de salarios, exigida no solamente por el deseo de reducir el esfuerzo humano, sino que se impone sobre todo para asegurar, por medio de una mejor distribución del trabajo, el fin del paro forzoso desmoralizador y el derecho a la vida de todos los trabajadores;*

*»La Conferencia declara que el progreso técnico y científico no podría ser limitado en su desarrollo; que, por este hecho, debe provocar un orden económico que asegure al conjunto de los trabajadores el beneficio material y moral sin el que los progresos realizados conducen, como la experiencia lo demuestra, a calamidades sociales como la que azota actualmente al mundo;*

*»La Conferencia, después de un examen general de la situación, ha tomado las disposiciones necesarias para intensificar en todos los países la propaganda y la agitación en favor de la semana de cuarenta horas.*

*»Decide intervenir acerca de la Conferencia internacional del Trabajo y emprender una campaña general de asambleas y reuniones sindicales.*

*»Ella invita a todas las organizaciones confederadas a hacer un esfuerzo especial para que el Primero de Mayo próximo marque, por la potencia de la demostración proletaria, la voluntad irreducible de la clase obrera de imponer la reducción de la semana de cuarenta horas.»*

Este Manifiesto será seguramente comprendido y seguido por la clase obrera que, al cabo de tres años de crisis, comienza a perder la paciencia.

### Ilusiones y realidades

Con relación a las manifestaciones precedentes, concernientes al mismo tema, la resolución que acabamos de reproducir constituye un progreso incontestable. No afirma que la semana de cuarenta horas



deba ser un remedio para la crisis. Se limita a señalar que esa reivindicación se impone «para asegurar, por medio de una mejor distribución del trabajo, el fin del paro forzoso desmoralizador y el derecho a la vida de todos los trabajadores».

Si es cierto que la reducción de la jornada del trabajo permitiría reintegrar a una gran parte de los parados en el proceso de la producción, puede que sea un poco temerario el prometerse el final completo del paro. Según un reciente cálculo americano, admitiendo que la actividad industrial volviera al nivel excepcional de 1829, no se podría volver a emplear más que un 55 % de los obreros que quedaron en paro forzoso a consecuencia de la crisis. Hasta reduciendo la duración del trabajo una sexta parte, alrededor del 17 %, no se conseguiría volver a emplear a más del 64 %, ni siquiera los dos tercios de los que han perdido su trabajo desde 1929, sin contar los dos millones de parados permanentes con que se contaba en los Estados Unidos antes de la crisis.

En Francia, el paro no alcanza la amplitud relativa que tiene en América. Así es que el porcentaje de parados, que la semana de cuarenta horas permitiría reintegrar a la producción, sería más considerable en Francia que en ultramar.

Sin embargo, no hay que considerar a la semana de cuarenta horas como un remedio para la crisis. Esta reivindicación no es más que el *primer paso* en la lucha por la liquidación *proletaria socialista* de la crisis; ella no podría constituir más que un objetivo *atrayendo la transformación de la sociedad*, la creación «del orden económico que asegure al conjunto de los trabajadores el beneficio material y moral» del progreso técnico, de que habla otro párrafo de la resolución de la C. G. T.

### La semana de cuarenta horas no está en el interés del patronato

Se tiene demasiado a menudo la tendencia a presentar la semana de cuarenta horas o, lo que resulta lo mismo, el aumento de salarios, el aumento del poder adquisitivo de la clase obrera, como provechoso para el capital.

Nos resulta imposible suscribir este argumento, reedición de la famosa y vulgar

teoría de los «altos salarios», muy en boga antes del *crac* de Wall Street y atribuida erróneamente al señor Henry Ford, el cual carece de originalidad hasta en las tonterías que emite periódicamente, proclamándolas los más grandes descubrimientos del siglo XX.

El señor Ford quería evitar las crisis preconizando los «altos salarios», gracias a los cuales el capital encontraría, entre los asalariados mismos, las salidas suficientes para su producción. Esta idea no es menos falsa cuando se trata de salir de la crisis que cuando se trata de prevenirla. Se basa en aquella concepción errónea de que el consumo de los asalariados es el objetivo de la producción capitalista. En realidad, el capitalismo no tiene por objeto mantener a la clase asalariada; no mantiene (es decir, emplea y retribuye) a esta última más que en la medida que encuentra salidas bastante grandes en otros sitios que no sea entre los asalariados. Y esto se comprende, pues la clase asalariada no puede obtener su capacidad adquisitiva más que a costas del capital, lo que significa que el aumento de su poder adquisitivo atenta a la ganancia capitalista.

Pero la ganancia capitalista es el motor de la reproducción en el orden existente. Hay crisis, paro de la producción, parálisis de todos los engranes económicos, porque la tasa del beneficio, caído en un nivel anormalmente bajo, ha dejado de cumplir su función motriz. Así que es inútil aconsejar al patronato aumentar los salarios para liquidar la crisis. El patronato necesita consumidores a los que no tenga que proporcionar gratuitamente los medios de adquirir, además de las mercancías, pues semejante operación no es de las que «rinden».

### El motor está agarrotado

La tesis fordista ha vuelto a ser adoptada, aunque de una manera más sutil y apoyada en argumentos nuevos, por León Blum en *Le Populaire*.

León Blum pone de relieve el formidable aumento del precio de costo que resulta, durante la crisis, de la utilización absolutamente insuficiente de la capacidad productora de las fábricas con uti-



llaje gigantesco. El hecho no es absolutamente nuevo y M. Kessler, de la *Royal Dutch*, cuyo testimonio cita León Blum, no es el primero en haberlo comprobado. Lo que hay de original en la tesis de León Blum es la relación que establece entre este hecho y la tesis fordista, la cual parece encontrar así justificación nueva e inesperada, bastante diferente de las vulgares elucubraciones del señor Ford.

León Blum sostiene, en efecto, que el aumento de los salarios, estimulando el consumo, permitiría a los industriales utilizar más la capacidad productiva de sus fábricas, de donde resulta la reducción del precio de costo de la unidad producida. El acrecentamiento del elemento salario estaría así archicomensurado con la reducción de otros elementos constitutivos del precio de costo, especialmente los gastos generales y amortización del capital.

He aquí por qué León Blum enuncia «esta verdad que no tiene más que el aspecto de una paradoja: la nación que... se atreva a ser la primera que reduzca en su interior la semana de trabajo con salario igual, no solamente no se gravará con una carga en la competencia, sino que se asegurará una ventaja». (*Le Populaire*, 5 de enero.)

Sin embargo, lo que interesa al capital, no es un precio de costo bajo en sí; es un *precio de costo susceptible de procurarle beneficio*. El capital, en su conjunto, no tiende en manera alguna a utilizar mejor su capacidad, aunque de ello resultara una baja del precio de costo, si no puede conseguirlo más que en detrimento de su ganancia. Y la producción para el consumo de los asalariados es, para el capitalismo en su conjunto (no hablamos de tal o cual rama particular), una operación absolutamente no beneficiosa (1).

La frase de Blum, que acabamos de citar, sería absolutamente exacta si la nación en cuestión, no contentándose con proceder a la aplicación de las cuarenta horas manteniendo el salario semanal, tomara todas las medidas necesarias para sustituir el motor agarrotado del beneficio capitalista (y las cuarenta horas lo agarrotarán aún más) con otro motor, el de las

necesidades. Pero esta sustitución de motores exige que el primer paso hacia la liquidación de la crisis, la semana de cuarenta horas, fuera seguido de un segundo paso más decisivo que el primero: *la socialización de las principales ramas de la industria*.

Así es que es inútil persuadir a los capitalistas de que la semana de cuarenta horas va en su propio interés. No lo va más que la socialización. Ni una ni otra se realizarán con el benevolente apoyo del patronato. No se podrán conseguir más que luchando contra él.

**Lucien Laurat**



(1) Véase Karl Marx: *Histoire des doctrines économiques*, págs. 300-301.



# La Iglesia y la política

## III

**P**ROBAMOS en el artículo anterior que la Iglesia se valía de todos los medios para hacer triunfar, en el mundo profano, sus aspiraciones, no reparando aun en aquellos más reprobables, como la utilización del secreto profesional de la confesión y el uso de los confesores de los reyes y personajes, como espías y vigilantes del papa.

A pesar de las penas impuestas teóricamente y de las excomuniones contra los violadores del secreto de confesión, no es raro que éste se viole, sobre todo cuando median altos intereses eclesiásticos, asuntos de herejía o grandes cosas que interesan a la Iglesia conocer. El procedimiento empleado es muy sencillo. Amenazar con negar la absolución al penitente y, en último extremo, convencerlo de que, para bien de la Iglesia o del Estado, para evitar males mayores, debe permitir al confesor revelar el secreto a persona que pueda poner remedio, reservando o revelando el nombre del penitente.

La herejía y otros delitos artificiosamente creados por la Iglesia llevaba aneja la obligación de denunciar al culpable, bajo pena de hacerse sospechoso de herejía, y el confesor estaba obligado a denunciar a la Inquisición el delito, y ésta, obligada a enjuiciar al reo. Casi siempre acababan estas andanzas, comenzadas en el confesonario, en el potro o en la hoguera.

¡Y aún se atreven a asegurar que jamás se revela el secreto sacramental!

Siempre se valió la Iglesia de todos los medios para desembarazarse de los que juzgaba enemigos, y, como enemigos de ella son todos los que no aceptan sus mandatos y disienten de su criterio, resulta que son enemigos todos los hombres del mundo, menos los doscientos sesenta millones de fieles *nominales* que aseguran las estadísticas católicas son fieles de la Iglesia; quedan, pues, casi mil ochocientos millones de *criaturas humanas* a quienes la Iglesia considera enemigos, calificándolos con nombres despectivos: paganos, herejes, cismáticos..., gentes que, si estuviese en su mano, haría desaparecer o *convertirse*.

En la Historia está probado que los confesores de los reyes comunicaban, *con clave cifrada*, con el papa.

Queremos elegir, entre tantos, un caso típico de utilización del secreto confesional, de un confesor, jesuita y extranjero, de un rey español. El rey era Felipe V, magnífico ejemplar de los Borbones, y el confesor, el jesuita Daubentón:

«Este padre Daubentón se había apoderado del Gobierno, después de la desgracia de Alberoni; había vendido España a la Corte de Roma, al papa, por conseguir el capelo cardenalicio; hizo abandonar a España dos reinos, en un tiempo en que ninguna fuerza humana se los hubiera podido quitar, PARA CONSEGUIR QUE LOS JESUITAS, SUS HERMANOS, FUERAN CONFESORES DE LUIS XV; indujo a la Corte de España a que defiriera a los deseos del duque de Orleáns e hizo el casamiento de las dos hijas del regente. Para aniquilar las fuerzas de España las envió a Africa, donde las dejó perecer, PORQUE TODAS LAS PROVISIONES QUE SE LAS DABAN ERAN MALAS Y DETERIORADAS Y SUMINISTRADAS POR LOS JESUITAS, QUE SE LLEVABAN TODA LA GANANCIA; Y PUSO EL GOBIERNO ESPIRITUAL Y TEMPORAL DEL NUEVO MUNDO EN MANOS DE PERSONAS VENDIDAS A LOS JESUITAS.»

Esta acusación no es hecha por un hereje, sino por el padre Belando, sacerdote que publicó su *Historia civil de España*, en tiempos del rey Felipe V.

El tal jesuita y confesor del rey vendió unos secretos diplomáticos al regente de Francia, su paisano y amigo; el rey de España lo supo, teniendo en sus manos las pruebas plenas de su traición y VIOLACION DEL SECRETO DE CONFESION.

El historiador padre Belando, revela el hecho, *probado*, así: «El padre Daubentón fué el jesuita que había sido confesor del rey católico, CUYA CONFESION REVELO EN UNA CARTA ESCRITA DE SU PROPIA MANO AL REGENTE, DUQUE DE ORLEANS. ESTE PRINCIPE REMITIO AL REY LA CARTA DEL



PADRE DAUBENTON, Y EL REY, INDIGNADO DE QUE SU CONFESOR HUBIERA REVELADO COSAS DICHAS EN LA CONFESION, LE ENSEÑÓ LA CARTA, TRATANDOLE DE TRAIADOR A DIOS Y A SU REAL PERSONA.» *Historia Civil de España*, por el padre Belando, capítulos XIV y XXI, del último tomo.

Esta revelación, dice otro historiador concienzudo, González Carvajal, *La España de los Borbones*, tomo III, página 171, debió irritar a Felipe, y así que el confesor fué a la Corte de Balsain, le dijo, con noble indignación, ENSEÑÁNDOLE LA CARTA ENVIADA POR EL CONFESOR AL DUQUE DE ORLEANS: «No estáis contento con haber vendido lo que ha pasado por vuestra mano, sino que venís a vender a Dios, para venderme a mí. Retiraos y no volváis más a mi presencia.»

Este jesuita, Daubentón, fué el culpable de hacer caer en desgracia del rey al hombre más capacitado de entonces, don Melchor de Macanaz, hombre liberal y sabio, que hubiera salvado a España, entonces, de la vergüenza de la Inquisición. Ya lo tenía todo preparado, y convencido al rey, cuando el confesor jesuita lo impidió; y gracias que pudo huir a Francia, donde vivió treinta años, escapando a los furores de la Inquisición española y del confesor del rey, su confidente; consta en la *Historia* también este hecho.

El decreto que debía suprimir la Inquisición se preparó en consulta del Consejo de Castilla, el día 3 de noviembre del año 1714, e infaliblemente se hubiera suprimido la Inquisición si no hubiese venido el influjo sobre el rey *del confesor*, jesuita y extranjero, Daubentón, y de Isabel de Farnesio, a paralizarlo todo; Macanaz era entonces muy querido del rey, defensor de los derechos de la corona, magistrado ilustrado y hombre de un valor y liberalismo sin precedentes; huído a Francia y abandonado el rey a sus confesores, sin duda forzado por ellos, publicó un decreto el 28 de marzo del año siguiente, 1575, declarando «que había hecho demasiado caso de los consejos de pérfidos ministros». Acaso esa fué la condición impuesta por su confesor para absolverlo.

¡Cuántas víctimas se hubieran ahorrado y qué camino tan diferente tomaría la *Historia de España*, si la perfidia y la reve-

lación de secretos revelados en confesión por un jesuita no impidiesen acabar con la Inquisición, en nuestra patria, el 3 de noviembre del 1714!

Muerto Felipe V, el embajador de Francia, que era el obispo Vaureal, escribía a su rey, Luis XV, estas palabras significativas: «El nuevo rey es muy piadoso y posee bondad, dulzura y justicia, pero no tiene ninguna instrucción de los negocios ni particulares ni generales; es, no solamente tímido, sino muy escrupuloso: **PROBABLEMENTE PRESTARA MUCHO CREDITO AL CONFESOR, QUE ES UN JESUITA FRANCES.**»

Ya sabemos a qué miserable confesor se refería el obispo embajador y cómo, por mediación de la confesión, seguirían traicionando a España, en ventaja de Francia, los jesuitas y los confesores del rey, haciendo de la religión arma política y diplomática.

Esta cita está tomada de la *Historia de Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza*, por Dánvila, página 223.

El historiador Carvajal, en *La España de los Borbones*, página 320 del tomo IV, dice, hablando del padre Rávago, confesor de Fernando VI: «Este jesuita llegó a tener gran confianza con Fernando, no tanto por sus cualidades personales, como por el respeto que este príncipe religioso tenía a su carácter sacerdotal y a sus augustas funciones, ser su confesor; quiso imitar a Daubentón, el jesuita confesor de Felipe V, en el influjo que había tenido sobre Felipe y en querer mezclarse en los asuntos de Gobierno; mas no entendiendo nada de diplomacia, se aconsejaba con una Junta compuesta de religiosos de su misma Orden.»

Concordando estos dos testimonios HISTÓRICOS, irrecusables, se ve el carácter del rey y la influencia de sus confesores jesuitas sobre él y los negocios del reino. Así se explican las intromisiones de la Iglesia en el Estado español hasta nuestros días y se comprende, cómo los reyes que se confiesan con un hombre elegido *para esto*, por las intrigas de los magnates eclesiásticos, son los verdaderos gobernantes del Estado, los que dictan sus leyes, sirviéndose de Parlamentos y Gobiernos, para beneficiar a la Iglesia y a la Curia de Roma. Sería muy interesante ahondar en la historia de Carlos II, rey juguete de sus



confesores y de los confesores de su madre, austríaca fanática como la madre de Alfonso, que dejaba, como ésta, las riendas del Gobierno a sus confesores, válidos y confidentes.

Del jesuita Nithard, extranjero y confesor de la reina, dice el historiador Mignet: «Su talento era dudoso; su golpe de vista, vago; su orgullo, excesivo; ministro de una mujer, ciegamente confiada y terca, cuyo poder ejercía como ministro, DIRIGIENDOLA, ADEMÁS, EN SU CONCIENCIA, COMO CONFESOR, juntaba todo lo necesario para ayudar a la ruina de la monarquía española.»

«Corrompida estuvo la regencia de España de Doña Mariana de Austria, en tal grado, que las pinturas y los pasquines expuestos en la puerta de palacio declaraban públicamente la venta que se hacía de los destinos y honores.»—Sellés.

«Era doña Mariana de Austria —dice Mignet— princesa poco hábil, pero de gran resolución. Tenía mucho menos talento que su marido, pero mucho más carácter. Descendiente de la Casa de Austria, era ciega por su país y por su familia. Su confesor, el padre Nithard, gozaba de toda su confianza y ejercía absoluto imperio sobre ella.

Este religioso, jesuita, que la había acompañado desde su matrimonio y, venida a España, seguía correspondencia tirada con la Corte de Viena. Decía la reina regente, Mariana de Austria, hablando de su confesor y del Estado español, QUE LE PESABAN LOS NEGOCIOS Y NO PODÍA DESCARGARLOS SINO EN SU CONFESOR.»

España estaba gobernada por un jesuita extranjero, confesor de una reina extranjera y sometida, mediante la acción del confesor, entroncada con Roma y la Curia romana, a la Iglesia romana, cuya acción política, bien claro se ve, era y sigue siendo superior y eclipsadora de su acción religiosa.

Y este espectáculo se perdió con la regencia de otra austríaca, sometida también a un confesor intrigante, educadora de Alfonso el felón, que, como los jesuitas, sus consejeros, se llevó, como un timador vulgar, todo lo que pudo, en dinero y en especie, para disfrutarlo y conspirar desde el extranjero.

Su abuela, aquella reina dirigida por el

padre Claret, hoy canonizado por Roma a fuerza de millones, arzobispo de Cuba, jesuita salido de la Compañía, para fundar otra Compañía mínima, los Misioneros del Corazón de María, verdaderos auxiliares y cofrades de los hijos de Loyola, fué un juguete de sus confesores, que le permitían todo lo que su lascivia impenitente exigía, de aquella buena moza que elegía sus favoritos entre los mejores mozos de la guardia, sin perdonar otros menos bizarreros, a cambio de mangonear ellos la política de España.

Podríamos probar, si dispusiésemos de espacio, que los mayores crímenes y dolores de España fueron causados por la acción continua y poderosa de los confesores reales, en el ánimo apocado o pervertido de sus ilustres penitentes. A cambio de la gloria ofrecida, a pesar de sus vicios, los confesores reales aniquilaban España, la vendían a naciones extranjeras, cuando eran ellos extranjeros, caso muy frecuente, y hacían de España una nación esclava del poder de Roma, sus papas, su Curia y sus ambiciones insaciabiles.

¿Habrá concluido la acción malévola de los confesores católicos sobre España y sus hombres representativos? ¿No confesará alguno de nuestros ministros o subsecretarios con el nuncio o algún fraile de los que legalizaron su permanencia en el país las Constituyentes? ¿La asistencia a misas, celebradas en iglesias de frailes, de personajes que ocupan altos puestos en el nuevo Estado español, hasta el Jefe supremo del Estado, por Galán, el héroe laico y comunista, que no creía y murió rechazando los sacramentos y los curas en el momento más decisivo de su alta vida, dando un noble ejemplo de cuál era su voluntad, no respetada, será sugerencia o imposición maquiavélica de algún confesor de reyes sin corona, sobre el ánimo, blando y sugestionable, del buen ciudadano, católico apostólico y romano, a machamartillo?

Cosas más peregrinas ha conservado la Historia. Veremos lo que ocurre con la ley de Asociaciones religiosas y cuánto tiempo sigue el nuncio, EL MISMO NUNCIO DE LA MONARQUÍA, en España, trabajando por Roma, su patria, y contra la República, denunciada como obra diabólica por los obispos españoles en aquel documento colectivo, que no tuvo aún



más rectificación que los complots frecuentes contra la República, donde los elementos *derechistas y católicos* abundan...

El mayor enemigo de la República, como el mayor enemigo de España, según prueba su Historia, es la Iglesia romana y su Curia pontificia; sus esclavos, frailes y curas, eternos conspiradores y perturbadores, enemigos jurados del liberalismo y de toda libertad.

Mientras sigan confesándose los Jefes de Estado, el nuncio será el árbitro, declarado u oculto, de los destinos nacionales; la confesión podrá más que la conciencia política; la razón se someterá al dogma; la voluntad, a los mandatos del confesor, y España irá, de monarquía a República, dando saltos mortales, hasta

caer en la sima donde se precipitan los pueblos que no saben ser dueños de sus destinos, mediatizados a fuerzas cautelosas, hipócritas y arteras, que dirigen, desde las sombras, los hilos ocultos de la política, *en su propio provecho*.

Si no abren los ojos nuestros gobernantes, dándose cuenta de su responsabilidad, un día el pueblo verá fijar sobre las puertas del Palacio aquel pasquín, colocado allí en tiempos de Carlos II:

«Rey... inocente.  
Reina traidora.  
Pueblo cobarde.  
Grandes sin honra.»

**Matías Usero Torrente**

Lea usted



## **EL MARXISMO**

**(Origen, desarrollo y transformación)**

**por MARIN CIVERA**

Precio: 5 pesetas



## Un artista lausanense: Steinlen

**L**A mayor parte de nosotros no hemos recibido ninguna educación artística y no tenemos ningún talento artístico. Sin embargo, las cosas de arte nos dan los más puros goces. Steinlen es uno de aquellos hombres que saben producir el estremecimiento de lo bello; al contemplar su obra se siente todo lo que representa en pasiones, investigaciones, capacidades y sensibilidad, acumuladas no solamente por el artista y el ciudadano, sino por toda la humanidad anterior.

Alejandro Steinlen nació en 1859 y vive en París; es originario de Lausana, donde ha pasado toda su juventud. Fué un alumno de los más irregulares; se sentía molesto en clase, en la escuela reducida a las cuatro paredes y los libros de estudio. Se familiarizó con la Naturaleza criando animalitos y demostró un gran celo por hacer novillos; cuando podía escapar a los campos o a los bosques no lo dejaba por pereza.

—Faltaba a todas mis clases por ir a corretear por los bosques— ha confesado.

Mas pronto mal considerado a causa de ello, un tanto reservado porque nadie a su alrededor había comprendido a aquel galopín serio, observador y sensible, tomó la costumbre de bastarse a sí mismo. De suerte que el hacer novillos era para él un abundante manantial de descubrimientos y reflexiones; además, rebuscaba todo lo que produce una bella sensación o una idea elevada; así es que, lanzado a la lectura de la literatura nueva, leyó, siendo muy joven, *L'Assommoir*, de Emilio Zola, y aquello fué una revelación. Aquella apocalipsis de la miseria, aquel hormigueo de las multitudes, aquel mundo del trabajo y el sufrimiento, todo aquello, le apartaba de tal forma de la triste y fría vida lausanense, de las convenciones severas y de la contricción mental de nuestros centros suizos, que sintió que allí, entre el pueblo atareado, en pleno París, sería comprendido, que aquel era el mundo que necesitaba, y entonces decidió ir a París.

Sintiendo cada vez más afición por el dibujo, a los veinte años consiguió que uno de sus tíos lo colocara en Mulhouse, en casa de un fabricante amigo, para ha-

cer dibujos de telas; allí copia acuarelas de su abuelo, se aplica a la ornamentación y encuentra placer en su trabajo, aumentado con un cambio de existencia. Allí conoce a la que debía ser su esposa —que ya no existe— y se relaciona con obreros que le interesan por todo lo que su vida, bien distinta de lo que ha visto hasta entonces, revela en robustez, por todo lo que ellos tienen de observaciones y reflexiones particulares. Pero Mulhouse es una ciudad pequeña, el paisaje no es bonito, la vida es de horizontes limitados y aquélla es aún la atmósfera de provincias. En 1881, Steinlen llega por fin a París, la eterna ilusión.

Gracias a un buen amigo, Boción, el pintor lausanense, y después de algunos años bastante duros, encuentra colocación en un taller de estampado de telas, donde compone dibujos nuevos, pájaros, etcétera. Así es que hace, para comenzar, dibujos para telas y pañuelos destinados a los negros. Ya se gana bien la vida, pudiendo al fin instalar a su gusto su morada, satisfaciendo a su patrono hasta tal punto, que le propone hacerle socio suyo, a lo que se negó Steinlen queriendo conservar su libertad amada.

Parece importante observar estos dos puntos: Primero, los principios de Steinlen en el arte manufacturero hacen de él primero un artesano. Ha conservado, en la vida práctica, una dirección bien particular de sus primeros pasos, en el sentido de que es fiel a sus antiguos colaboradores obreros que respeta infinitamente, que hasta ha glorificado con todos sus esfuerzos de artista, puesto que Steinlen es por excelencia el pintor de los proletarios. Segundo, habiendo tenido bastante pronto su vida asegurada, sin exagerados ajetreos materiales, sin grandes preocupaciones por el día de mañana, sin la angustia de la miseria, sin la depresión del hambre, ha podido realizar en su obra artística el trabajo de un fuerte, algo potente, sano y generoso.

Un día fué presentado por el exquisito dibujante Willete en la taberna literaria del señor Rodolfo Salis, que frecuentó durante tres años y donde conoció a Verlaine, Del-



met, Donnay, etc. El maligno Salis, que sabía descubrir a los hombres, encargó a Steinlen un cartel anuncio para su taberna, y Steinlen hizo su famoso *Gato negro* que sube a Montmartre, con el rabo erizado, llevando tras de él una legión de semejantes. Aquello fué un éxito y la fama en perspectiva. Los pedidos de colaboración para revistas afluyeron. Steinlen era conocido.

Gracias a un rudo esfuerzo, proseguido durante mucho tiempo, Steinlen arribó finalmente al gran arte del que puede formarse una idea, por ejemplo, con los admirables dibujos que presenta en su famoso álbum sobre *Los Gatos*, luego, con los de *la hoja* (1898) y *Barabas*. También dió, en aquellos años de la guerra, un paso más, sintetizando sus rasgos aún más y estilizando casi todos los tipos. Recuerdo su cartel: *¡En Bélgica, los belgas tienen hambre!* Es fuerte como todo lo suyo.

Steinlen es de una honradez extrema en su trabajo. Toca y retoca sus bosquejos, sus estudios, sus obras, a menudo durante mucho tiempo. Tiene la elaboración penosa, como la tuvo otro obrero del arte en otro dominio: Zola.

Por otra parte, Steinlen tiene tal conciencia de lo que hace, que cuando vende un cuadro no se atreve a pedir más, pues no ve más que sus defectos, y los comerciantes lo explotan a menudo, lo cual, pasado el primer momento de cólera, le deja bien indiferente, pues las cuestiones de dinero son las últimas de sus preocupaciones.

—Me consuelo pronto pensando en todos los infelices que han sufrido doce horas para ganarse un duro, cuando yo, en el mismo lapso de tiempo, he ganado cien francos y aun trabajando en aquello que me gusta—.

En el aspecto particular, Steinlen es un hombre de los más sencillos y de los más afectuosos. Cuando un desconocido va a verlo, el artista le hace una serie de preguntas precisas sobre sus compatriotas, sus ideas, amigos, conocimientos, de lo que piensa sobre esto y sobre aquello; luego, habiendo examinado bien a su personaje, se calla, deja hablar, escucha atentamente. Sabe mirar, sabe hacer hablar, sabe escuchar. Estáis apreciado en vuestro justo valor y entonces viene la franqueza y la cordialidad en las relaciones o la indiferencia completa.

Le gusta la vida decente, en lo moral como en lo material. Sería casi rigorista: tanto horror le producen la villanía y la maldad.

Adora a los animalitos y a menudo les da en sus dibujos una expresión de bondad conmovedora. Su afición a los gatos lo llevó a tal extremo, que hubo vez que cargó con casi todos los mininos vagabundos del barrio.

En su casa, el cubierto está puesto para los pobres diablos que se presentan, y su bolsillo se muestra ampliamente abierto.

Steinlen siente una inmensa conmiseración por los pobres, por el pueblo más miseroso, el proletariado de las fábricas que va el domingo a algún baile, que reemplaza al Moulin de la Galette, actualmente abandonado; por los obreros de trabajo rudo que arriesgan su existencia en lo alto de los andamios, por los que extraen el carbón, los artesanos de la riqueza social; aquellos seres le inspiran, más que piedad, un profundo respeto, y no los ha traicionado nunca.

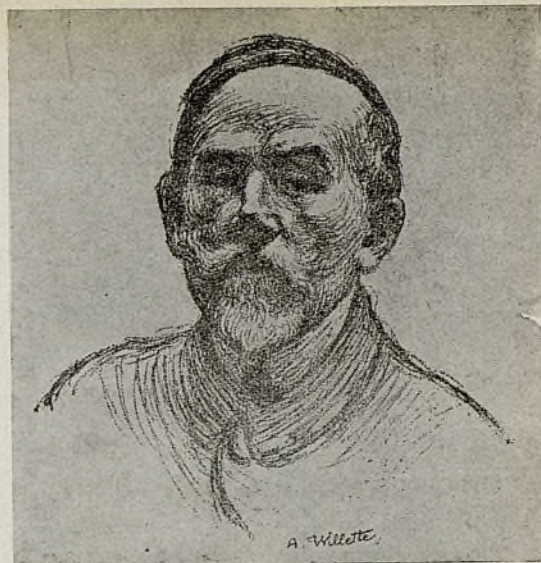
También en esto, en su amor al pueblo, en sus tendencias revolucionarias, en sus aspiraciones socialistas, ha continuado perfectamente firme. Y es una dicha para nosotros el poderlo comprobar, frente a tantos intelectuales que deben al pueblo todo lo que son, que prosperaron gracias al pueblo y enseguida lo olvidan, reniegan de él y hasta lo combaten. Steinlen es un socialista de roca y lo es tanto por sentimiento como por idea de artista.

Steinlen siente horror por todo lo que huele a rastacueros. Señores encorbatados de blanco, financieros adiposos, bellas damas de la filantropía mundana, todo ese ambiente es para él terriblemente antipático. No puede transigir con ese mundo de parásitos, de gentes que, con una hermosa inconsciencia, viven a menudo como brutos, insensibles a los sufrimientos de los otros, hasta viviendo de aquellos sufrimientos. ¡Ah!, a aquellos seres, Steinlen los estigmatiza con un lápiz casi siempre implacable.

En cambio, le gusta acudir a los centros populares, vuelve a los bailes públicos. Las manifestaciones, en los tiempos del asunto Dreyfus, entre otras, los grupos de huelguistas, los campesinos, pescadores, lavanderas, todas las gentes del pueblo le son familiares. Se siente camarada de los



# Dibujos originales de STEINLEN



Retrato de Steinlen, por A. Willett



La catástrofe



Los belgas tienen hambre

Ayuntamiento de Madrid

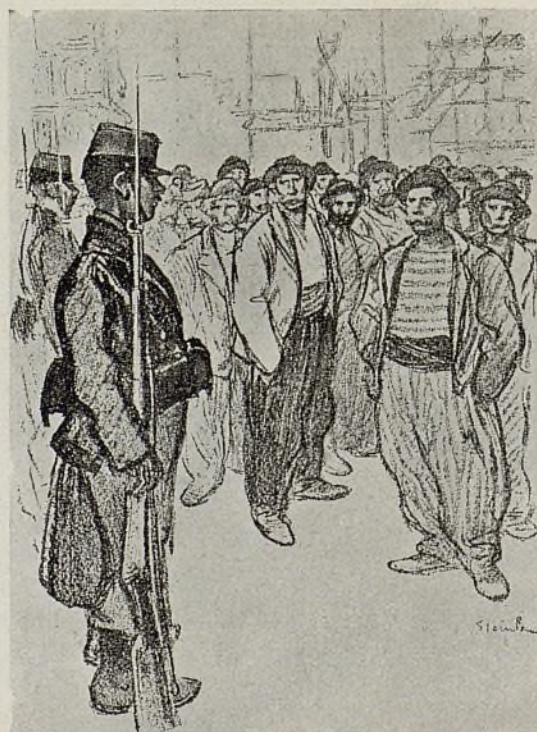




Escenas populares



A la guerra



La huelga

Ayuntamiento de Madrid





*Dibujo de Steinlen*

obreros y encuentra que se tienen que aprender miles y miles de cosas de aquellos transformadores de la materia. Steinlen se atiene a sus convicciones socialistas y se da cuenta de que forma parte de una época bien determinada. Ha tratado de comprender dónde estamos; ha querido ser de su tiempo, trabajando por su parte para hacer desaparecer determinadas fealdades, para hacer percibir nuevos horizontes de dignidad, solidaridad y belleza. Steinlen ha prendido con su sensibilidad de artista lo que había en fuerzas benéficas en el mundo de los productores —del cual depende la sociedad, después de todo—, todo lo que hay igualmente de porvenir, bienestar y libertad en el triunfo del trabajo y los trabajadores.

Steinlen no ama más que la vida moderna, ha declarado repetidas veces; ser de su tiempo, sin retrocesos ni preocupaciones por las formas de organizaciones pasadas, monarquías, iglesias, privilegios; vivir para el triunfo del trabajo, cuya misión se va ensanchando; vivir para las gentes competentes, técnicos, gentes de oficio; luchar por la higiene, la limpieza de las calles y las casas, de las personas y las cosas; por la instrucción, la libertad de pensamiento, de reunión y de prensa; por los principios republicanos y laicos, por la asociación obrera, por la autonomía de los Municipios, de las regiones y de las naciones, y mezclarse con la multitud hormigueante, simpatizar con las preocupaciones de los humanos, defender a los niños, amar a los animales; sentir que forma parte de la multitud, del pueblo, aportar su parte al esfuerzo colectivo de tra-

bajo y de renovación; en resumen, tener espíritu civil, gregario, socialista, he ahí a Steinlen; he ahí al hombre y he ahí su arte, y nosotros lo amamos por eso y sobrevivirá a causa de eso.

En Steinlen existe la bondad de los sencillos y los grandes. «Es un realista completamente envuelto en poesía» —ha dicho Anatole France—. El principio de su arte es que la vida merece ser vivida, que las fealdades son en gran parte producto del estado social, que la belleza está en reserva en la humanidad y se esparcirá al fin si la humanidad se desembaraza de prejuicios, trabas y explotaciones. Para dar a la vida su belleza es necesario que el arte, a su vez, ayude a transformar la sociedad y así es como el arte social se convierte en un arte revolucionario. Pues el arte de Steinlen es tanto popular como social. Es popular, porque toma como tema la vida del pueblo. Y es social, porque hace pensar en el dolor físico y moral de los otros.

Steinlen es, por excelencia, el dibujante de la calle. Ante el extraño espectáculo de la fuerza ingenua y oprimida del pueblo, ante la juventud que permite todas las esperanzas, su alma de ciudadano se conmueve y él se pone a reproducir, con un talento incomparable, la oleada de obreros y obreras saliendo de la fábrica, los grupos sentados alrededor de las mesas en las aceras, los trotacalles y vagabundos de los negros bulevares, los arrabales apartados, los barrios ahumados, los árboles sin hojas, los terrenos imprecisos, las lavanderas deslomadas que se doblan bajo el peso del banasto de ropa mojada, un pilluelo entre dos guardias, un galopín



*Dibujo de Steinlen*



hundido en la miseria, los animales que mezclan su vida de esfuerzos y pobreza con la del pueblo, la alegría y la frescura de los niños, la gracia ingenua y tan personal de los bebés... Sus composiciones más bellas parecen ser aquellas en las que muestra a los obreros dedicados al trabajo, en su papel ennoblecido de productores.

Como no podía menos de ocurrir, Steinlen ha compuesto hojas de estampas para niños, del género Epinal, en las cuales la comicidad y la delicadeza son un curioso contraste con las trágicas producciones a que nos tiene habituados. Esa preocupación por divertir a los chiquillos con efectos artísticos es verdaderamente conmovedora y más de un muchacho habrá amado a Steinlen sin que éste se haya dado cuenta.

Tampoco podría pasar en silencio el Steinlen de la Gran Guerra. Sus visitas al frente han producido una serie de litogra-

fías magistrales, representando los cortejos de evacuados, padres ansiosos esperando en las estaciones, viudas valerosamente resignadas, soldados de visita en París o con permiso en sus casas, y en todos aquellos personajes se siente aún la vida proletaria o, más bien, se aprecia a los obreros de una obra gigantesca, nada relumbrante, muy penosa, pero necesaria, de salud pública.

Durante algunos años, en todo caso, Steinlen ha sido mucho más agraciado entre los obreros socialistas que por los intelectuales, colaborando asiduamente en las publicaciones más avanzadas. Por algunos céntimos se podían adquirir soberbias fotografías, y así es que, por su género mismo de dibujante, Steinlen se ha dado a conocer con toda naturalidad en los centros populares.

**Jean Wintsch**

UNA OBRA  
SENSACIONAL



Precio:  
10 pesetas

## **LIBERTINAJE Y PROSTITUCION**

**DOCUMENTOS  
PARA UNA INTERPRETACION  
SEXUALISTA DE LA HISTORIA**

**La influencia del hecho sexual en  
la vida política y social del hombre**

**Ilustrada con numerosos grabados**

**por E. ARMAND**

Ayuntamiento de Madrid



# Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

X

**T**ODO esto dió lugar a un proceso que envió a presidio a varios trabajadores de aquella población; pero, ante la campaña de protesta organizada en todo el país, el Gobierno indultó a la mayoría, enviando al presidio de San Miguel de los Reyes a los seis camaradas ya citados.

La víctima más destacada de este proceso fué Salvador Mulero, al que se martirizó más bárbaramente, dando lugar a que la prensa española, al iniciar la campaña de indulto de los condenados, lo citara siempre en el lugar de preferencia.

Uno de los periódicos que más directamente intervino en ella fué *El Día Gráfico*, de Madrid, que dirigía el conocido periodista Julio Burell, pero que inspiraba Canalejas, que publicó fotografías y gráficos con las señales evidentes de los martirios que se habían aplicado.

Como ya hemos apuntado, la campaña por lo de Alcalá del Valle se inició apenas terminada la hecha contra la ley del terrorismo, y prosiguió con actividad inusitada. En ella intervinieron todos los sectores políticos, pues nuestros compañeros no tuvieron en ello inconveniente, sino al contrario, creyeron que yendo todos juntos podía lograrse lo que de otra manera era poco menos que imposible de alcanzar.

Por parte de la organización no se dispensó sacrificio alguno con dicho fin. Actos de todas clases: mítines y veladas conmemorativas; órdenes del día en las Asambleas de los Sindicatos; conclusiones al final de los mítines organizados con tal propósito; todo fué utilizado hasta conseguir lo que se proponían. *Tierra y Libertad*, el semanario anarquista más conocido entonces, hizo una campaña brillantísima.

La agitación en torno a este proceso alcanzó vuelos internacionales. Además de la hecha en España, donde no quedó población de alguna importancia que no

celebrase actos en favor de los presos y condenados por lo de Alcalá del Valle, Londres, París, Lisboa, Marsella, Burdeos y otras poblaciones protestaron ante el Gobierno español y solicitaron el indulto de los condenados en San Miguel de los Reyes.

En Londres y en París existía un Comité especial encargado de hacer propaganda en favor de los presos de Alcalá del Valle.

En España fué Cataluña la que dió más actividad a la labor de conseguir el indulto. Sin negar que en las demás regiones y provincias no se hiciese lo pertinente, Barcelona y Cataluña dieron su contingente crecidísimo de actos.

Por fin, tras la agitación hecha en torno a este proceso, se consiguió que el Gobierno los indultara a primeros de junio de 1909. Salieron del presidio en libertad completa Rodrigo Muñoz, José Pérez y José Giménez; con pena de confinamiento, Juan Vázquez y Esteban Aguilera. Para el único que no necesitó el Gobierno indulto fué para el desgraciado Salvador Mulero, pues falleció en el penal, a primeros de mayo, un mes aproximadamente antes de ser libertados sus compañeros.

También en este caso, al igual que en lo de la ley del terrorismo, la organización alcanzó merecido triunfo en sus demandas de justicia y de reparación a los atropellos del Poder.

Paralela a esta labor, no cesaba Solidaridad Obrera de organizar y de atraer a sus filas a los trabajadores. Día a día, con tenacidad inquebrantable, luchaban los camaradas por organizar a los trabajadores de toda Cataluña.

También preparaban otro acto de resonancia, y era organizar su primer Congreso Regional. Desde que, realizado el acto de Badalona, Solidaridad Obrera pasó a ser organismo provincial, sólo pensó en serlo regional, y quería conseguirlo.

Por fin, el Consejo de Solidaridad Obrera, solicitado por toda la organiza-



ción de Cataluña, decidió dar comienzo a los trabajos preparatorios para la convocatoria del Congreso.

Con ello recogió un hondo sentir que la clase trabajadora manifestaba a diario, cuestión importantísima y no baladí, y, además de esto, de recoger esas manifestaciones, sentaba la base de la organización en lo futuro.

Comprendiéndolo así, no fué remiso el Consejo en acceder a lo que de él se solicitaba, y, por si alguna duda pudiese haber, la desvanecería el saber que desde la fecha de constitución de Solidaridad Obrera local, o sea, en Barcelona capital, hasta su primer acto provincial, el de Badalona, transcurren apenas unos meses, pues no llega al año; y desde este acontecimiento hasta el primer Congreso Regional, transcurren otros pocos meses; en conjunto, trece. Pues Solidaridad Obrera se constituyó, como ya hemos dicho, el día 3 de agosto de 1907, y su Congreso Regional iba a celebrarlo los días 6, 7 y 8 de septiembre de 1908. ¡Trece meses y días necesitaron los camaradas en aquella época para realizar su obra de organización!

Se recordará que la iniciativa de celebrar el Congreso Regional de Solidaridad Obrera surge en la reunión de Badalona, donde ya se dice que ha de irse al Congreso Regional, para dar entrada en Solidaridad Obrera a todas las organizaciones catalanas, aunque para ello deban modificarse los Estatutos.

Lanzada la iniciativa del Congreso Regional, el Consejo de Solidaridad Obrera trató seguidamente la cuestión, pues en *Solidaridad Obrera* (periódico), correspondiente al 29 de mayo de 1908, número 18 del periódico, encontramos la nota siguiente: «EL CONGRESO OBRERO DE CATALUÑA: Ejecutando el acuerdo de la Asamblea de Sociedades obreras de la provincia de Barcelona, celebrada en Badalona el pasado mes de marzo, el Consejo de Solidaridad Obrera ha acordado ya la fecha de celebración del Congreso de Sociedades obreras de la región catalana. Este tendrá lugar en los días 6, 7 y 8 de septiembre del corriente año.

»En el próximo número nos ocuparemos extensamente de este asunto.»

Y, efectivamente, en el número 19 de *Solidaridad Obrera* (periódico) aparece el

siguiente documento, que reproducimos íntegro por su importancia y trascendencia históricas. Dice así:

«EL CONGRESO OBRERO DE CATALUÑA.—Conforme quedó acordado en la Asamblea de Sociedades obreras de la provincia de Barcelona, celebrada en el último mes de marzo en Badalona, el Consejo de Solidaridad Obrera tiene ya señalada la fecha del próximo Congreso de Sociedades obreras de la región catalana.

»Es en los días 6, 7 y 8 de septiembre que tendrá lugar esta nueva manifestación de vida del proletariado, afirmando una vez más ante el mundo capitalista y la burguesía su personalidad y su espíritu persistente de reivindicación.

»Ante el malestar creciente de la clase trabajadora; ante el ambiente de pesimismo que nos rodea y la labor asidua de la burguesía que intenta dividirnos y anular el esfuerzo de los obreros activos del socialismo por el hambre y la persecución, frente a frente de la reacción y de la tiranía que amenaza destruirnos, debemos alzar nuestra voz potente y digna, demostrando que, a pesar de nuestra opresión y de nuestras miserias, hay un alma poderosa que vive en nosotros, un cerebro que piensa y que combina, un corazón que late de odio fecundo y purificador para destruir las causas de las actuales injusticias sociales.

»El próximo Congreso ha de ser una solemne declaración de guerra de todos los obreros conscientes y de firme voluntad a un mundo burgués egoísta y corrompido que ya ha dado de sí todo lo que debía y hoy es un obstáculo al desenvolvimiento de la humanidad.

»Siguiendo el curso evolutivo de nuestra misión histórica, es hora que los obreros de Cataluña, poniéndonos a la vanguardia de nuestros hermanos de las demás regiones de España, marchemos adelante con los trabajadores de todos los países hacia la conquista del patrimonio universal y a la dignificación de nuestra clase.

»Para esto es preciso, en primer lugar, que nos unamos, y, para establecer esta unión, es preciso también despojarnos de todos aquellos exclusivismos y de las ideas cerradas que hasta hoy nos han dificultado el obtenerla. Debemos ir al próximo



Congreso, antes que todo, con el ánimo dispuesto a sentar una base de unificación, aunque para ello tengamos que sacrificar cada una parte de nuestras opiniones particulares y del extremado amor propio individual que esteriliza nuestra acción común; sin eso no vayamos al Congreso; resignémonos a continuar en nuestra impotencia y soportar los latigazos de la burguesía. Hemos de creer que se impondrá la razón y la conveniencia, ya que esta es la condición en la cual se funda y se sostiene Solidaridad Obrera. Todo consiste, pues, en hallar esta base de unificación, obra fundamental del futuro Congreso.

»Sentado ya un sólido principio de unión, viene la segunda labor del Congreso: la organización; esto es, estudiar la forma en que debemos ejercer nuestra unión; observando las condiciones en que nos hallamos, midiendo las circunstancias que nos rodean, debemos metodizar nuestra fuerza de manera que en las luchas contra el capital (organizado) estemos en condiciones iguales y, por poco que nos esforcemos, superiores, para que podamos salir siempre victoriosos en las luchas parciales, ya sean éstas defensivas o por nuestro mejoramiento.

»Sin que esto signifique anular la autonomía de las entidades ni del individuo, salvándola siempre en lo posible, debemos trazar necesariamente un método de organización y de acción que asegure nuestros éxitos y los haga más eficaces en sus efectos.

»Unificada la voluntad, educada ésta en la organización, conocedores de nuestra situación social y económicamente capacitados de lo que somos y de lo que representamos en el mercado del trabajo y de la explotación, conviene también en el próximo Congreso que dibujemos una táctica para que las mejoras que conquistemos a la burguesía sean en la forma y en el fondo realmente positivas, considerando que hoy la mayor parte de éstas sólo sirven de alivio momentáneamente, cuando no resulta que, creyendo haber obtenido alguna reforma favorable, ésta se convierte en sus consecuencias en mayor perjuicio. En este punto es preciso que tengamos elevación de miras; sin abandonar el principio esencialmente positivista del societarismo, debemos tener en cuenta que

caminamos hacia un fin, que es el de nuestra emancipación económica y social. Todo lo que nos acerque a este fin debemos únicamente considerarlo como una mejora; a él, pues, debemos encauzar nuestra acción y nuestro pensamiento.

»Por consiguiente, nuestra tendencia lógica debe ser obtener y realzar posiblemente nuestra personalidad moral y económica para que, adquiriendo evidencia y formándonos más exacta conciencia de nuestro valor social, no nos limitemos ya a una simple acción de defensa ni a obtener reformas insuficientes en el porvenir, sino que nos preparemos al asalto definitivo del sistema capitalista, apoderándonos de los instrumentos de trabajo y de los medios de producción.

»Por eso debemos también, desde la modesta tribuna de nuestro Congreso y, después, en todas partes, exponer con claridad y sencillez a la masa trabajadora el significado real y la verdadera orientación que debe tener el societarismo obrero, enseñando a nuestros hermanos de explotación nuevos horizontes, haciéndoles concebir un aspecto más digno de la vida e indicándoles un mejor porvenir de justicia y bienestar.

»Es hora que propugnemos en términos precisos, por los medios que se crean más eficaces, la misión transformadora del proletariado; tal vez esté más cerca de lo que a nosotros nos parece el día que, por ignoradas circunstancias, nos veamos forzados a precipitar la bancarrota del capitalismo.

»Debemos, pues, establecer una acción común de propaganda encaminada a este fin esencial.

»Pero a la acción teórica debemos acompañar la educación práctica, y, por esto, entiendo: el ejercicio constante y gradualmente extensivo de la Solidaridad Obrera. En esta labor es preciso que pongamos todo nuestro interés y nuestra voluntad; quizá de todas las cuestiones que puedan tratarse en el próximo Congreso sea la de mayor trascendencia social, puesto que completa en su hecho todas las demás y lleva en sí la base de una nueva moral humana.

»Yo creo firmemente que cuando comprendamos el alcance y tengamos alma suficiente para ejercer extensamente la solidaridad, seremos el embrión de la sociedad



futura, libre y armónica, basada en el bondadoso y racional principio de uno para todos y todos para uno.

»Es natural, por consiguiente, que el mejor medio de formar este sentimiento y desenvolverlo es la *relación*; ésta, cuyo tejido nervioso comunique los órganos entre sí, es la que ha de establecer la corriente general de la solidaridad, causa efectiva de nuestra transformación social.

»Debemos así estudiar los medios de relación y la forma de establecerla como complemento de la labor grande y fecunda que espera de nosotros la realización del próximo Congreso obrero de Cataluña.

»Precisada, pues, su esencialidad, entiendo que la síntesis del mismo ha de trazarse en los siguientes términos:

»1.º Demostración de vida del socialismo obrero.

»2.º Base de unificación.

»3.º Organización.

»4.º Precisión de nuestro valor económico y posición actual.

»5.º Táctica de lucha.

»6.º Finalidad propia del socialismo obrero.

»7.º Carácter de la propaganda y cultura.

»8.º Forma de educación práctica de la solidaridad. Medios y régimen de relación.

»Laboremos; cada cual, según sus fuerzas, colaboremos a la labor del Congreso y que sus decisiones sean dignas de los progresos científicos de nuestra época.

J. BISBE,

Sr. Gral. de S. O.

»NOTA.—En un próximo número se publicarán las condiciones generales y la forma de constitución del Congreso.»

Por nuestra parte, queremos añadir que

servirá a orientar al lector sobre lo que acaba de leer.

Lo transcrito, sin duda alguna, es un documento oficial, aunque no se haga constar así en su texto y aunque vaya avalado por la firma del entonces secretario de S. O., y aunque, por otra parte, en dos períodos distintos de lo escrito, se hable en sentido singular y personal, cuando se dice: «Yo creo firmemente...» y en otro período posterior. Por lo mismo, la importancia del documento es bien manifiesta.

Por él vemos cómo el Consejo de Solidaridad Obrera, recogiendo el acuerdo de Badalona, no sólo pone en evidencia la iniciativa, sino que adelantándose y previniendo ya las posibilidades que se ofrecen, señala la fecha de celebración del Congreso y apunta algunos de los problemas que pueden ser discutidos en el mismo. Claro que si bien se mira, dadas nuestras tácticas en la materia, no debía proceder así, pero la intención del Consejo era ganar tiempo y, por eso, exponía su criterio con anterioridad. Su buena intención y sus deseos disculpan su manera de obrar.

A partir de este momento, aunque la campaña por lo del terrorismo, o sea, contra el fatídico proyecto de Maura, está en su período más álgido, aprovechando los respiros que deja, el Consejo no cesa de advertir a las organizaciones que la fecha del Congreso se acerca y deben pensar en él, enviando temas a discutir, nombrando delegados y discutiendo en las Asambleas generales de las Sociedades las proposiciones a presentar.

Al mismo tiempo, los delegados de Solidaridad Obrera recorren Cataluña, en su cruzada por la organización, al par que hacen la campaña de oposición a la ley del terrorismo.

**Angel Pestaña**



## ¿Es posible la unidad sindical?

**L**a unidad sindical es uno de los asuntos que preocupan más, y a justo título, al proletariado de todos los países, desde el final de la guerra mundial de 1914-1918.

Rota, en casi todos los países, por aquella guerra y sus consecuencias de todos órdenes, aún no ha podido ser reconstruida, aunque todos parecen desearla y hasta anhelarla ardientemente.

Actualmente existen, desde 1922, tres Internacionales: la Federación Sindical Internacional, de Berlín; la Internacional Sindical Roja, de Moscú, y la Asociación Internacional de Trabajadores, de Berlín. Estas Internacionales tienen Centrales sindicales en la mayor parte de las naciones, Centrales que se oponen, naturalmente, unas a otras, como las mismas Internacionales.

¿Por qué se oponen con tanta fuerza y persistencia estas Centrales e Internacionales?

Porque estamos desde hace quince años en período de gran crisis capitalista y, frente a esta crisis, cada una de ellas ha tomado una posición particular y apunta soluciones diferentes.

Mientras que la Federación Internacional Sindical, de Berlín —antes de Amsterdam— cree que no se trata más que de una crisis pasajera, que el capitalismo vencerá, y aporta sus esfuerzos a éste en los Consejos Nacionales e Internacionales a este objeto, las otras dos Internacionales declaran que la crisis actual es una crisis de régimen, en el transcurso de la cual sucumbirá el capitalismo.

La doctrina de la primera reposa sobre el interés general; tiene como medio de acción la colaboración de las clases y como objeto el arreglo progresivo del sistema capitalista por las nacionalizaciones estatales apropiadas, sobre la base del interés general.

La doctrina de las otras dos Internacionales es común en un punto: está basada en el interés de clase y se opone, por ello mismo, a la de la Federación Sindical Internacional de una manera absoluta.

Pero, aparte de este punto común, cuya importancia es considerable, la Internacional Sindical Roja y la Asociación Interna-

cional de los Trabajadores están en desacuerdo sobre los medios de acción y objetivos a lograr.

En efecto, la I. S. R. afirma la necesidad de la subordinación de los Sindicatos al partido comunista, en cada país, y acepta ser ella misma dependiente de la Internacional comunista, de donde se desprende que las fuerzas sindicalistas son los instrumentos y los agentes de ejecución de los partidos y de la Internacional comunista y que, indirectamente, persiguen un objetivo exclusivamente político: la destrucción del Estado burgués y reemplazamiento con un Estado titulado proletario.

Para conseguir este objeto, la I. S. R. preconiza como medio: la insurrección armada, apoyada con la huelga general, antes del derrumbamiento del capitalismo, y la dictadura del proletariado, después de la instauración del comunismo estatal.

Por su parte, la Asociación Internacional de los Trabajadores proclama la indispensabilidad de la independencia absoluta del sindicalismo, nacional e internacionalmente, y afirma que la revolución debe ser social, es decir, que el Estado burgués debe ser destruido pero no reemplazado con otro Estado, cualquiera que fuera su forma.

Preconiza como medio de acción la huelga general insurreccional y expropiadora, para destruir el capitalismo y el Estado burgués y una organización económica, administrativa y social, de bases federalistas, para reemplazar al Estado inmediatamente.

Es inútil insistir sobre las diferencias fundamentales que presentan estas dos últimas doctrinas.

De esta breve exposición, se deduce:

1.º Que no hay ningún punto de contacto entre la Federación Sindical Internacional, de Berlín, y las otras dos Internacionales.

2.º Que, de acuerdo sobre el principio de la lucha de clases y la necesidad de abatir al capitalismo, la I. S. R. y la A. I. T. difieren absolutamente en cuanto al objetivo final a conseguir y los medios de alcanzarlo.

En estas condiciones, para que la uni-



dad *total* sea posible, sería necesario que, abdicando sus principios esenciales, las Internacionales de lucha de clases se reunieran con la F. S. I., de Berlín, y aceptando, con ella, *colaborar* con el capitalismo, *salvarlo* y *arreglarlo* para hacerlo habitable para todos, como el intérprete del interés general.

Semejante abandono, que sería el *derribamiento definitivo del proletariado*, es absolutamente imposible.

¡Pues nada de unidad *total* en el estado actual de cosas!

¿Una unidad *parcial* es, al menos, posible y realizable?

Veamos esto: De acuerdo sobre la necesidad de derribar el capitalismo, la I. S. R. y la A. I. T. cesan inmediatamente de estarlo, desde el momento en que se trata de la elección de medios a emplear y del objetivo que se persigue.

¿Pueden estas fuerzas, sin embargo, concurrir a alcanzar el *objeto inicial*: la destrucción del capitalismo y del Estado burgués? Sí. ¿Cómo? ¿Haciéndose concesiones mutuas? Nada de eso. Ellas no pueden hacerse ninguna concesión de principios, por mínima que fuera.

Pero, nada les impide perseguir ese *objetivo inicial*, que les es común, con *toda libertad*; luchar cada día, una y otra, con-

tra el capitalismo, el Estado burgués y el sindicalismo de colaboración de clases.

Ningún acuerdo, ningún compromiso, ningún trato, son necesarios para esto. Es suficiente, pura y sencillamente, con que ellas continúen fieles a sus doctrinas respectivas, en este punto común y preciso.

Este es —es necesario decirlo bien claro— el máximo de unidad de acción que puede ser realizado y sin anterior acuerdo.

Después de la destrucción del capitalismo y del Estado burgués, proseguirá la lucha entre las dos Internacionales —la I. S. R. y la A. I. T.— por el triunfo de las concepciones propias de cada una de ellas.

Si triunfa el comunismo libertario, la *unidad total* será orgánicamente realizada.

En el caso contrario, no lo será antes de que la verdadera Revolución social haya hecho desaparecer el Estado, el capitalismo estatal, el comunismo autoritario y su sistema de gobierno: la dictadura del proletariado.

Es decir, que para mi concepto, la *unidad sindical*, nacional e internacional, parece en este momento y hasta mucho más tarde completamente imposible.

**Pierre Besnard**





# Documentos para la historia de la guerra futura

**E**n Troya, según Herodoto, perecieron 886.000 griegos y 676.000 troyanos. En Maratón, año 490 antes de Jesucristo, murieron 2.000 griegos y 7.000 persas. En Platea, año 479 A. C., 200 griegos y 260.000 persas. En Cannas, año 316 A. C., 80.000 romanos y 70.000 cartagineses. En Zama, 14 años después, 20.000 cartagineses. En Aix, año 107 A. C., 200.000 bárbaros. En Farsalia, año 718 A. C., 15.000 pompeyanos. En Covadonga, año 718, 180.000 moros. En Pavía, año 1525, 10.000 muertos. En Denain, año 1717, 10.000 hombres muertos. En Lissa, año 1757, 40.000 muertos. En Rivoli, años 1796-97, 10.000 muertos. En Austerlitz, año 1805, 25.000 muertos. En Eylau, en 1807, 20.000 muertos. En Essling, el año 1809, 40.000 muertos. En Moscú, el año 1813, 80.000 muertos. En Leipzig, el año 1813, 130.000 muertos. En Waterloo, el año 1815, 45.000 muertos. En Suherman, en 1854, 10.000 muertos. En Solferino, el año 1859, 40.000 muertos. En Sadowa, el año 1866, 30.000 muertos. En Sedan, el año 1870, 25.000 muertos. En Metz, el mismo año de 1870, 70.000 muertos. En Champigny, el mismo año, 25.000 muertos. En Plewna, el año 1878, 30.000 muertos.

¿No alcanzan? En Cuba y Filipinas, 200.000 muertos españoles. En Marruecos, 60.000. En Monte Arruit, 13.000 muertos.

La Guerra Europea costó a la humanidad 10.679.000 muertos.

Los expertos calculan que la reducción de las cifras de la natalidad durante los cinco años de guerra y la pérdida, fuera de la reproducción de casi nueve millones de muertos, alcanza a 22.850.000.

A consecuencia de esa guerra, el número de los casos de muerte, dejando ya a un lado el campo de batalla, aumentó en 6.015.000. De ese modo, según cálculo aproximado, la guerra mundial le ha costado a la humanidad 37.000.000 de vidas.

Alemania tuvo 4.248.000 heridos; Austria-Hungría, 3.200.000; Bulgaria, 153.000; Turquía, 308.000; Francia, 1.900.000; Inglaterra, 1.693.000 y 950.000; Grecia, 40.000; Estados Unidos, 4.950.000; ¿Italia y Rumanía? España, con la guerra de Marruecos, 250.000 heridos; 15.000 tullidos, mancos y cojos.

Según C. Richet, las guerras del siglo pasado, causaron:

Guerras napoleónicas, 8.000.000 de muertos; la guerra de Crimea, 500.000; las guerras italianas, 300.000; la guerra civil americana, 500.000; la guerra francoalemana, 800.000; la guerra rusoturca, 400.000; las guerras civiles de sudamérica, 500.000; varias expediciones coloniales a la India, Méjico, Turquía, Africa del Sur, etc., 3.000.000.

Para enterrar esa carne, uno al lado del otro, se necesitarían 200 kilómetros cuadrados de terreno.

La guerra de Crimea costó 9.925.000.000 de pesetas. La guerra italiana, 1.500.000.000. La guerra antiesclavista costó a los Estados Unidos 14.560 millones. La de Austria y Rusia, 1.800.000.000. La de Méjico, 1.000.000.000. La guerra francoalemana, 15.000.000.000. La guerra rusoturca, 6.500 millones.

En el año 1895 dijo un calculador:

«Dadme todo el dinero que se emplea en los ejércitos armados y en la guerra y con él podría yo comprar todo el globo terrestre. Con el sobrante podría vestir, hasta con lujo, a todos los adultos y niños del mundo.

»Establecería en cada valle y en cada colina una escuela para enseñar a leer al que no sabe y una iglesia para convertir al pecador. Podría, además, con ese dinero, sostener misioneros que fuesen de pueblo en pueblo, de un cabo al otro de la tierra. Podría establecer en todas partes casas de misericordia para recoger y cuidar a todos los enfermos y ancianos. Podría adelantar la agricultura de tal manera que el suelo del globo fuese un jardín.»

Un solo disparo de cañón de gran calibre, en 1914, costaba 8.500 francos, o sea, el equivalente a tres años y ocho meses de salario de un buen obrero, o bien cinco años y cuatro meses el sueldo de una institutriz, o bien el costo anual del mantenimiento de una familia obrera, o bien un curso completo de la educación de un colegio. Un  *Dreadnought*  cuesta 60 millones, el precio de 600 locomotoras a 100.000 francos cada una. Al cabo de catorce años, como máximo, va a parar al hierro viejo. En cuanto a vidas humanas, desde el principio de la Historia, la guerra ha devorado 15.000 millones de vidas, o sea, la población de la tierra durante los 6.000 años últimos. El número de hombres muertos en la guerra durante el siglo XIX pasa de 14.000.000. La paz armada, en el curso de los 27 últimos años, ha costado al mundo 555.000 millones de francos.

En una publicación de cuarenta años atrás, leemos: «Se calcula, según datos estadísticos, que, desde la creación del mundo han perecido catorce billones de seres humanos en las guerras que los hombres hicieron a sus semejantes.»

Si este sorprendente número de hombres, puestos en pie, extendiesen los brazos y se cogieran de las manos, ocuparían 14.538.380 millas de terreno, mejor dicho, circunvalarían 608 veces el globo.

Suponiendo que el peso de un hombre, como término medio, sea de 50 kilos, dará por resultado que 69.200.000 toneladas de carne han sido estropeadas y desfiguradas. Este cálculo sorprenderá más, sabiendo que si se pusieran en línea recta los dedos de aquellos seres humanos, alcanzarían 600.000 millas más alto que la luna; y si una persona se dedicase a contar el número, a razón de diez horas por día, siete días por semana, y que contase 6.000 por hora, emplearía para este trabajo 339 años.

Las guerras de Napoleón costaron a la vieja Europa 75.000.000 de pesos oro. Todas las demás guerras del siglo, comprendiendo las campañas coloniales, se han evaluado en 135.000.000.000. La guerra de 1870-71 costó a Francia más de 15.000.000.000. De este modo tenemos, pues, que en un espacio de poco más de cien años, o sea, de 1800 a 1914, el monto total de gastos de guerra no pasaba de 300.000 millones. Veamos ahora cómo los técnicos de la estadística se hallaban muy lejos de la verdad cuando, a fines de 1914, anunciaban que la guerra que acababa de estallar ella sola costaría más que todas las



guerras del último siglo. ¿Más cara? Nueve veces más cara: sólo les faltó decir que costaría un billón, ochocientos trece mil millones. Y en esa cifra que nos aturde no están incluidos los gastos públicos ni lo que puedan valer esos 37 millones de vidas degolladas. Sólo Francia tuvo 1.364.000 muertos, 740.000 mutilados y 3.000.000 de heridos. Si, según Parreda, cada hombre vale 3.000 pesetas, los muertos de la Guerra Europea costaron 111.000 millones de pesetas, como mínimo.

Como consecuencia de esta hecatombe, 800.000 soldados alemanes, víctimas de la guerra, cobran pensión del Estado. Inglaterra paga 65.000.000 de libras al año por pensiones de guerra. Hasta la fecha, aproximadamente, lleva pagados 790.000.000 de libras, cantidad mucho mayor de la que representaba la Deuda nacional al principio de la guerra. Francia paga anualmente 480.000.000 de francos, por pensiones de guerra.

Seis millones de hombres y mujeres prestaron sus servicios a Inglaterra y en otros países, y, de éstos, perecieron 702.410, y más de 1.662.625 quedaron inútiles para toda la vida.

Actualmente, 15.000 hombres están en distintas clínicas y hospitales curándose todavía de las heridas contraídas en la guerra, y más de seis mil han acabado por ser dementes.

La guerra ha dejado 300.000 huérfanos; 3.000 epilépticos; 21.000, totalmente ciegos, y 39.000, que han quedado sin un brazo, sin una pierna o un ojo.

Durante la guerra de 1914-18 fueron destruidas en Francia:

741.883 casas (de ellas, 23.000 establecimientos de trabajo).

90 % de la producción siderúrgica.

37 millones de hectáreas de tierras de cultivo.

33 % de la producción carbonífera.

94 % de la producción lanera.

70 % de la producción azucarera.

Las deudas de guerra de los Estados ascienden, en relación a la riqueza nacional antes de la conflagración, a:

48'75 %, en Alemania.

40 %, en Francia.

31'5 %, en Italia.

30 %, en Inglaterra.

Alemania tiene que socorrer a:

785.000 heridos de guerra.

234.000 niños con derecho a socorro.

58.000 huérfanos completos.

200.000 padres necesitados de soldados caídos.

533.000 viudas de guerra.

El balance de la guerra, demuestra:

Muertos (identificados), 10.000.000.

Desaparecidos, 3.000.000.

Pérdidas de la población civil, 13.000.000.

En total, han muerto en la guerra mundial, hombres, 26.000.000. A ellos hay que añadir 8.000.000 de estropeados, 20.000.000 de heridos.

Sólo los 13.000.000 de hombres caídos en la lucha dan una fila de muertos que podrían llegar de París, por Alemania, por Asia, hasta Vladivostok.

Si los muertos se levantasen de sus tumbas para un desfile frente al zar de Rusia, a Guillermo II, a Poincaré, etc., frente a Hindenburg, Ludendorff y Foch, de cuatro en cuatro, marchando, desde la salida a la puesta del sol, necesitarían medio año para desfilar.

Hay que agregar a ellos aún las 800.000 personas civiles que murieron de hambre y las viudas, los

huérfanos, los enfermos, los engañados en Alemania y en Austria con sus ahorros, los descontentos, etc.

¿El desfile no es bastante grandioso?

Según una estadística formada por el archivo húngaro para el estudio de la guerra, entraron en la guerra mundial tres millones y medio de soldados, de los cuales sólo han vuelto 524.000, es decir, una sexta parte. Cada segundo soldado fué herido, cada tercer soldado fué nuevamente herido y cada sexto soldado ha caído.

Como dice el ex presidente de la Sociedad estadística de Francia, Gastón Gadoux, de los 39.600.000 habitantes de Francia, fueron movilizados: 8.140.000 para el ejército y 215.000 para la marina. Las pérdidas alcanzaron en total a 1.363.000 hombres, es decir, una sexta parte de las fuerzas movilizadas, una séptima parte de la población masculina, una vigésima parte de la población total.

Una comparación de estas pérdidas con las de otros países da 1 muerto o desaparecido sobre 28 habitantes en Francia, sobre 35 en Alemania, sobre 50 en Austria-Hungría, sobre 68 en Gran Bretaña, sobre 79 en Italia, sobre 107 en Rusia, sobre 2.000 en Estados Unidos.

Hace poco habló el parlamentario norteamericano Víctor L. Berger en el Parlamento de Wáshington sobre el costo de la guerra, que él calcula, teniendo presente no sólo los gastos financieros directos, sino también los daños causados, en cuatrocientos mil millones de dólares.

Con ese dinero se podría dar a todas las familias que habitan en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Rusia y Austria, una casa por valor de 2.500 dólares, con muebles y demás. Además, quedaría un regalo universal para levantar en cada ciudad de los nombrados países de más de 20.000 habitantes, escuelas por valor de 10 millones de dólares y bibliotecas por valor de cinco millones.

Además, con el dinero restante, colocado en Bancos al 5 % de interés, se podría pagar un buen salario de 2.000 dólares anuales a 125.000 maestros y a 125.000 niñeras, y con lo que sobraría de todo eso aún se podría comprar toda Francia y Bélgica, con lo que poseen: tierras, casas, fábricas, ferrocarriles, tranvías, etc.

Hay que imaginarse que una suma de 400 mil millones de dólares en barras de oro, pesarían 800 millones de kilogramos, que había que emplear en su transporte 80.000 vagones ó 1.600 trenes con 50 vagones cada uno.

Los veintitantos países que han intervenido en la última conflagración mundial adeudan todavía a los judíos del Norte la suma de 10.056.493.906.000 dólares.

El presupuesto militar oficial de Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Japón y Estados Unidos alcanzó en 1913, en conjunto, a 1.400.000.000 de dólares. En 1926 ascendieron los mismos presupuestos a 2.140.500 dólares. Es decir, casi un 70 % más. El presupuesto militar de Estados Unidos, que en 1913 era de 133.100.000, en 1926 ha consumido 659.600.000. O sea, cinco veces más. El presupuesto del Japón, desde 1913 a 1926, aumentó de 60.000.000 a 209.100.000 dólares. El de Italia, de 80.900.000 a 192.500.000; el de In-



glaterra, de 430.000.000 a 605.000.000; únicamente en este período, el presupuesto de Francia se redujo de 349.000.000 a 310.800.000 dólares, y el de Alemania, de 345.800.000 a 162.000.000.

En 1913 los armamentos de 27 naciones se elevaron a un costo total de 12.000.000.000 de francos oro; en 1926 esa cifra subió a 17.000.000.000, considerando aún a los varios Estados desarmados por los tratados de paz.

En 1923, Inglaterra, Francia, Italia y Estados Unidos, disponían de más de 613.000 hombres de tropas terrestres; hoy esos países sostienen casi dos millones y muy bien adiestradas. Pero más importantes que las tropas de tierra, son las aéreas, pues el arma más decisiva en una guerra próxima son los aeroplanos. Según cálculos aproximados en 1928, en base a la actividad constructora presente, dispuestas a aumentar mucho, veamos el siguiente des-  
envolvimiento:

Francia, en 1925, disponía de 1.400 aeroplanos; en 1926-27, de 1.500. Para 1932 dispondrá de 2.600. Inglaterra, en 1925-26, disponía de 600 aeroplanos; en 1927-28, de 700. En 1932 dispondrá de 1.000. Italia, en 1925-26, disponía de 750; en 1927-28 disponía de 1.000. En 1932 dispondrá de 1.400. Estados Unidos, en 1925-26 disponía de 600; en 1927-28 disponía de 700; en 1930, de 1.200. Japón, en 1925-26, disponía de 370; en 1927-28, de 440. En 1932 dispondrá de 700.

Sobre las flotas militares aéreas, que pueden ser fortificadas en cualquier momento por la flota aérea comercial, tenemos estadísticas muy inexactas. Mas no sólo se lleva a cabo con una gran energía la construcción de naves aéreas de guerra. Por otro lado, Finlandia, Estonia, Polonia, Rumanía, Letonia y Lituania, tienen hoy cuatro veces más aeroplanos que en 1913 todos los Estados de la tierra juntos. La industria guerrera de los diversos países, y en particular la de los Estados Unidos, es en general activada en proporciones mucho mayores que las de antes de 1914.

Sobre el desarrollo de las fuerzas navales de combate de los tres imperios más importantes, tomamos lo esencial de la estadística siguiente, respecto al tonelaje de los cruceros en 1.000 toneladas:

Estados Unidos, en 1923, 310; en 1926, 230; en 1930, 300. Inglaterra, en 1923, 275; en 1926, 270; en 1930, 430. Japón, en 1923, 88; en 1926, 145; en 1930, 203. Tonelaje de los torpederos en 1.000 toneladas: Estados Unidos, en 1923, 366; en 1926, 366; en 1930, 394. Inglaterra, en 1923, 337; en 1926, 335; en 1930, 375. Japón, en 1923, 51; en 1926, 89; en 1930, 170. Tonelaje de los submarinos en 1.000 toneladas: Estados Unidos, en 1922, 88; en 1926, 80; en 1930, 92. Inglaterra, en 1922, 64; en 1926, 47; en 1930, 80. Japón, en 1922, 41; en 1926, 48; en 1930, 50.

Las pequeñas potencias, como son Finlandia, Estonia, Polonia y Rumanía, protegidas por Gran Bretaña, según cifras, gastaron en presupuestos de guerra: en 1923, 185.000.000 de dólares; en 1926, 214.000.000. Los aeroplanos de esos países que en 1923 eran 280, se elevaron en 1926 a 510.

Comparado en lo que se gasta hoy en armamentos y demás pertrechos de guerra, veamos la ascensión operada en los últimos lustros del siglo pasado:

El presupuesto de la defensa nacional de Francia en 1891, según cifras oficiales, se elevó a 1.138.828.910 francos. En Italia, el gasto anual ordinario pasaba entonces de poco más de 400.000.000. Alemania, de 1872 a 1889, ha gastado en la de-

fensa nacional más de 130.000.000. Francia ha sobrepasado esa cifra; todas las potencias han sido arrastradas por esta pendiente; todas hacen gastos enormes y ejércitos permanentes que, en Europa sólo, en aquel entonces, se elevaban al total de 3.500.000 hombres. Francia tenía 572.000; Alemania, 500.000; Rusia, 782.000, etc.

Desde entonces el furor armamentista empieza a tal extremo, que en un espacio de diecisiete años, de 1875 a 1892, el aumento de presupuesto de la defensa nacional ha sido de 137 % en Alemania, 92 en Italia, 84 en Francia, 79 en Rusia, 37 en Inglaterra. ¿Todo para qué?

Según el político alemán Hans Luther, en caso de una conflagración, podrían poner en sus fronteras algunos países, en el Oeste, en cada 10 kilómetros y en pie de acción: Alemania, 243 hombres, dos ametralladoras ligeras; en cada 100 kilómetros, siete cañones de pequeño calibre, 28 ametralladoras ligeras y dos de grueso calibre. Francia, 69.122 hombres, 23 cañones de pequeño calibre, 25 cañones de grueso calibre, tres cañones antiaéreos, 318 ametralladoras ligeras, 258 de grueso calibre, 41 tanques y 36 aviones. En el Este, en cada 10 kilómetros: Alemania, 243 hombres, dos ametralladoras ligeras, y en cada 100 kilómetros, dos cañones de pequeño calibre, 28 ametralladoras ligeras y dos de grueso calibre. Polonia, 11.188 hombres, siete cañones de pequeño calibre, dos cañones de grueso calibre, 32 ametralladoras ligeras, 32 ametralladoras de grueso calibre, un tanque y cinco aviones. Checoslovaquia, 8.606 hombres, cinco cañones de pequeño calibre, dos cañones de grueso calibre, 42 ametralladoras ligeras, ocho ametralladoras de grueso calibre y tres aviones. Como es natural, estas cifras sólo son en parte verdaderas.

Europa está preparándose febrilmente contra las posibilidades de una nueva Gran Guerra. Aunque en las iglesias de Europa las campanas tañen mensajes de «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», los Estados mayores de las principales naciones de Europa están atrincherando sus fronteras, preparando sus armamentos, alistando sus ejércitos y fabricando nuevos gases venenosos.

La duodécima Navidad desde la firma del armisticio presencia en estos momentos un sorprendente resurgimiento de los recelos internacionales y de la psicología bélica. Prácticamente, sin excepción, los presupuestos de guerra para 1931 son mayores que los de cualquier otro año desde la guerra. El total de las fuerzas armadas es numéricamente superior que en 1913. Por ejemplo, Italia, que en 1913 tenía 265.000 hombres sobre las armas, tiene actualmente, o más bien dicho, tenía en 1929, 674.000; Francia, en 1913, tenía 612.000, y en 1929, 629.000. En estas cifras se incluyen las milicias y los carabineros de esos países, pero no los efectivos de la armada.

Alemania tenía, en 1913, 162.700 hombres, y en 1929, 260.500; Inglaterra, en 1913 tenía 321.000 hombres, y en 1929, 278.700.

Estas cifras incluyen las fuerzas de policía, pero no las de ultramar. Tampoco se toman en consideración en ellas las reservas «entrenadas», listas para entrar en acción, de las cuales Francia, solamente, posee cerca de 5.000.000.

**Campio Carpio**

(Continuará.)



# La reacción avanza

## La crisis alemana y el Gobierno Hitler-Hugenberg

**E**N dos meses escasos se ha hundido el Gabinete presidido por el general Schleicher, aparentemente muy sólido. Ya reseñamos el mes pasado su carácter transitorio, y si atendemos a las fuerzas sociales que mueven hoy la política alemana, la razón de su caída aparece con toda claridad.

Von Papen representaba, como es sabido, al grupo de los barones, grandes terratenientes, grupo excesivamente exiguo para poder fundamentar en él un Gobierno de fuerte dictadura, como lo desea hoy la gran burguesía alemana. La política del Gobierno Von Papen, iniciada por Brüning, de «ayuda a la agricultura», especialmente a las provincias del Este, comprendía dos puntos fundamentales: Primero, elevación de las tarifas aduaneras de importación —Alemania ha desarrollado en tal forma su producción cerealista que prácticamente se basta a sí misma—, y segundo, subvenciones económicas a los agricultores. Pero Von Papen tiene un singular concepto de los agricultores. Sus subvenciones financieras se repartieron en la siguiente proporción: al 14 % de los pequeños campesinos, al 26 % de los medianos y al 60 % de los grandes propietarios, de ellos especialmente al barón Von Braun, señor Schlange y los junkers, o sea la nobleza terrateniente.

Estas dos medidas hubieron de irritar a la gran industria, que no aceptaba el verse relegada en el reparto de dinero —aun cuando recibiera también ella un buen trozo de presupuesto— y al mismo tiempo era perjudicada por la elevación de los aranceles.

Su oposición hizo caer a Von Papen y encumbrar a Schleicher. Pero el «general social» no ha podido tampoco contentar a las dos partes tan rápidamente como ellas querían. Schleicher tendía a hacer un Estado militarista, contaba para ello con el apoyo de la Reichswehr, pero su política era a largo plazo y los capitalistas alemanes tenían prisa por aplastar a un proletariado a quien la crisis había hecho singularmente apremiante en sus reivindicaciones de clase. Las relaciones del Gobierno Schleicher con los agrarios y representantes del partido nacionalista alemán se enfriaron y llegaron a romperse. Por su parte, la gran industria, representada por Hugenberg, apremiaba también al presidente Hindenburg. Se fraguó un frente único de las derechas reaccionarias hasta el punto de que Schleicher parecía a su lado un hombre de izquierdas. Se celebraron entrevistas entre Hitler, Von Papen y Hugenberg. El jefe fascista, con el bolsillo repleto por un fuerte grupo bancario sueco, con el apoyo de la fortísima firma judía Schröder —¡oh el amantísimo de Hitler!— y halagado por todos los reaccionarios que veían en él el espadón capaz de mover una dictadura fascista, fué elegido por la burguesía alemana como instrumento de Gobierno.

Schleicher pidió la disolución del Parlamento,

viendo que estaba en minoría. El presidente de la República —el mariscal monárquico Hindenburg— le negó el decreto de disolución y el Gobierno cayó.

Se habló de dudas entre Hitler y Von Papen para ocupar el puesto de canciller, cuestión de despistar, porque Hitler estaba ya elegido.

Así, pues, el carácter del Gobierno Hitler es éste: concentración burguesa para aplastar con todo rigor al proletariado. Hugenberg, representante de la gran industria, es ministro de Comercio y ministro de Hacienda —o su equivalente— en Prusia. Von Papen, como vicescanciller, asegura la dominación de los grandes terratenientes. Hitler y sus secuaces, Göring especialmente, están de espaldas; a ellos incumbe la labor ejecutiva de ataque violento contra la reacción revolucionaria del proletariado.

La maniobra ha comenzado enseguida. Provocativas manifestaciones de las tropas de asalto racistas —que serán incorporadas al aparato de represión del Estado, en el momento preciso— suspensión de la prensa obrera, comunista y socialdemócrata, registros, detenciones, asesinatos, etc. Hasta ahora la represión va especialmente dirigida contra el partido comunista; Hitler sabe que para ello cuenta con la benevolencia y hasta el apoyo, si necesario fuera, de las restantes potencias europeas. Ya ha ocupado la policía sus centros principales y desarticulado hasta cierto punto los resortes de mando. Luego, declarada la dictadura, vendrá la ofensiva sangrienta... que se extenderá a los socialdemócratas al poco tiempo. Ya lo ha dicho el jefe fascista: el primer enemigo, el comunismo; después, el marxismo.

A modo de espejuelo, Hitler esgrime un vago e impreciso plan de reconstrucción de cuatro años, que según él, acabaría con el paro obrero, y que, naturalmente, es puro *bluff*. La ofensiva contra los salarios aumenta en Alemania; el paro es tan grande, que sólo en la cuenca minera del Ruhr alcanza a 1.200.000 hombres; los salarios que en ella se pagan son inferiores a los de 1931, al tiempo que la productividad del trabajo ha aumentado en proporciones que varían del 75 al 179 %.

Esta situación angustiosa del proletariado alemán ha de sufrir una nueva agravación desde primeros de marzo, ya que entonces entran en vigor los nuevos tratados comerciales y las nuevas tarifas arancelarias, que han de disminuir la capacidad de venta de la industria y la agricultura alemanas en el extranjero, al tiempo que elevan de nuevo la carestía de la vida en el interior del país. Por esto ha tenido tanta prisa la burguesía en armarse de un instrumento eficaz de represión.

Tal ha de ser el papel del partido «obrero» de Hitler. El triunfo del plan depende de la actitud que adopten los partidos anticapitalistas. El jefe socialdemócrata Breitscheid invitaba a los obreros en una proclama, a arrojar del Poder a Hitler, «lo mismo que en 1918» se arrojó a los reaccionarios. Pero no es este el momento de recomendaciones platónicas. En Alemania se está viviendo un drama a vida o muerte, y un desenlace favorable sólo se podrá buscar con las armas en la calle.



## La crisis francesa

El Gobierno Boncour ha durado menos aún que el del general Schleicher; pero, al contrario que éste, no ha dado paso alguno en ningún sentido para resolver los problemas del déficit del presupuesto que fueron la causa interna determinante de la caída del anterior Gabinete Herriot.

Francia, a pesar de su privilegiada situación imperialista y de la bárbara explotación a que somete sus colonias, ha sido a su vez alcanzada por la crisis capitalista. Su burguesía se ha defendido con los fraudes fiscales y la política de colosales armamentos, a costa, naturalmente, de las capas trabajadoras. El resultado de esta política ha sido el enorme desequilibrio del presupuesto que ha pasado de un superávit notable a un déficit de más de 4.000 millones de francos. A enjugar este déficit se encaminarán preferentemente las gestiones de los nuevos Gobiernos franceses.

Ahora bien, la gran burguesía francesa se niega a la más pequeña concesión, aun en el orden de una reforma del régimen fiscal que repartiera las cargas con mayor justicia y equidad. Su argumento es que hay que restablecer la confianza, al parecer hoy quebrantada, en el Gobierno. Pero esta confianza son ellos mismos, grandes industriales y banqueros, los que la manejan. Amenazan con la huida de capitales, huida que traería consigo el hundimiento del franco y la más terrible de las crisis financieras, si en los proyectos del Gobierno se les quita alguna tajada.

El Gobierno Boncour cedió a esta presión. El nuevo Gobierno Daladier, que parecía al principio más íntegro y decidido, acabó por rechazar la colaboración de los socialistas, a pesar de que éstos habían reducido sus pretensiones hasta un extremo inconcebible. Se trata de restablecer la «confianza» y los señores que han de confiarse de nuevo, no toleran en el Gobierno ni el pálido reformismo del grupo socialista que acaudilla León Blum.

El plan financiero del nuevo Gobierno Daladier, es parecido al de su antecesor. Realiza economías de 2.400 millones de francos, sobre el sueldo de los funcionarios y disminuyendo los gastos guerreros. Esta vez los socialistas no presentan contraproyecto financiero alguno y parecen estar dispuestos a ayudar al Gobierno, siguiendo la senda de las concesiones que tan excelente resultado ha dado a sus congéneres en Alemania.

Por su parte, las derechas siguen con sus protestas desaforadas. Apunta el nacimiento de un movimiento seudofascista, con su reforma de la Constitución, su «autoridad» en el Gobierno, etc. Su triunfo es difícil hoy por hoy. Lo que no lo es tanto sería la subida al Poder de una concentración republicana de matiz derechista y reaccionario, que gobernase al dictado directo de la gran finanza e industria.

Y a manera de comentario, y como prueba de la «desesperada» situación en que se encuentran esos banqueros e industriales que no quieren ver reducidos sus ingresos, y cuya «confianza» ha de salvaguardar el Gobierno, unas cifras:

Compañía francesa de alumbrado y calefacción por gas.—Beneficio neto, 15.492.000 francos por un capital de 27 millones.

Anuario Didot-Bottin.—Por un capital de 8'5 millones esta Sociedad ha hecho un beneficio neto de OCHO MILLONES.

Banco Hipotecario Francoargentino.—Capital, 75 millones. Beneficio neto, 11.261.000 francos.

Aguas y Electricidad de Indochina.—Beneficio neto, de 10.807.000 francos, por un capital de 19 millones y medio.

Refinerías y Azucareras Say.—Capital, 76 millones. Beneficio neto de 49.425.000 francos, superior al de 1931.

Estos argumentos son difíciles de rebatir.

## El Japón invade el Jehol

Todavía ese armatoste pintarrajeado e histórico de la Sociedad de Naciones no ha «decidido» sobre la invasión de Manchuria por el Japón, y ya éste ataca la provincia china de Jehol.

El Jehol tiene más de cuatro millones de habitantes, de los cuales tres millones aproximadamente son chinos, y el resto, musulmanes y mongoles. Pero esto de las razas no importa nada en Tokio. El imperialismo nipón codicia otra clase de objetivos en Jehol.

En primer lugar, con la ocupación de Shan Hai Kuan, el Japón se apodera de una gran posición estratégica, llave de la China del Norte, cortando su base a los guerrilleros chinos que hostilizaban al ejército invasor de Manchuria, al mismo tiempo que refuerza la presión japonesa sobre el Kuomintang.

En segundo lugar, el Jehol es una provincia enormemente rica. Produce arroz y lana. Tiene minas de oro, plata, carbón y hierro.

En tercer lugar, con la ocupación del Jehol, Japón da un golpe definitivo a la expansión imperialista de los Estados Unidos en Extremo Oriente.

Este es el punto más importante del programa japonés. Una vez excluidos los Estados Unidos, Japón tendrá las manos libres durante mucho tiempo en todo aquel inmenso territorio.

Pero para ello Japón ha de contar con Inglaterra. La Gran Bretaña tiene en el Norte de China grandes intereses. Y he aquí cómo se renueva en el Extremo Oriente la lucha entre dos imperialismos tradicionalmente enemigos.

La prensa japonesa ha hecho una activa campaña con la consigna de: Manchuria, para el Japón; Set Chun y el Tibet, para Inglaterra. Ya está repartido, pues, el «pastel chino». ¿Y la opinión de China? La opinión de China no interesa a sus invasores. Inglaterra y Japón son sólo respetuosos con las nacionalidades allá en Ginebra.

Y sólo a ratos.

**Alfredo Cabello**

Madrid, 7 de febrero.



# Consultorio sociológico de ORTO

PREGUNTA: ¿Se ha publicado algún libro en el cual esté compenetrada la crítica de todas las religiones y el título y el autor?

RESPUESTA: Ya hemos dicho, contestando a otro lector, que en castellano no existe ningún libro que estudie con un espíritu crítico e imparcial, ateniéndose a los avances actuales de la ciencia de las religiones, este tema. Y aun en el extranjero, un libro que se ocupe de este asunto con toda amplitud y libertad crítica, abordándolo con un criterio científico actual, no lo conozco. Monografías admirables y trabajos eruditos sobre una religión determinada o un grupo de religiones, orientales u occidentales, abundan hasta el punto de necesitarse todo el número de ORTO para dar una bibliografía completa sobre este tema, el que más inquieta actualmente a la Humanidad, a juzgar por el copiosísimo número de obras que lo tratan.

A llenar esta necesidad sentida por no pocos españoles inquietos, responde el libro que pronto estará en prensa, intitulado *Las religiones desenmascaradas y la ciencia, religión triunfante*. Comentarios y ampliación a *La religión al alcance de todos*, de Ibarreta. Este libro es un estudio crítico y comparación de las principales religiones del mundo, antiguas y modernas, orientales y occidentales, enfrentándolas, a base de citas de sus libros sagrados, sus teólogos, de las enseñanzas de sus fundadores y las adulteraciones de sus sucesores; aunque es una obra completa, si interesa al público hispanoamericano, a quien está dedicada, publicará un segundo tomo ampliando algunos puntos y estudiando algunas religiones desaparecidas, importantísimas y bellísimas, y otras modernas, interesantes y poco conocidas.

Al publicarse los dos tomos, tendrán los lectores un libro donde, sin apelar a otras fuentes, estará condensada científica y eruditamente con un criterio espiritualista y completo, lo que desparrramado en numerosos libros y monografías, no está al alcance de todos, por muchas razones.

Salomón Reinacha publicó su Orfeo Historia general de las religiones, de cuya obra se publicaron en Francia catorce ediciones; es un libro erudito, pero incompleto, sectario en el sentido materialista y anticuado, a pesar de su modernidad; algunas religiones, casi todas, son tratadas con ligereza y fragmentariamente, y otras, ni se nombran siquiera; el dominico Weis, erudito a la violeta, bárbaro, publicó un tomo titulado *El peligro religioso*. Allí intenta estudiar todas las religiones del mundo, para deducir que son tantas, y en nuestros días han nacido en tal número y de tantos colores, que las religiones van siendo un peligro para la religión. Se hizo mucho ruido acerca de este libro de estudio de las religiones, traducido al español por el doctor Villaescusa. Es un libro francamente sectario, mendaz, lleno de falsedades y atiborrado de citas eruditas para asombrar a los lectores; citas, por otra parte, inútiles, porque el autor no leyó los libros que enumera, a juzgar por las falsedades y tonterías abundantes en el libro. Su finalidad es desacreditar, calumniándolas, a todas las religiones del mundo para afirmar, sin pruebas científicas de ninguna clase, que la única

religión verdadera y la única verdadera religión es... el catolicismo romano.

Annie Bessant escribió un tratadito sobre las siete religiones principales del mundo con un criterio rigurosamente científico y ocultista y una ternura y lealtad para todas, que maravilla. Pfeleiderer (Otto) dió una serie de conferencias sobre «Religión y religiones» en la Universidad de Berlín, muy interesantes, que no se tradujeron aún al castellano. Es un libro interesante, erudito y, hasta cierto punto, imparcial, pero incompleto, porque estudia algunas religiones solamente.

Bonnemere estudia en su libro *El alma y sus manifestaciones a través de la historia*, algunas religiones antiguas y modernas, con una emoción grande y una intención generosa, pero su libro es incompleto y un poco anticuado. Schure, en su libro *Los grandes iniciados*, estudia las figuras de los grandes fundadores de religiones, con erudición y grandeza; su libro, traducido al español por un ex secretario de la S. T. E. y coronel de Estado Mayor, de la edición 16 francesa, merece ser leído por su belleza, su unidad y su emoción, pero faltan algunas religiones por estudiar, y un gran espíritu teosófico campea en toda la obra del gran literato y ocultista, haciéndola inaceptable, en algunos extremos, a los no iniciados; además, le interesan más los fundadores que la religión misma y estudia más los héroes divinizados que las religiones en sí mismas.

El canónigo Carballreira publicó un libro sobre religiones comparadas interesante, pero ortodoxo y partidista, enfocado a defender el catolicismo y el cristianismo; muy incompleto sobre religiones orientales y antiguas; anticuado en muchos aspectos.

El padre Le Brun, oratoriano, publicó varios tomos sobre *Historia de las prácticas supersticiosas*, donde se estudian, con criterio católico, pero muy erudito, muchas religiones.

Burnouf, el eruditísimo alemán, publicó varios tomos sobre *La ciencia de las religiones*, cantera de donde extrajeron materiales todos los escritores modernos sobre este tema.

Dupuis escribió varios tomos sobre *Origen de todos los cultos*, pero sus libros están anticuados, aunque guardan datos interesantísimos sobre religiones antiguas. Son famosos los *Ensayos sobre la historia de las religiones*, de Max Müller, aunque en algunos aspectos hoy están anticuados. Igual le ocurre a la obra de F. Fillon, *La ciencia de las religiones*, y a la obra del mismo título de Burnouf, Lenormand, Maury, Dupuis y otros. La excelente *Revista de la historia de las religiones* ha publicado sus ochenta volúmenes interesantísimos, donde existe un manantial copioso de estudio para orientarse en este complicado asunto, pero son trabajos fragmentarios y monográficos; la casa editorial Migné, de París, publicó un libro en varios tomos sobre los libros sagrados de todas las religiones, menos la Biblia; allí pueden estudiarse, en sus fuentes, las más interesantes religiones, pero es labor ardua y sólo al alcance de personas muy eruditas; tanto más, que desde su publicación se han descubierto fuentes nuevas, libros no conocidos entonces, y se han rectifi-



cado no pocas ideas equivocadas que, cuando se editó el libro, parecían verdades demostradas y hoy sólo son hipótesis discutibles; la ciencia de las religiones comparadas orientales avanzó en estos últimos veinte años más que en veinte siglos de dominación clerical, dificultando los estudios críticos religiosos y la libre interpretación de los libros llamados sagrados. H. P. Balvatzy, en su *Isis sin velo*, dedica dos tomos al estudio de las religiones, pero las ideas de la gran ocultista teósofa, comprobadas muchas de ellas por los descubrimientos de los investigadores de religiones posteriores, aunque muy discutidas por otros, no tienen una armonía metódica capaz de orientar a los que desean enterarse de estas materias pronto y claramente.

*La historia pintoresca de las religiones* —doctrinas, ceremonias, usos y costumbres religiosos de todos los pueblos del mundo antiguos y modernos—, adaptada en francés por Clavel y traducida por Magan, es un libro anticuado que ofrece más de lo que promete, aunque algunos asuntos los trata mejor que otros libros modernos, eruditos sin profundidad.

En 1923, la Orden de La Estrella de Oriente preparó en París unas conferencias sobre las siete religiones principales del mundo, por ministros de cada culto; sólo llegaron a darse seis, editadas en un libro interesante, no traducidos aún al español.

Creo suficiente lo aquí tratado para orientar al lector de ORTO sobre este tema. Al publicarse los dos volúmenes de mi libro sobre religiones —el primero está ya en prensa— tendrán los lectores españoles, en dos tomos pequeños en volumen, el más completo manual donde las religiones del mundo se enfrentan y estudian armónica y críticamente con un criterio científico e imparcial, místico y espiritualista, acomodado a los últimos descubrimientos y a las más modernas inquietudes.

MATIAS USERO TORRENTE

PREGUNTA: ¿Qué es lo más indispensable saber a un sindicalista que tiene el propósito de hacer propaganda por pueblos y aldeas y que no tiene una idea completamente exacta de lo que es el sindicalismo?

RESPUESTA: Es esta una pregunta de respuesta muy difícil, porque, para enseñar, lo primero que hace falta es saber lo que quiere enseñarse.

Sin embargo, si se trata de uno de esos camaradas de buena voluntad que desean enseñar aprendiendo, o desean aprender enseñando, puede orientársele con posibilidad de acierto si hay por su parte buena voluntad, es decir, espíritu de estudio. De otra manera no hay nada a hacer.

En el caso que sea así, lo primero que necesita es aplicarse a estudiar lo fundamental en la organización; cómo se organiza un Sindicato, y, después,

a saber cuáles son los beneficios inmediatos de cada día y de cada hora que la organización proporciona a los trabajadores. Esto es lo más elemental. Sin esto es inútil que intente ninguna cosa. Pues cuanto haga está condenado al fracaso.

Después de sabido esto, comenzará a estudiar las diversas tendencias sindicales que se conocen. Le serán muy útiles para esto, y puede empezar por leer a Pedro Besnard, en *Los Sindicatos obreros y la Revolución social*; después, a Marín Civera, en *El Sindicalismo*; después, a Leone, también en su obra que trata del Sindicalismo. Puede y debe leer a otros autores, Anselmo Lorenzo, entre ellos.

Sería larga de exponer la lista de autores que debe leer quien quiera hacer propaganda sindicalista con provecho, puesto que una de las cosas más necesarias es también leer mucha Historia, para conocer las luchas de las clases trabajadoras a través del tiempo y las evoluciones que estas luchas han sufrido. De todos modos, ese compañero que quiere hacer propaganda sindicalista y desconoce, según él afirma, lo que es el Sindicalismo, necesita estudiar con avidez, pues, de lo contrario, no alcanzará frutos provechosos.

Ahora bien; partiendo de un punto práctico, como ya hemos señalado, lo primero que necesita es saber cómo funciona la organización; después, saber explicar los beneficios de orden inmediato que produce y cuál es la finalidad mediata de la organización, y, en última instancia, ya que su propósito, deducido de la pregunta, es hacer la propaganda por pueblos y aldeas, ha de conocer los problemas de la tierra en sus diversos aspectos, arriendos, aparcerías, etcétera, etcétera, para criticarlos, y, luego, al ir a cada pueblo, enterarse de cuáles son las aspiraciones de los campesinos, exponerlas en la tribuna y decir que no las conseguirán si no se asocian, demostrando que no confían en nadie lo que ellos solos y por su esfuerzo han de resolver.

Tales me parecen los conocimientos más rudimentarios para hablar de Sindicalismo y de organización a quien quiera hacer propaganda, cuando no esté preparado para ello. Aunque en este caso, como en todos, lo mejor es que se prepare el individuo y sepa lo que ha de decir y hacer antes de intentar convencer y educar a los demás.

Otra norma muy importante en la propaganda es no subir a la tribuna para combatir a los demás partidos u organizaciones, es decir, limitarse a criticar. Esto es bueno como recurso, no como doctrina. La crítica del adversario ha de limitarse a la indispensable para demostrar lo débil de sus teorías y la firmeza de las que se propagan.

Por último, repito que lo más indispensable es que estudie y lea mucho sobre Sindicalismo, pues de otro modo su labor será siempre defectuosa.

A. PESTAÑA



# Notas de libros

## Falsa biografía

Pocos hombres habrá en el mundo tan discutidos y, sobre todo, tan calumniados como Stalin. De su figura está pendiente, directa o indirectamente, una gran cantidad de gentes que han de interpretar sus gestos y movimientos de muy diferentes maneras.

Basta un simple hecho aislado para que edifiquen sobre él —con la misma rapidez con que Stalin edifica el Socialismo— una leyenda, absurda y contrarrevolucionaria.

Esta actitud, desfavorable y agresiva, es el resultado de la creencia general que hay con respecto a la figura de Stalin: SI DESTROZAMOS, DESACREDITANDOLA, SU PERSONA, HAREMOS ALEJADO PARA SIEMPRE EL PELIGRO DEL COMUNISMO. De aquí, de este postulado pequeño burgués, arranca toda la energía que contra el «Dictador rojo» se dirige.

Crear que con Stalin puede, si por una casualidad hipotética tuviese éxito la campaña que contra él se ha emprendido, terminar la marcha de la liberación proletaria por los proletarios, es una estupidez.

Pues bien, en el catálogo, largo, ancho y profundo, de estos estúpidos ha ingresado recientemente Essad Bey al publicar su libro (*Stalin*. Essad Bey. Editorial España) biográfico sobre Stalin.

Una tontería ingenua y crónica o un cheque acogedor, solamente pueden ser las causas que le hayan animado para escribir este libro. Mejor dicho, para confeccionar este libro; pues esta biografía, que bien pudiera llevar por subtítulo «Biografía de tijera y engrudo», está hecha tomando por base documental y recortable toda esa serie de novelas, folletos y panfletos que la burguesía ha escrito —o ha pagado para que se los escriban— contra la Revolución en marcha y contra sus hombres.

Essad Bey —tonto o listo— ha recortado los pasajes que mejor se ajustan a su idea central, y los ha ido uniendo, recorte con recorte, por medio de una literatura sentimental poética de fin de siglo, de algodón en rama.

Hay en el libro trozos literarios a secas; otros de una candidez virginal, por ejemplo, cuando nos habla el autor de los seis autos iguales de Stalin, en los que viaja indistintamente, haciendo que salgan todos a un mismo tiempo y por diferentes direcciones sin que sepa nadie en cuál viaja. Esto lo hace no para que la gente juegue y apueste, adivinando en cuál va, sino para evitar los atentados. En otras partes nos cuenta hechos que más bien parecen el guión de una película de policías y ladrones. Pero, por lo general, la mayor parte de la obra está dedicada a sus propósitos contrarrevolucionarios.

Esto es, a grandes rasgos, el último libro de Essad Bey.

## Mapa literario de Europa

Acaba de aparecer un libro (*Historia literaria de Europa desde el Renacimiento*. Paul Van Tieghem. Espasa-Calpe) que en las circunstancias actuales —del siglo— de especialización rápida y documentación instantánea tiene un gran valor informativo.

Esta obra es un resumen claro, sintético y ordenado de las literaturas europeas.

Está hecho por un especializado que ha querido dar un esquema elemental, destinado a los «alumnos de los Liceos y Colegios que, a menudo, se quejan de no tener ninguna obra de conjunto que pueda iniciarles debidamente en el movimiento general de la literatura moderna». El propósito está plenamente conseguido.

Todas las vibraciones literarias, todas las corrientes artísticas que la vieja Europa ha tenido están recogidas y analizadas por Van Tieghem de una forma escueta y, además, clara. Estas cualidades, unidas al método de exposición que emplea, dan al libro calidades que elevan su tono documental e informativo.

## Riesgo y ventura de San Martín

Había eclipse y el perfil fino y audaz de San Martín estaba un poco tapado por la figura de Simón Bolívar; a éste se le reconoce mejor, al detalle, y, tal vez por eso, cuando se habla de la América libre, joven y desmetropolizada, se la coloca en primer lugar.

Y, hoy, esa nebulosa —aislamiento informativo— se ha despejado, como cualquier mañana se despejó en los Andes la niebla que también envolvía su figura; al aparecer un libro suave, preciso y documentado (*José de San Martín*. E. García del Real. Espasa-Calpe) sobre el Libertador de la Argentina, Chile y Perú. Y digo también Perú porque él fué su protector. ¿Y qué más libertad para un país que la protección de un libertador? Es libertad garantizada, dos veces libertad.

Leyendo este libro serio, sin anécdotas, conocemos toda la trayectoria que los hechos —mejor que las palabras— de San Martín han descrito sobre mares y tierras. Mejor que una biografía parece un diario de guerra. Cada página es un aniversario.

El biógrafo, catedrático de Historia de la Medicina, por su documentación, por su clara visión y por sus conocimientos de todos aquellos climas, merece ser, también, profesor de Historia en la Historia de América.

## Iniciación

Una nueva producción de tipo informativo documental acaba de aparecer: *Cuadernos proletarios*. Esta publicación marxista, que dirige José de La Fuente, está muy bien presentada y, además, es muy barata. Requisito que casi siempre se olvida al editar y, sobre todo, cuando los libros o folletos van dirigidos a públicos auténticamente proletarios.

El primer número contiene: «Crítica del Programa de Gotha», por Carlos Marx; «Programa de los lassalianos», de los marxistas (Eisehach) de Gotha y de Erfurt, y dos cartas de Federico Engels a Bebel sobre el programa de Gotha.

La publicación, dado el interés, la buena traducción y el bajo precio, tendrá un franco éxito.

ALVARO ARAUZ

Madrid-febrero.



B I B L I O T E C A

# ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

- EL SINDICALISMO (Historia-Filosofía-Economía), por *Marín Civera*.—3 pesetas.
- PATERNIDAD VOLUNTARIA (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo), por *Hildegart*.—2 pesetas.
- PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por *José López Tomás*.—5 pesetas.
- TEATRO DE MASAS, por *Ramón J. Sender*.—2 pesetas.
- JESUITISMO Y MASONERIA (Dos ideales opuestos), 250 páginas, por *Matías Usero Torrente*, ex sacerdote misionero católico.—4 pesetas.
- SEXUALISMO REVOLUCIONARIO (Amor libre), magníficamente presentado, por *E. Armand*.—2'50 pesetas.
- COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD (traducción directa del ruso por *A. Nin*), *Krasin*, *Bogomólov*, *Guerchánovich*.—4 pesetas.
1945. EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO (una visión novelesca del porvenir), por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 pesetas.
- LA ULTIMA VICTIMA DE LA INQUISICION (el maestro de Ruzafa, *Cayetano Ripoll*), por *Julio Noguera López*; ilustraciones de *Rivadulla*.—2 pesetas.
- PERVERSIONES SEXUALES (El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas), por el *Dr. Benjamín Tarnowski*. Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la señorita *Hildegart*. Epílogo del *Dr. Havelock Ellis*. Con abundantes fotograbados en couché de todos los homosexuales célebres en la Historia.—2 pesetas.
- EL AMOR DENTRO DE 200 AÑOS, por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 ptas.

## Advertencia a nuestros suscriptores

Todos los suscriptores de ORTO y de CUADERNOS DE CULTURA tienen derecho al beneficio del 30 por 100 en todo pedido de libros de nuestro catálogo.

Lea usted

## EL MARXISMO

(Origen, desarrollo y transformación)

por MARIN CIVERA

Precio: 5 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º **71.** **Sindicalismo y unidad sindical**

Por **ANGEL PESTAÑA**

N.º **72.** **La Masonería**

Por **PEDRO GONZALEZ-BLANCO**

Seguirá: **Un idioma para el mundo proletario: El Esperanto**  
Por **MANUEL M. BURGOS**

---

Acaban de aparecer

**El proletariado ante el sexo**

**El derecho al aborto**

por **N. TARASSOW**

*El aborto legal y clandestino. Maternidad libre.*

Precio: 1 peseta

**«El Capital», de Carlos Marx,  
al alcance de todos**

por **CARLO CAFIERO**

Prólogo de **JAMES GUILLAUME**

Precio: 2 pesetas

UNA OBRA  
SENSACIONAL



Precio:  
10 pesetas

**LIBERTINAJE Y  
PROSTITUCION**

**DOCUMENTOS**

**PARA UNA INTERPRETACION  
SEXUALISTA DE LA HISTORIA**

*La influencia del hecho sexual en  
la vida política y social del hombre*

*Ilustrada con numerosos grabados*

por **E. ARMAND**

HAGA SUS PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACION

Ayuntamiento de Madrid